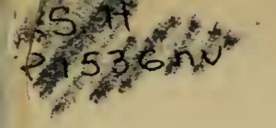

3 1761 06740829 4


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



NUEVO VIAJE AL PARNASO

POETAS CONTEMPORÁNEOS

POR

ARMANDO PALACIO VALDÉS

MADRID
Imprenta plaza de la Armería, 3
1879

PRÓLOGO

¡Lo feo y lo bonito! Ahí es nada...

PEREZ GALDÓS (Marianela).

I

Yo no creo en la crítica. Tengo la inmensa desgracia de no creer en la crítica. ¡Quién me hubiera dicho que tan presto habia de llegar á un tan fatal escepticismo! Porque ¡ay! ustedes no saben cuánto amarga la existencia la conviccion de que todos esos críticos, tan doctos, tan serios, tan diestros en averiguar á qué género, especie y familia pertenece una obra, tan hábiles para caer con la velocidad de un rayo sobre cualquier inverosimilitud, no sirven para nada.

Pero lo que más me amarga (con paz sea dicho de mis compañeros) es el considerar que mis afanes críticos no han de tener recompensa en esta ó en la otra vida. ¡Es triste, muy triste! Estoy por maldecir la hora en que por primera vez cogí la pluma para decir en un periódico de provincia que la señorita C*** «se habia excedido á sí misma la noche del lúnes».

Mi horroroso escepticismo se formó con dos proposiciones, una negativa y otra positiva.

Primera proposicion.—Nunca hizo falta la crítica para que apareciesen grandes artistas.

Segunda proposicion.—La crítica ha empequeñecido el arte.

La crítica, en calidad de alto y poderoso cuerpo que juzga, decide, corta, raja, truena y relampaguea, es de muy reciente invencion, y habiendo existido desde los tiempos más remotos grandes artistas, no hay para qué demostrar la verdad de mi primera proposicion.

En cuanto á la segunda, exigiria uno ó más volúmenes para quedar bien dilucidada; pero sólo dedicaré á ella una ó más cuarti-

llas, porque no tengo tiempo ni paciencia para otra cosa.

Así que surgió la crítica como cuerpo jurídico-literario, nació el sistema. Los unos, extasiándose en la contemplacion de las obras del clasicismo, unas veces con verdad, otras hipócritamente, pensaron que el arte habia tocado á su límite en aquella dichosa edad greco-romana, y que el destino de los artistas futuros era pasar la vida copiando los admirables modelos que de ella nos quedaron, como aprendices en una escuela de dibujo. Advertiré de paso, que para estos críticos la cualidad predominante del arte clásico no es el reposo ó la gracia que en él resplandecen siempre, sino el órden ó la simetría; porque, dicho sea de paso tambien, los críticos suelen fijarse con harta frecuencia en lo ménos importante. ¿Qué hay, pues, aquí? Un atentado contra la libertad del artista.

Los otros, porque realmente lo sintieran así, ó por el gusto de llevar la contraria á los clásicos, no quisieron ver la belleza sino en lo extraordinario, en lo desordenado, en el absurdo ó en el delirio. Nuevo atentado contra la libertad del artista.

Otros más modernos, apartándose de ambas escuelas, condenan todo arte que no sea un reflejo, mejor dicho, una repeticion fiel y minuciosa de la vida, llevando su teoría hasta los más groseros excesos. ¡Siempre cadenas para el artista!

Ademas de estos tres grandes grupos de críticos, hay otros muchos esparcidos por el haz de la tierra trabajando con el mayor desinteres por el triunfo de sus teorías. Citaré únicamente los metafísicos y los trascendentales, de los cuales no quiero hablar, porque no me gustaria pasar por desvergonzado.

Para desvanecer las malévolas sospechas que al llegar aquí pudiera concebir el lector respecto á mi acrisolada modestia, le diré que yo no he citado tanto crítico con el fin de desacreditarlo, sino, muy al contrario, para darles á todos la razon. Tratándose de arte, soy lo que llaman vulgarmente un pastelero. Cuando llega á mis manos un clásico como Esquilo, me deshago en elogios del clasicismo; si es un romántico como Calderon, no hay un romántico más furioso que yo; y si por ventura acabo de leer una novela de Balzac, no puedo ménos de exclamar: «¡Admira-

ble, admirable, monsieur Balzac!» Si álguien me moteja por esto, diré con cierta habanera que oí cantar á una niña muy graciosa:

«Si yo soy así.
¿Qué he de hacerle yo?
Todos para mí
Son á cual mejor.»

Esta cita, eminentemente clásica, me excusa de alegar nuevas razones.

II

Como otros muchos hombres que andan por el mundo, estoy condenado á trabajar sobre un objeto que no es de mi gusto. Este libro es un libro de crítica; mejor dicho, es un cordero que sacrifico en aras de una deidad en quien no creo. Se halla bastante esparcida la creencia de que quien toma el oficio de crítico manifiesta por el hecho mismo cierta arrogancia, presuncion ó amor exagerado de sí mismo. No lo creo. De mí sé decir que cuando voy á juzgar á un artista *verdadero,* lo que me asalta no es un sentimiento de superioridad respecto á él, sino de espantosa y amarga inferioridad. Si yo me juzgase superior ó

semejante al artista, me pondria á crear, no á criticar. Por eso los juicios más ó ménos acertados que estampo en este libro, no me enorgullecen. Si de algo estoy orgulloso, es de haber sabido comprender y gozar las bellezas creadas por los poetas que en él se estudian. Porque, cuando otra cosa parezca, créanme ustedes, es mucho más difícil admirar que censurar. He visto amenudo personas de vulgar inteligencia discurrir con bastante acierto, y áun señalar con claridad los defectos de una obra de arte; ¡pero á cuán pocos he visto conmovidos al hablar de Víctor Hugo ó de Byron! ¡A cuán pocos he visto cautivos por esa idolatría que el genio inspira á los espíritus sensibles y lúcidos! Voltaire, con ser Voltaire, nunca pudo admirar á Shakspeare; el mismo Lope de Vega no admiró jamas á Cervantes. No es maravilla, pues, que yo que no soy Voltaire, ni Lope de Vega, no consiga admirar á Grilo, á Blasco, á Herranz y á otros insignes poetas de esta era.

Con todo eso, en mi crítica, como ustedes podrán ver, no deja de haber algunos trozos admirativos. Repito que son de los que estoy más satisfecho. Hace mucho tiempo que vivo

en la creencia de que la tarea del crítico (si es que alguna tiene), no consiste precisamente en escudriñar las manchas ó defectos que toda obra, por ser humana, ha de llevar forzosamente; tarea, sobre fácil, ingrata; sino ántes bien, aclarar, difundir, popularizar las bellezas de las obras artísticas, llamar la perezosa atencion del público hacia ellas, colocarlas sobre las alas del entusiasmo para que lleguen á todos los espíritus, soplar el polvo que muchos hombres tienen en los ojos, para que puedan verlas y gozarlas. Esta tarea es noble, hermosa y fecunda, aunque no sea lo que hoy se entiende por crítica. Los párrafos donde aspiro á desempeñarla han salido del fondo de mi alma, y así como han salido los he estampado, sin tener en nada las prácticas de este género de escritos. De su verdad estoy más convencido que de la de aquellos otros en que acepto ó rechazo teorías estéticas, señalo defectos ó determino nuevas vías para el arte. Porque de mis impresiones vivo seguro siempre; de mis opiniones, jamas. Escribiendo estos párrafos he gozado momentos muy felices, aunque otra cosa crean los espíritus frívolos que no pene-

tran jamas en lo profundo del pensamiento del escritor. Cuando censuro, cuando ataco, no puedo ménos de pensar que me parezco al murmurador. Sólo me encuentro grande cuando tributo mi admiracion á los grandes.

He admirado, pues, hasta donde he podido. Si no pude tanto como hubieran deseado algunos de los poetas que en este libro figuran, achóquese á inopia, y no á falta de buen deseo. Mejor que nadie sé que yo no moriré de un exceso de respeto, pero tengan ustedes presente siempre, que tampoco me he puesto sobre el trípode para definir y juzgar, sino que les he hablado como si me tropezaran en la Puerta del Sol, y, charlando de literatura, me preguntasen qué opinaba de Campoamor, Nuñez de Arce, Grilo, etc., esto es, con la franqueza, con la osadía, con la incoherencia propias de la conversacion. Aun con eso, es posible que haya dado por genios á algunos que no lo son. Porque bien mirado, no creo que en España existan tantos genios como se supone. Las contribuciones absorben más de la mitad del producto neto de las tierras y de la industria; las cosechas, de algunos años á esta parte, son muy malas; y si á esto

se agregan las frecuentes calamidades que padecemos, como guerras, terremotos, inundaciones, etc., etc., bien se puede asegurar sin temor de equivocarse que una nacion á tal punto enflaquecida y miserable, no puede tener bien alimentados á seis docenas de genios. Nunca me arrepentiré, sin embargo, de haber echado unas cucharadas más de miel en el plato de algun poeta. Despues de todo, es inevitable el exagerar un poco el aplauso tratándose de los contemporáneos con quienes uno se roza y se codea en el comercio de la vida. Es noble tambien corresponder, por lo ménos con unos granitos de incienso, á los esfuerzos que nuestros vates hacen diariamente para proporcionarnos instantes agradables. Si el crítico no recompensa á su modo estos esfuerzos, ¿quién se encargará de recompensarlos? El pueblo español, que tiene aparejados siempre honra y dinero para el primer político gárrulo y corrompido que viene á demandárselos, los niega siempre, con una entereza y constancia dignas de mejor causa, á los poetas ilustres. Seamos, pues, agradecidos con los que de vez en cuándo refrescan nuestro espíritu fatigado

sumergiéndolo en las cristalinas aguas del ideal.

Mas no confundamos por eso el cariño y el respeto que deben inspirar los verdaderos poetas y la indulgencia con que deben acogerse sus yerros y descuidos, con esa perniciosa benevolencia que todo lo aplaude, que todo lo celebra, lo mismo las obras sublimes del genio que las torpezas é insulseces del último coplero. Cuando veo circular con el mismo aplauso entre los críticos las perlas y diamantes de Ayala, Nuñez de Arce y Campoamor y las cuentas de vidrio de Blasco, Grilo, Sanchez de Castro, Herranz, etc., etc., no saben ustedes cuánto me entristezco. Estas confusiones me parecen lastimosas, porque privan al artista de su genuina recompensa, que es el brillo. ¡Y quién puede brillar habiendo tanto lucero en el firmamento!

He huido, pues, con particular empeño de esta feroz *nivelacion* artística, dando al César lo que es del César, y á Grilo lo que es de Grilo. Como ustedes podrán ver, he sido muy parco en el empleo del análisis. Lo tengo por un arma muy peligrosa y que expone al que la usa á cometer sensibles injusticias. Sólo

en casos muy señalados, y con el objeto más bien de castigar una reputacion inmerecida que de probar la incapacidad del poeta, me parece lícito acudir á ella.

Si ustedes se deciden á leer este libro, verán que el haber huido del análisis no es su mérito principal. El más grande de todos es el de ser corto. Sé que al lado de este mérito se encuentran infinitas manchas que lo deslucen; pero ya me he resignado de antemano á escribir una obra con defectos. Siento no ser perfecto como mi Padre que está en los cielos, pero no puedo remediarlo.

III

Un instante para concluir.

Despues de escritas las ocho semblanzas de poetas que van á continuacion, quedé un poco cabizbajo al observar la clara desemejanza que existe entre todos ellos. Considerando la distancia que media entre la fisonomía artística de Zorrilla y la de Campoamor, entre la de Nuñez de Arce y Aguilera, no pude ménos de pensar lo siguiente:

La poesía de nuestro tiempo no tiene un

ideal. El poeta al abrir sus ojos ya no ve, como veian los griegos, como vèian los cristianos en la Edad Media, un sol de belleza luciendo sobre el horizonte y una muchedumbre feliz con adorarle y bendecirle. Ya no puede agregarse tranquilo á esta muchedumbre para que los rayos de aquel sol caigan sobre su frente y enciendan su pensamiento. En la actualidad todos los soles pasados resplandecen sobre nuestras cabezas, y cada cual tiene su grupo de adoradores. Quién dirige sus ojos al asiático, quién al griego, quién al cristiano. Pero ¡oh Dios! ¡cuánto han perdido estos soles en brillo y en calor! Se necesita que nuestros poetas sientan mucho frio en casa para salir á gozar con sus tibios rayos. Entre la poesía oriental, cristiana ó helénica de nuestros tiempos y las creaciones de Valmiky, Píndaro y Dante, existe la misma diferencia que entre esas salas griegas, árabes y góticas que los opulentos de ahora hacen construir en sus palacios, y el Partenon, la Alhambra y la catedral de Búrgos. Nuestra época, por su afan incomprensible de lanzarse en pos de todos los ideales y de beber en todas las fuentes de

belleza, no tendrá jamas fisonomía ni carácter propios, y en vez de monumentos habrá de contentarse con legar á la posteridad *chalets*.

Así pensaba con tristeza, cuando dentro de mí escuché una voz elocuente que me hacía una oposicion ruda y violenta. Esta voz interior pedia con justicia que no fuese tan superficial en mis juicios, que penetrase más adentro, hasta llegar á las entrañas de nuestra poesía.

Tenía razon la voz. Di un paso más y pude ver claramente el triste lazo que une las almas de todos nuestros poetas. ¿Por ventura, no hay en la sed, en la fiebre que empuja á la poesía de este siglo á sumergirse en todos los ideales pasados, algo que la caracteriza perfectamente? ¿No hay algo que, como un tósigo fatal, penetra por toda ella y hace que adolezca?—Miradla. Ha perdido todos sus colores, sus movimientos son febriles y descompasados, tiene grandes y oscuras ojeras, su voz es apagada y ronca. ¡Ay! No cabe duda, nuestra pobre poesía está tísica. ¡Cuán interesante la ha puesto, sin embargo, su cruel enfermedad! ¡Qué grandes son ahora

sus ojos y qué vaga su mirada! ¡Qué trasparencia hay en su rostro! ¡Qué suave melancolía se esparce por toda su figura! ¡Qué triste es su acento y qué conmovedor! El frio ha penetrado hasta la médula de sus huesos. Ningun sol pasado puede darle calor; y la poesía triste, nerviosa y exaltada de nuestro tiempo morirá.

Allá en lo futuro, de tanta negacion, de tanto escepticismo, de tanto esfuerzo y tantas lágrimas, ¿no surgirá siquiera una verdad que engendre otra poesía fresca, tranquila y creyente? Y si esto sucede, aquellas dichosas generaciones, que gozarán de una paz que nosotros nunca hemos podido gustar, ¿no tributarán un recuerdo de simpatía y admiracion á la pobre tísica del siglo XIX? Esperemos que sí.

ERRATAS NOTABLES

	DICE	LÉASE
Página	35.—bajaran.	bajará.
»	40.—despedíanse.	desprendíanse.
»	48.—estuvieren	estuvieran.
»	54.—que se.	que si.
»	79.—tuve.	tomé.
»	87.—seimpre.	siempre.
»	94.—terminó.	termina.
»	95.—observador.	adocenado.
»	107.—formare.	reformar.
»	160.—no sé qué.	nosequé.
»	168.—en un punto de vista.	en su punto de vista.

DON JOSÉ ECHEGARAY.

Hace ya muy cerca de dos años que permanezco silencioso como un Diputado de la mayoría. No he dicho hasta ahora sino muy pocas palabras sobre el ingenio dramàtico del señor Echegaray, y en las batallas que se han librado en el teatro con motivo de sus dramas quiso la fortuna que no hubiese perdido los ojos aunque en más de una ocasion se hayan visto entre los dedos de algun crítico y la pared. ¡Dios me los conserve mucho tiempo sanos para no ver los dramas de Sanchez de Castro!

Más no por haberlo guardado tanto tiempo me harán ustedes la ofensa de suponer que no he formado juicio sobre el teatro de Echegaray. Gracias á Dios, tengo sobre este punto mi correspondiente opinion como cualquier farmacéutico. Y ahora que me veo lejos de aquellos dedos malhadados y frenéticos;—¡cuidado con los dedos que gastan algunos críticos!—respiro fuerte y digo mi oipnion.

Don José Echegaray era, como todos saben,

un notabilísimo ingeniero y fué Ministro de varios ramos. Por consiguiente, ¿qué razon habia para que no fuese autor dramático? Efectivamente, allá por el invierno de 1873 fué representada su primera composicion dramática con el título de *La esposa del vengador*, que era una primorosa leyenda con innumerables defectos y muchas bellezas. Mas que la obra en sí, cautivóme y sedujo la novedad del intento. El teatro español, merced á los trabajos de los Eguilaz, Larra, Herranz y otros, habia dado grandes pasos hácia el confesonario; se postraba á los piés del coadjutor de la parroquia acusándose de sus pecados románticos, rezaba el rosario todos los dias, asistia á las cuarenta horas, tomaba el sol por las tardes. Era un teatro chocho. Cuando adoptó otro género de vida, todas las gentes dijeron: «¡Echegaray es el que lo ha pervertido, el que lo ha sacado de quicio; desde que trata con él ha vuelto á fumar, á decir requiebros á las muchachas y á retirarse á las altas horas de la noche; ¡esto no se puede tolerar, es verdaderamente escandaloso!

Allá en el fondo yo me alegraba mucho de que se retirase tarde. El teatro debe gozar independencia y tener su llavin para cualquier evento. *La esposa del vengador* me pareció una calaverada de buen género, la expansion afortunada de un ingenio privilegiado. ¿Nada más? Nada más.

Tenia toda la frescura y toda la inocencia

de una vírgen de quince años. Era suave, delicada, irreflexiva, levantada de inspiracion y de cascos. No hubo más remedio que aplaudirla.

Empezaba á oscurecerse la estrella del P. Astete. *La esposa del vengador* nada nos decia acerca de las *bienaventuranzas* ni de los *frutos* del Espíritu-Santo, omitia por entero los sacramentos que se han de obrar y hasta prescindia de los que se han de recibir. Conmoviéronse hasta los cimientos los corazones de la clase media. ¿Qué iba á ser de nosotros? Si en el teatro no se nos enseñaba lo que hemos de creer lo que hemos de orar, lo que hemos de obrar y lo que hemos de recibir, ¿á dónde volver los ojos? Con permiso de estos corazones diré que á mi entender el teatro de Echegaray es más moral que el de Eguílaz. Tengo mis razones para creer esto, y si Vds. se dignan prestarme atencion se lás diré en pocas palabras.

Todos Vds. sabrán probablemente, que apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño es un pecado, y otro pecado levantar falsos testimonios, lo mismo que desobedecer á los padres y jurar el santo nombre de Dios en vano. ¿A qué ir, pues, al teatro cuando se representan las obras de Eguílaz? ¿A gozar de sus bellezas? Es inútil, porque no las hay. ¿A dormirse? Es muy feo y se expone uno á que le despierte el acomodador. Sin embargo, esta última solucion no me parece del todo inadmi-

sible, y aparte de sus inconvenientes, porqué los tiene, lleva algunas ventajas á todas las demás. Y si te duermes lector, que si te dormirás, ¿en qué forma te habrás moralizado? ¿Con qué tristeza no pisarás despues la escalera de tu casa, considerando que entras tan inmoral como has salido?

En cambio duérmete si quieres en los dramas de Echegaray. Si por acaso fueses tan duro de corazon que no te conmovieran las escenas patéticas, ya se encargaria alguno de esos actores tan bien entonados que solo España posee, de tenerte despavilado. Pero no; yo sé que no hay necesidad de que se griten los dramas de Echegaray para que se escuchen con atencion. Sin el auxilio de aquellos inolvidables pulmones, lo mismo hubieran conmovido al público. El Sr. Echegaray recoge en el teatro, siempre que se le antoja, una buena cosecha de lágrimas.

Ahora bien; las lágrimas, ¿no son un medio de moralizar al hombre? ¿Cuándo se derraman lágrimas? Cuando el corazon se enternece. Pues enterneciendo el corazon muchas veces, lo haremos más blando y más sensible, y el hombre será más clemente y generoso.

Esta afirmacion no es sofística. La puedo demostrar con un poco de metafísica. El dolor de un semejante enternece nuestro corazon, despierta en nosotros la piedad y tambien el amor. Porque el dolor para muchas personas

formales y tambien para mí, es una gran injusticia. Si el dolor recae sobre un malvado, contraría el fin general humano, que es el pleno goce de la vida; mas si atormenta á un hombre virtuoso, no solô contraría este fin general, sino tambien el particular de la virtud, que merece recompensa. En uno y otro caso hay una injusticia que nos hace padecer moralmente. Mas para que una injusticia nos haga padecer, es necesario que en aquel momento la idea de justicia se levante con extraordinario poder en nuestra alma. Y cuando la idea de justicia se enseñorea de nuestra alma, ¿no somos más morales que cuando yace aletargada en algun oscuro rincon del pensamiento? Hé aquí cómo, á mi juicio, una obra dramática, por el mero hecho de ser bella, sin propósito alguno de aleccionar á los espectadores, puede influir más poderosamente en su moral que aquellas otras cuyo primero y tal vez único intento sea éste. El arte perfecciona nuestras facultades morales, no recordándonos el catecismo, sino fortaleciéndonos, elevándonos, arrastrando nuestro espíritu á la region de las ideas grandes y nobles. De mí sé decir,—y me pongo de ejemplo, porque soy para el caso como cualquier otro—que cuando presencio la representacion de *Hamlet* me conmueven tanto los sublimes pensamientos del héroe, que me figuro participar de su grandeza, se despierta en mi ser lo que hay de más

generoso, siento mi espíritu más grande y ennoblecido, en una palabra, me reconozco más moral que cuando salgo de ver *Bienaventurados los que lloran.*

No obstante, es necesario averiguar de dónde viene la emocion, si llega á nosotros sostenida por la falsedad y el absurdo, ó la trae en sus brazos el arte.

Cuando veo llorar á una persona en el teatro, pienso que por lo ménos aquella persona tiene un corazon sensible. Las personas acá en España, tratándose del teatro no deben exagerar la cuestion de lágrimas. Me parece que tienen muchas más ocasiones de reir. Solo algunos chistes de Pina y tal vez algun otro de Blasco, son los que arrancan con entera justicia raudales de ellas á los ojos.

En la última escena de *O locura ó santidad* estuvieron á punto de soltárseme. Si no hubiese acontecido que una señora se desmayó á mi lado y no hubo más remedio que socorrerla, seguramente habria despilfarrado algunas. Pero aquello me dió tiempo á reflexionar, y hé aquí lo que salió de mis reflexiones.

Efectivamente, en la escena pasaba algo grave. Dos jayanes al servicio de un manicomio se llevaban maniatado á un caballero, bajo el supuesto de que estaba loco. No estaba loco; todos lo sabíamos, y padecíamos, como es natural, presenciando aquel acto de barbárie. Mas aquel acto de barbàrie habia sido prepara-

do por el autor con el exclusivo objeto de conmovernos; por lo mismo teníamos derecho á exigir que la preparacion fuese discreta y artística. Aquella situacion atrevida é interesante no tenia por desgracia raíces muy seguras, se hallaba presa por tan sutiles hilos al argumento de la obra, que el más leve soplo de la reflexion bastaba á soltarlos. El entendimiento juega un papel secundario, pero juega su papel en la contemplacion de las obras de arte, y es gran torpeza llevarle la contraria tan resueltamente como se hace en esta obra. ¿Será posible convencer á nadie de que, mediando buena fé, se arrastre á un manicomio á un hombre de talento, estudioso, sensato y recto, á las pocas horas de haber declarado que la fortuna que posee no le pertenece, por extraordinarias que sean las circunstancias que acompañen á esta declaracion? Yo pregunto á toda la clase médica española: ¿hay en ella dos indivíduos, sobre todo si han recibido el grado antes de la revolucion, que por los síntomas que ofrece el espiritu de D. Lorenzo de Avendaño sean capaces de decretar su inmediata clausura? Yo pregunto á todas las famílias honradas de Madrid: ¿hay alguna que permita y aun promueva el encierro de su jefe en una casa de locos por los motivos y con la premura de aquella que Echegaray nos presenta en su drama? De resultas de no haberme contestado nadie á

estas preguntas que hice mientras socorria á aquella señora, resolví no conmoverme. Y no obstante, si un espectador ó alabardero tuviese la desgracia de caer desde el paraiso á las butacas, pueden ustedes creer que el suceso me impresionaria fuertemente. Me impresionaria mucho, aun cuando aquella escena no habia tenido preparacion de ninguna clase. No sé si el lector comprenderá esto, pero yo lo comprendo perfectamente.

A pesar de cuanto he dicho, estoy muy lejos de aplaudir el espíritu de crítica, por no decir *intelectualismo,* con que de poco tiempo á esta parte acude el público al teatro. Pasaron los buenos tiempos en que los espectadores tomaban parte con lo más hondo del alma en las peripecias del drama, se apasionaban, se enfurecian, trataban de saltar al escenario en socorro del héroe, arrojaban comestibles sólidos á la cabeza del traidor. Solo en algunos apartados rincones de nuestras provincias se da el caso ya de que el público obligue al protagonista de *Cárlos II el Hechizado* á dar muerte cuatro ó cinco veces consecutivas al odioso fraile, autor de sus desgracias. En el resto de España, el fraile muere á la hora en que escribimos de una sola puñalada. El público que acude á los estrenos en Madrid, mujeres, viejos y niños, todos se constituyen en tribunal y afectan la imperturbabilidad de un magistrado en vista pública y solemne. En las escenas más

interesantes y patéticas, lo más que se permite el espectador es una helada sonrisa de satisfaccion y el siguiente galicismo: *Está bien hecho*. En tanto que dura la representacion, todos, todos, hasta aquella rubia de la platea cuyos cabellos parecen dorados á fuego y uno á uno, tienen aire de estar escribiendo en lo más profundo del pensamiento unos *Apuntes críticos* con mucha *fibra* y mucho *calor de humanidad.*

Permítaseme que eche de ménos en el público un poco de sensibilidad, y despues permítaseme proseguir.

El defecto capital del teatro de Echegaray, aquel que resplandece en todas sus obras, es la falsedad: en algunas de ellas, como *En el puño de la espada,* la falsedad puede denominarse absurdo. Un viento atracado de embustes corre por todos sus dramas desatando los cabos, invirtiendo los términos, lacerando la urdimbre y arrojando las escenas muy lejos unas de otras de tal modo que sus personajes quedan gesticulando en la soledad, y el público no ve la razon de sus desconcertados ademanes. Lo que se echa de ménos en las obras dramáticas de Echegaray son las matemáticas. En estas obras se estampa el resultado sin haber hecho las operaciones prévias, y el público pide que se le muestre la pizarra.

Ahondando un poco en la indagacion de este asunto, tal vez observemos que el defec-

to enunciado, si ataca á la esencia misma de la obra y la reduce á la categoría de efímera, no es de los que niegan por sí la aptitud del artista. Lo que sí muestra inmediatamente es que á la creacion de la obra acompañó un algo perturbador y malsano que el autor debió haber huido con empeño. Es imprudente introducirse en el laboratorio de un poeta para expiar sus trabajos y á seguida noticiarlos á los cuatro vientos; pero si me fuese dado vencer la repugnancia que me inspira este expionaje y me pusiera á observar el crisol donde hierven los dramas de Echegaray, creo que no tardaria en percibir ese elemento pútrido que causa el daño de la obra. Despues, si se me obligase á darle un nombre y no tuviese á mano otro más poético, lo llamaria «precipitacion.»

La precipitacion de que el Sr. Echegaray hace uso en la fabricacion de sus dramas es de la peor ralea, porque es la que acompaña, no tan solo á la ejecucion, sino tambien al pensamiento mismo de la obra.

Estoy pensando en que la idea de haber aproximado el gabinete de un poeta, al laboratorio de un químico por algo debió acudir á mi cerebro ahora. ¿Por qué habrá sido?... Quizá tenga su raíz en la impresion que me causó el Sr. Echegaray la vez primera que le ví salir á la escena solicitado por el clamoreo del público. La figura del Sr. Echegaray no des-

pertó en mí, ni más ni ménos, la idea de poeta, sino la de astrólogo. Sin que pudiera oponerme al escape de mi fantasía, adornele de súbito con una bata sembrada de estrellas, le puse sobre la cabeza una caperuza y en la mano una varilla de virtudes, aposentele en una cámara tétrica toda atestada de libros, de redomas, de animales disecados; le ví enfrascado á una luz mortecina en la lectura de una *Trigonometría rectilínea.*

Parecia hallarse inquieto; cerraba los ojos con frecuencia y lanzaba tristísimos suspiros.

«¡Ay! exclamó, ¡aritmética, álgebra, geometría y, por mi desdicha tambien la trigonometría, todo lo he profundizado con un trabajo constante, y héme aquí pobre tonto!... Hace ya algunos años que enseño á la multitud las matemáticas y no estoy bien seguro de haber enseñado algo de provecho. Ni aun me lisonjeo de que sirva para nada el reducir los quebrados á comu i denominador. Por eso me he dedicado algun tiempo á la política. Pero todo esto, política y matemáticas, es intrincado, es oscuro, y además sospecho que no sirve para nada. ¡Oh, si yo pudiese franquear esta muralla de formulas algebráicas y expedientes que me aprisiona! ¡Si yo pudiese, libre como el humo que se escapa de estos carbones, recorrer á la dulce claridad del gas los escenarios de los teatros, aspirar el perfume de los polvos de arroz, salir cogido de las manos de

los artistas, en forma de danza, á embriagarme con el néctar voluptuoso del aplauso! ¡Oh, que extraña turbacion se apodera de mi sér! Escucho una voz celeste que me dice: El mundo de las bambalinas y del albayalde no está cerrado... Animo: aun puedes morder donde han mordido Retes y Echevarría. Sí, creo que el génio de Shakspeare da vueltas en torno de mi cabeza y me incita á escribir dramas. Siento que mi espíritu se entrega todo á tí, ¡oh espíritu inmortal!... Ven, ven...

(*El génio de Shakspeare desde dentro.*) Huyamos.

Pero esto es *Fausto* puro, dirán ustedes. No lo niego, diré yo.

Volvamos á la precipitacion; volvamos, aunque no sea sino para consignar que la precipitacion es una frase inventada por mí para explicar y atenuar algunos pecados cometidos por el Sr. Echegaray. Por lo demás, yo no puedo negar á Vds. el derecho de achacar sus yerros á inopia y no á precipitacion.

El comercio y trato frecuente de los grandes hombres, suele dejar en nuestra inteligencia huellas muy visibles. Por estas huellas es fácil conjeturar cuál ha sido el grande hombre que más nos ha cautivado. Yo me atrevo á pensar que el favorito del Sr. Echegaray ha sido Arquímedes. De él es de quien ha tomado, sin duda, la mala costumbre de pedir gollerías. Arquímedes decia: «Dadme

una palanca y un punto de apoyo, y removeré la tierra.» Mas el pobre Arquímedes se fué al otro mundo sin tener el gusto de remover la tierra, porque nadie pensó en darle la palanca ni el punto de apoyo. Echegaray dice: «Dadme un hijo formado por el rayo de la luna que penetra por un vidrio roto (el arte se encargará de pagarlo); dadme un puño de espada que sirva de archivo á una correspondencia que no es posible quemar ni hacer pedazos; dadme una hoja de puñal donde se escriba con sangre como en la mejor vitela, de tal suerte que lo que sobre ella se estampe no pueda borrarse sin habérsela hundido préviamente en el pecho el protagonista; dadme la luna en fin, y yo os daré un drama.»

Efectivamente, el público dió la luna y el señor Echegaray los dramas. Mas debemos reconocer que este es un cambio de servicios perfectamente enclavado en la teoría de la circulacion, expuesta con gran lucidez por Bastiat, y ni el Estado ni yo tenemos derecho á contrariar el libre desenvolvimiento de las leyes naturales que presiden á la produccion distribucion y consumo de los dramas. Lo único que lamento amargamente, es que el desgraciado Arquímedes se haya ido al otro mundo sin tener el gusto de remover la tierra.

Inmediatamente despues de esto tenia pensado decir al Sr. Echegaray, que no tiene un gusto muy esquisito para la eleccion de te-

mas, á los cuales tampoco sabe dar variedad, ni gran acierto en la pintura de caractéres, que huelen á bastidor desde muy lejos, ni tampoco una versificacion fluida, castiza y armoniosa que velara púdicamente las liviandades del fondo. Pero todo esto tenia pensado decírselo de un modo delicado, ingenioso, como deben decirse estas cosas cuando uno quiere sentar plaza de escritor ático, intencionado y habilidoso.

Más de un cuarto de hora he pasado tirándome por la barba y con la vista fija en un mico de bronce que sirve de remate á la tapa del tintero, y no acaba de brotar en mi cabeza ni una sola frase irónica. Me voy convenciendo con verdadero dolor de que no soy tañ socarron como creia.

Despechado y sin aliento, arrojo una mirada sobre las cuartillas escritas. Son veintisiete. Por consiguiente, segun mi cálculo, falta por escribir una tercera parte del artículo.

Ahora bien, esta tercera parte la dedica todo crítico bien educado á elogiar la obra que juzga cuando es mala. Cuando es buena, lo comun es dedicar dos terceras partes. No seré yo ciertamente quien con mano torpe pretenda romper el curso de nuestras costumbres venerandas, consagradas por los siglos y las generaciones. De las dos terceras partes que llevo escritas resulta que el Sr. Echegaray es

mal poeta dramático. Confio en que de la que falta ha de resultar que es bueno.

El Sr. Echegaray, no es tan insignificante poeta como pudiera deducir cualquier adversario suyo de las premisas que he sentado. Yo escribo para las personas ilustradas é imparciales, para aquellas que saben conceder á las frases su verdadero sentido y ver á traves de las travesuras del estilo el corazon del escritor. Esas personas que tienen los ojos puestos sobre el mio saben cuán lastimado está y cuán triste por las frases que un destino cruel me ha obligado á estampar. Yo admiro al señor Echegaray, le admiro como admiran los gusanos á las estrellas, si es que las admiran. En materia de admiracion, muy pocos serán los que puedan ponerme el pié delante. Pero yo bien sé por qué admiro al Sr. Echegaray; las personas que penetran mi corazon, bien lo saben; el Sr. Echegaray tambien lo sabe. Hay muchas cosas inefables para la humana lengua, y una de ellas es esta. Asisto á la representacion de una obra de Sanchez de Castro, y quien dice Sanchez de Castro, dice Herranz. La obra sale mala, como puede suceder, que esto no me lo negarán ustedes. Pues bien; este pobre jóven que ha sacrificado 20 reales para verla, se emboza con la mayor dignidad en su capa y sale del teatro murmurando entre dientes, Dios sabe qué cosas. Se estrena un drama de Echegaray, y el tal drama no satisface ni

con mucho mis exigencias. Pues en vez de salir irritado y feroz á saciar mi cólera en un chocolate, salgo con la sonrisa más plácida del mundo, una sonrisa que envidiaria el mismo Perier, enojando á los amigos con mi descarada alegría, y cantando salmos en honor del Sr. Echegaray:

«Porque tienes garras como el leon y dientes como el chacal, señor, desgarras y trituras el arte dramático.

Te glorificaré por tus dramas malos lo mismo que por los buenos y cantaré tus alabanzas.

Tú has abierto mi boca, señor, y mi boca cantará tus alabanzas.

Cuando tú llegaste, los dañinos gorriones, entre los cuales figuraban Perez Escrich y Larra y tambien Herranz, divertian sus ócios en picotear la escena.

La picoteaban sin compasion; en su pico no se hallaba palabra de verdad, ni verso sin ripio y en su alma de gorrion se albergaban la frivolidad y la impotencia.

Llegaste y los desmenuzaste como polvo que el viento esparce, y los barriste como lodo de las plazas.

A tí, ¡oh señor! tributaré gracias con todo mi corazon, y narraré todas tus maravillas.»

Las maravillas del Sr. Echegaray son algunas escenas tan bellas, como hacia muchos años no habian resplandecido en el teatro es-

pañol y un enjambre de pensamientos graves y luminosos que surcan altaneros el piélago de sus obras, dejando brillante estela de fuego.

Las buenas acciones siempre las tengo presentes, y no olvidaré mientras viva de qué modo se ha portado el Sr. Echegaray en una célebre noche. Tres veces consecutivas habia subido el telon, y tres veces consecutivas habia vuelto á bajar. Cuando subia, me quitaba el sombrero y lo colocaba con delicadeza, que semejaba uncion, en la butaca de enfrente hasta que llegaba un caballero de corbata encarnada que me obligaba á levantarlo rápidamente y á plancharlo dos ó tres veces con la manga de la levita. Estas maniobras me hacian perder algunas docenas de versos. Cuando bajaba, me ponia el sombrero y trataba de lanzarme á los pasillos. Indudablemente en la vida del hombre hay momentos críticos. Uno de ellos es salir de una fila de butacas del teatro Español en noche de estreno. ¿Se debe salir dando el rostro ó la espalda á las señoras que ocupan la fila? Militan razones poderosas en pró de ambos sistemas. No obstante, mi opinion, y la apunto con las debidas reservas, es que se debe salir mirando á las señoras. Se deben apretar las piernas hasta donde alcancen las fuerzas contra la fila contigua, con el fin de hacer patente que vuestras extremidades son tan inofensivas como hidalgas: conviene que al demandar perdon por la molestia,

formuleis brevemente una enérgica protesta contra la empresa del teatro, que sacrifica el pudor al sórdido interés: no dejeis tampoco de decir si os ocurre alguna frase ingeniosa y moral, sobre todo moral: si no os ocurre, lo más sensato es doblár el espinazo, sonreir con modestia y abreviar cuanto se pueda. Recorria automáticamente los pasillos, el salon de descanso; escuchaba distraido profundas disquisiciones sobre la verdad de los caractéres y la verosimilitud de la fábula, y pienso que cuando me aposenté de nuevo en la butaca y ví sepultarse á los músicos, cual gnomos misteriosos, en sus tétricos agujeros ¡Dios me perdone! pero algo semejante á un bostezo vagó por mis lábios. Alzóse la cortina pausadamente, con cierto chirrido profético, anunciando que en el caso poco probable de que la obra saliera de la noche limpia de todo silbido, tós ó estornudo, no reportaria pingües ganancias á la empresa. ¡Lo que es el sino! ¡Partiendo de la garita del apuntador hácia dentro, hasta el telon tiene derecho á carecer de sentido comun!

Así que ví el escenario, me dió en la nariz un tufillo de belleza que reanimó mi espíritu soñoliento. ¿Tufillo lo he llemado? Pues no es verdad; aroma, aroma era, aroma embriagador que llegaba al corazon. Un hombre que agoniza vertiendo profundos pensamientos en fluido y enérgico romance. Esto no se ve to-

dos los dias. ¡Cuántos se mueren en las tablas con el ripio entre los lábios! Despues, una escena verdadera, con vida terrenal, que en el cerebro delirante del moribundo engendra otra más grande y fantástica. Sombras que toman carne para ofrecer perdon al crímen. Séres vivos que la noche y el remordimiento convierte en sombras. Relámpagos siniestros que alumbran una conciencia cenagosa. El amor tomando posesion de un corazon dolorido. Un poco de verdad y otro poco de poesía. Por allí debia andar el arte.

Aplaudí como se aplaude cuando no se representa nada de Blasco, y sin acordarme poco ni mucho de que era un crítico, lloré como un simple mortal. No hay más remedio que confersarlo; los críticos, salvo honrosas escepciones, tenemos tambien corazon como los demás.

¡Qué noche aquella! Fué *La última noche* del Sr. Echegaray. Despues le aplaudí más de una vez, pero mis palmadas, casi siempre débilès é indecisas, sonaban á hueco, como las cabezas de algunos sábios. No crea, sin embargo, el Sr. Echegaray que estoy cansado de aplaudirle ni de escuchar sus alabanzas, como aquel paisano de Atenas, que e hastiaba de oir las de Arístides. Aun me restan fuerzas bastantes para sonar las palmas, y si llega el caso sabré gritar: «¡Bravo, bravo, el autor!» tan bien como cualquier radical. La

Providencia me ha concedido un tesoro de aplausos; más yo no tengo facultad para malgastarlo en cuatro dias. Redundaria en menosprecio de las buenas obras dramáticas futuras y pretéritas, en perjuicio del Sr. Echegaray, que tiene derecho á no ser empujado por oscuros y peligrosos senderos, y en menoscabo y daño de mi conciencia, que si no regatea jamás los aplausos al mérito, me exige estrecha cuenta de los que tributo á la torpeza.

DON JOSÉ ZORRILLA.

A las nueve; á las nueve en punto de la noche. Se habia anunciado con la debida anticipacion en los periódicos y la tabla de anuncios del Ateneo lo aseguraba de un modo terminante:

«El viernes á las nueve de la noche el eminente poeta D. José Zorrilla dará lectura pública de algunas composiciones inéditas.»

No podia estar más claro. Y no obstante aun me quedaba un resquicio de duda. Verdad que el autor del *Tenorio* estaba vivo, pero habia dejado de pisar muchos años hacia la tierra española. Fatigado de regocijar nuestras moradas con sus melodiosos cánticos, el misterioso pájaro habia levantado el vuelo y yo no sabia dónde lo habia posado; en qué paraje risueño y frondoso, bajo un cielo azul, habia fabricado su nido. ¿No podria haber otro D. José Zorrilla á quien le hubiese convenido nacer poeta? Un tanto extraño parecia en este caso que la tabla de anuncios del Ateneo le apellidase eminente, más la crítica severa y concienzuda no ha sido jamás el fuerte de la tabla de anuncios del Ateneo. La duda,

ese fantasma siniestro del siglo XIX que turba las conciencias y las empuja á los negros abismos de la filosofía alemana, se habia apoderado de mi alma cuando tropecé con un empleado de la casa.

—Este D. José Zorrilla que aquí se mienta ¿es verdaderamente D. José Zorrilla?

La pregunta no podia ser más directa, más clara, más concreta.

—Creo que sí, porque el señor presidente ha mandado preparar un refresco para esta noche.

La respuesta era precisa y categórica. Ningun artículo de *El Siglo Futuro* fué en la vida ni más claro ni más contundente.

Quedamos en que era D. José Zorrilla el que habia de leer aquella noche varias composiciones inéditas.

¡Es decir que iba á hallarme frente á frente del prodigioso mágico que habia evocado en mi espíritu juvenil sueños infinitos, azules, verdes, rosados y de otros colores intermedios; con el arpa de oro cuyas dulces canciones arrullaron las horas melancólicas de mi adolescencia; con el cometa fulgurante que al promedio del siglo apareció en los cielos del arte, y cuya cola, formada por miriadas de tomos de poesías, aun no ha traspuesto por entero el horizonte!

No faltaré; de ningun modo faltaré. Aunque necesite perder un sermon de Sanchez de

Castro ó un drama del P. Sanchez, no faltaré.

En tanto que la hora llegaba, empecé á meditar—cosa bastante rara en un crítico—acerca del romanticismo.

El romanticismo ha llegado á ser en nuestra época una abstraccion, una idea que la crítica considera ya funesta, ya dichosa; que para ciertos historiadores atacados del novísimo sistema de explicarlo todo, fué simplemente una necesidad de los tiempos. Probablemente no será nada de esto, y sí tan solo un grupo de hombres de poderoso ingenio con el cual nada podia rivalizar más que su arrogancia. Amantes de la libertad, orgullosos de vivir y respirar, pensando que sus obras no cabian en el molde clásico ni en ningun otro molde conocido, comenzaron á asestar furiosos golpes á las formas tradicionales de la poesía. Rompieron la tupida malla de preceptos que el estudio de los clásicos, unido á la miseria del ingenio habia formado en los últimos siglos, y lanzaron sus vuelos por los mundos no explorados de la fantasía. Hoy el viajero tropieza en el camino con los restos de algun pájaro infeliz víctima del frio y de la oscuridad, pero tiene presente que otros muchos surcaron atrevidos las tinieblas y dichosos llegaron á puerto de salvacion.

El cultivo ciego, insensato, de la forma llegara á tal punto en los tiempos que precedieron al romanticismo, que habian sido proscri-

tas del arte las ideas por inútiles. Todo estaba inventado. Los asuntos del poeta se hallaban trazados de antemano, y ¡guay del que osara salirse de la pauta! Un amante que llora celos, ausencias ó fierezas de su amada; un natalicio, una muerte, unos dias, un matrimonio; en el aniversario de la entrada del Rey nuestro señor en Madrid á su vuelta de Francia; en el dia del cumpleaños de la Reina nuestra señora; oda al combate de Trafalgar; soneto á un pajarillo; sátira contra las costumbres del tiempo; letrilla contra los pantalones cuando empezaron á usarse; en la proximidad del parto de la Excma. Sra. Marquesa de Villaburrida; á cierto jóven militar de grandes esperanzas con motivo de su temprana y repentina muerte; á mi señora Doña Ramona Portillo; epístola á Poncio quejándose del atraso que sufria el autor en su carrera, etc., etc.

Tales eran los temas predilectos de aquella musa cumplimentera. Delito de leso clasicismo se consideraba enamorarse á derechas de Pepita, Asuncion ó Juana. El poeta no podia amar sino á Galatea, Florinda ó Cloe y eso en el campo y disfrazado de Batilo ó Fileno, porque en la ciudad ya se guardaria muy bien de hacerlo. Si le gustaba una niña era indispensable el decir que *ardia en ánsias* ó que *se hallaba encadenado por un déspota inhumano,* para que se le creyera. El cuello de la

niña habia de ser *albo* forzosamente y los cabellos *madeja de oro,* los ojos lanzarian *mortíferos venenos* dado que no hubiera en ellos un Cupidillo que disparase *mortales saetas;* los labios serian *hibleos,* las mejillas de *nácar* y el seno tomaria la denominacion de *pomas de nieve* ú *orbes torneados.* La poesía, en resúmen, se hallaba estereotipada.

En esto, dejáronse oir los rugidos de los románticos, que llegaron cual rebaño de leones agitando ferozmente sus melenas, y al llegar pusieron en gran desórden y confusion á la turba de gozques que alastrabán contra el regazo y comian en las blancas manos de las damas aristocráticas. Traian consigo la idea de libertad, la de naturaleza—á la cual no siempre han sido fieles—y más arraigada que otra alguna, la de tristeza. La tristeza fué la musa que inspiró por más tiempo al romanticismo. Sin que hubiese mayor motivo que antes, todos los poetas de aquella época convinieron en ponerse muy tristes y en dar claras señales de hallarse bajo el peso de un gran dolor. Caian sobre el suelo las lágrimas y formaban pronto regueros, arroyos, rios caudalosos que se llevaban los puentes y los corazones; desatábanse en el espacio furiosos vendabales de suspiros y estallaban tempestades de sollozos. Más grande desesperacion no la habian presenciado los siglos.

Aun dando por supuesto, como es justo que

se dé, que aquella tristeza tenia no poco de afectada y artificiosa, ¿quién osará negar que constituye un manantial riquísimo de inspiracion poética? Lo pregonan con elocuencia el Childe-Harold y el D. Juan de Byron, el René de Chateaubriand, los cantos líricos de Heine, de Víctor-Hugo, de Espronceda y de Zorrilla. Estas obras serán por siempre bellas, aunque el arte, en sus giros de vagabundo, haya abandonado la region de las tristezas individuales y parezca sumergirse ahora con deleite en el océano profundo de la realidad. No queramos juzgar las obras de arte con el criterio que el gusto de hoy nos señala. Si despreciamos las obras y los hombres del romanticismo porque las aficiones de nuestra época nos empujan por opuestos derroteros, cuando otros gustos y otras tendencias hayan venido á sustituir á las nuestras, ¿con qué derecho pediremos gracia para nuestros poetas más queridos y para nuestras obras más predilectas? Pensemos más bien que la belleza es una dama muy serena y muy augusta, pero muy coqueta; el arte un mancebo turbulento y caprichoso que sin cesar la enamora. Que vista la dalmática griega, ó la toga romana, ó el jubon de la Edad-Media, ó el frac de nuestra época, que gaste peluca ó melena, que parle en latin ó en sueco, como se muestre insinuante rendido y discreto, obtendrá sus favores.

Aquí llegaba en mi trascendental medita-

cion, cuando rasgó la atmósfera erudita del Ateneo la voz del ujier: «Cátedra del Sr. Zorrilla.» ¡Ay! quizá este mismo ujier gritaria impío al dia siguiente: «Cátedra del Sr. Vilanova!»

Acudí con ligereza á sentarme delante de la misma tribuna, y esperé con recogimiento, con cierto temblor cortesano, la llegada del monarca.

Y llegó. ¡Pero cómo llegó, cielos! Como oveja á quien privaron de su vellon; como pájaro desplumado. ¡Llegó sin melena!

El viejo y trasquilado leon subió lentamente los escalones de la tribuna, y una vez arriba, alzó la cabeza. La juventud habia huido de aquella frente, el fuego de aquellos ojos, el carmin de aquellos lábios. Paseó una mirada por la concurrencia, y saludó. Yo no sé lo que ví en aquella mirada y en aquel saludo, pero me sentí profundamente conmovido. Aquella mirada triste, muy triste, aquel saludo humilde y encogido parecian decir:

«Estoy en el Ateneo de Madrid; lo sé. Los que aqui os reunís, todos sois más ó ménos sabios; todos sabeis que he cometido muchos anacronismos y muchas faltas de gramática. Sé que os reis de mis composiciones vacías, de mi lirismo trasnochado, sé que os gustan otros poetas más filosófos, sé que ya no tengo ni un admirador, ni un amigo entre vosotros. La generacion á la cual el soplo de mi musa revolvia y

encrespaba unas veces, y otras rizaba y adormia blandamente; el público que decia mis versos en el teatro antes que el actor los profiriese, se ha llevado á la tumba mi renombre. Los amigos que conmigo lo compartian han caido tambien uno á uno en el oscuro misterio de la muerte. Cuanto miro en torno mio, me es extraño y desconocido. No entiendo vuestra sabiduría, no entiendo vuestro excepticismo, no entiendo vuestros versos. Me encuentro solo, triste y pobre, y ni aun fuerzas me quedan para repetiros la vieja cancion. Nada puedo daros digno de vosotros: perdonadme, señores, perdonadme.»

Y á mí se me encojía dentro del pecho el corazon y me asaltaban deseos irresistibles de decir:

«Procedamos por partes, ilustre vate. En primer lugar, gracias á Dios, no somos todos sábios los que aquí nos reunimos. Desde mi asiento estoy viendo á varios que no lo son, puede Vd. creerlo, no lo son. Algunos hay que la opinion pública califica de tales, pero ya sabe Vd. que la maledicencia en nuestro país no respeta nada, y que no es posible poner trabas á las lenguas. De los pocos que restan, la mitad son traducidos del francés y la otra mitad en el pecado llevan la penitencia, pues nadie cuenta con ellos para nada. Mas supongamos por un instante que todos lo fuésemos. ¿Piensa Vd. que habrá sábio alguno por tonto

que sea á quien no cautiven y deleiten los hermosos poemas que Vd. ha creado? ¿Piensa usted que esta poesía amaneradilla y artificiosa que hoy está de moda osará chistar mientras se alce en los aires el son de sus dulces y frescas melodías?»

Esto diria seguramente si hubiese dicho algo. Me reduje á pensarlo, con otras muchas cosas que el lector irá conociendo seguramente si no se queda rezagado en la lectura de este artículo.

Situémonos en un punto de vista equidistante de todas las escuelas y de todas las tendencias que han imperado en el arte. Mejor dicho, situémonos en tal lugar y tan lejano que apenas se divisen esas barreras que las alternativas y variantes del gusto han levantado en los verjeles de la poesía. Desde aquí, desde el lugar empingorotado donde plugo á mi voluntad colocarme, no acierto á ver ningun lindero; el huerto de los clásicos es una prolongacion del de los románticos, ó tal me parece al ménos, y el de los realistas se introduce sin que nadie le vaya á la mano por el de los idealistas. En unos y otros las flores y las berzas fraternizan con efusion. Los ingenios que los han cultivado están allí representados con tamaños muy distintos sin que pueda asegurar que se haya atendido para nada ni á la época en que florecieron ni á la escuela en que militaron. Por ejemplo, allá

veo á Calderon que está representado por un coloso de oro con rica corona de brillantes, mientras Sanchez de Castro es una hormiguita que en este momento le entra por la ventana de la nariz y le hace estornudar.

Mas en realidad mi obligacion en este momento es no acordarme para nada de Sanchez de Castro y no quiero dar un paso más por este terreno escabroso. Así pues, convirtiendo mis ojos á Zorrilla, observo que su talla se eleva majestuosa sobre todos los poetas españoles de este siglo, y solo Breton y Quintana logran altura parecida. Bien se me ocurre que esta observacion tomada del natural, como ahora se dice, no enternecerá el corazon de los poetas que hoy figuran: más ¡ay! consiste en que el corazon del poeta, blando y sensible para el canto del ruiseñor, para el beso de la vírgen, para las noches de luna, es de piedra berroqueña para los versos de su vecino.

La poesía de Zorrilla es una flor de los campos, risueña, fresca, suave, fragante. Nació sin qne una mano diligente hubiese derramado en aquel sitio algunos granitos de semilla traidos de París. Nació porque Dios quiso que naciera para solaz del viajero que en el camino angustioso de la vida se tiende á descansar un instante en los dominios del arte. La regadera de la ciencia no ha venido á chapuzarla mañana y tarde; en los dias de

cierzo no ha tenido cristales que la resguardaran; en las noches de hielo no ha tenido á su lado estufa que la prestara calor. Alguna vez se doblaba la pobrecita al peso de la nieve; otras veces se arrugaba por las quemaduras del sol. Pero tornábais al dia siguiente y la encontrábais de nuevo fresca y erguida derramando aromas y esparciendo reflejos.

Porque Zorrilla es un gran poeta, á despecho de la ciencia, á despecho de la Academia de la lengua, á despecho de sus torpes imitadores y hasta á despecho de sí mismo. Infinitamente más poeta que otros que poseen mucha ciencia, mucha Academia y pocos imitadores.

A la flor de la poesía, dedicámosle hoy cuidados muy exquisitos y prolijos. No los rechazo, que prefiero yo con mucho los refinamientos del espíritu á las groserías de la letra. Mas, déjenme ustedes admirar de buena voluntad á aquellos árboles gigantes de espeso y oscuro ramaje cuyas copas se columpian majestuosamente al impulso de los vientos en los bosques de mi país, y no tanto á aquellos otros del *Buen-Retiro* cortejados sin cesar por la mano solícita del jardinero y recibiendo el agua bonitamente por tubos de hojadelata. No lo puedo remediar.

Los versos de Zorrilla no han sido forjados penosamente como tantos otros en las fraguas del pensamiento. Zorrilla no ha tomado

jamás las medidas á la idea para encajarla en el verso; el verso y la idea nacieron en su mente á un tiempo mismo, como la luz y el color. Si á Zorrilla le priváseis del lenguaje numeroso, le arrancaríais las alas y pronto veríais con qué dificultad se movia por la tierra. Si quisiérais enseñarle la prosa, veríais cuán torpemente se expresaba, como esos pobres mirlos á los cuales sus dueños ¡progresistas! se empeñan en enseñar el himno de Riego con la flauta.

La prosa es una cosa muy excelente. Yo se la recomiendo con toda mi alma al señor Grilo. Mas la prosa solo puede expresar lo que se concibe en prosa: cuando se concibe en verso, se debe parir en verso. Hay tal vaguedad en las ideas del poeta y tanta contradiccion en sus sentimientos que no es fácil empeño introducirlos en la prosa sin sacarla de quicio. El verso, segun dicen, es el lenguaje intermedio entre la prosa y la música. Zorrilla lo ha hecho acercarse mucho más á la música que á la prosa. Por eso penetra más fácilmente que ningun otro poeta en nuestra alma y se guarda más tiempo en la memoria. ¿Quién en España no sabe versos de Zorrilla? ¿Quién es el que no ha sentido el aroma de aquella flor silvestre de que antes os hablaba?

Voy á figurarme que cruzais por un país extranjero. En una sala expléndida, muy bien arrebujada con riquísimas alfombras y tapi-

ces, chisporrotea un fuego malicioso haciendo guiños y prometiéndolas muy felices al aterido contertulio, que descalzándose los chanclos y sacudiéndose la nieve, alza la cortina de la puerta diciendo: «good evening gentlemen.»

Ya estais de la parte de adentro, y al compás de vuestros pasos se alza un repique adulador en el cristal de las arañas y en la porcelana de las mesas. Y luego los enormes espejos, tan altos como el techo, se apresuran á reproducir profusamente vuestra imágen, como si fuese la de un grande hombre. Así que llegais á las cercanías de la chimenea, os inclinais con mucha gracia y estrechais una mano más blanca que el manto con que en aquel instante se embozan los árboles del jardin, más suave que la seda que viene de las Indias. No quisiera equivocarme, pero aquella mano pertenece, á mi entender, á una *lady* de alabastro con ojos azules. Hablais del tiempo, por supuesto, hablais del príncipe de Gales, hablais del *sport*, y hasta, si os parece oportuno, hablais de los ojos azules de *mylady*. Todo esto á mí no me importa poco ni mucho. Pero la conversacion viene á caer sobre materia de poesía, y entonces ya pongo el oido para escucharla. *Mylady* tiene gran pasion por Tennyson, y se empeña en leeros uno de sus idilios, que vosotros, claro es, encontrais divino. A la lectura del idilio sigue un silencio, y al silen-

cio esta pregunta: «Decidme, *my dear,* ¿qué poetas teneis en vuestro país?»

¡Ah! yo estoy seguro de que en aquel instante separais la vista de la argentada *lady,* y la sacais por el balcon á pasear por otros espacios. Una lágrima tiembla en vuestros párpados, q e no llega á caer, porque aquella lágrima pertenece á la pátria y no quiere pisar tierra extranjera. Allá, muy lejos, detrás de la nieve, hay una region feliz donde calientan los rayos del sol y esparce el azahar sus fragancias; las aguas azules del mar y los bosques espesos de lauros, la lengua melodiosa de las aves y la boca imperceptible de los insectos elevan sin cesar un coro de bendiciones al firmamento límpido...

«Señora, el primero de nuestros poetas se llama D. José Zorrilla. Sus versos son el más preciado regalo de los oidos españoles. Ninguno ha conseguido tanta popularidad, porque ninguno es tan sencillo, tan melodioso y tan fluido. Sus versos tienen el color de nuestras flores, el brillo de nuestro cielo, la frescura de nuestra brisa. Cuando los escuchamos, nos sucede lo mismo que cuando paseamos al declinar la tarde por las riberas del Tajo, se olvida uno de que esta tierra es un valle de lágrimas. Ninguno tampoco más nacional. Su espíritu nos pertenece de tal modo, sus pensamientos están ligados por tan estrechos lazos á la tierra española, que en vano querriais

formaros idea de su encanto los que no habeis balbuceado jamás plegarias á la Vírgen, los que no habeis escuchado en esa lengua los consejos de vuestra madre. Su poesía, como nuestro sol, no se puede traducir.»

Sí; estoy seguro de que estas ó parecidas palabras saldrian de vuestra boca, porque en tal instante no querriais semejaros al asno de la fábula, que dispara furiosas coces sobre la frente del leon moribundo. Quizá en vuestro corazon tendríais ya reservado este papel para algun amigo de Madrid. Y no diríais mentira. El troquel que acuñó los versos del *Capitan Montoya* y *Margarita la tornera* bajarán al sepulcro de Zorrilla, y tal vez se guarde allí por siempre. Aquellos fantásticos caballeros de la tradicion no tornarán ya á este mundo tan vivos, tan altivos, tan resueltos; aquellas doncellas de ojos garzos que beben por entre una reja el tósigo del amor, no serán tan puras, tan risueñas, tan ideales. Las noches de Andalucía, diáfanas ó brumosas, los bosques, las tempestades, las flores, los cláustros, el canto de las aves, los suspiros de amor, ya no tendrán pincel que los retrate y los difunda por la tierra. ¿Qué ginetes osarán en lo porvenir cruzar de noche un bosque de este modo:

Muerta la lumbre solar,
Iba la noche cerrando,
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y vénse por los arzones
Las pistolas asomadas.
Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo ménos por bandoleros.
Llevan, por que se presuma
Cuál de los dos vale más,
Castor con cinta el de atrás,
Y el de adelante con pluma.
Etc., etc.

¿Qué náyade se atreverá en adelante á salir del fondo del agua en esta forma?

Tocó en el haz del agua
Su cabellera blonda;
Quebró la frágil onda
Su frente virginal.
Dejó el agua mil hebras
Entre sus rizos rotas,
Y á unirse volvió en gotas
Al limpio manantial.

Oigo decir que Zorrilla no ha respetado en más de una ocasion la gramática. Pero ha respetado la belleza. Y aun sobre su decantada incorreccion pudiera decir unas palabras. Si ustedes me lo permiten, las voy á decir.

Es mi creencia arraigada, que los idiomas no se perfeccionan en las Academias, como el estado político de las Naciones no progresa por la labor de las Cámaras altas. La tarea

de unas y de otras es de conservacion y resistencia: nada más. Los idiomas progresan por el impulso que les comunica un gran escritor ó por el nuevo aspecto en que los ofrece. Sin acudir á países extraños, donde hallaríamos grande copia de ejemplos, y ateniéndonos solamente al nuestro, consideremos que el más singular y glorioso de nuestros escritores, Miguel de Cervantes, ha sido quien abrió más ámplios horizontes á la lengua, comunicándola el mayor grado de flexibilidad á que pudo aspirar jamás idioma alguno. Observemos de paso que Cervantes no está notado de escritor correcto y castizo, pues no tuvo inconveniente en aportar al castellano multitud de italianismos y galicismos. Asimismo, es verdad que todos nuestros grandes escritores han trabajado sobre el pátrio idioma, otorgándole cada cual su propia y peculiar fisonomía. Quevedo, Rivadeneira, Solís, el P. Isla, etc. han bordado primorosamente en el rico tapiz del habla castellana, llevando siempre un nuevo color á su esquisita urdimbre.

En tiempos más cercanos, ¿quién no recibirá deleite leyendo la prosa tersa y elegante de Jovellanos, ó los versos sonoros de Quintana ó la acerada frase de Larra? Y no obstante estos, que serán siempre dechados del buen decir, no lo son de correccion y pureza.

Zorrilla ha prestado servicios eminentes al idioma. En sus obras adquirió el más alto

grado de dulzura y armonía. Cuando hayan desaparecido los correctísimos escritores que tan duramente le zahieren por sus descuidos, y las obras donde han estampado sus relamidas frases hayan vuelto á la tierra de donde salieron, aún vivirá Zorrilla y sus canciones andarán en boca de los hombres.

Mas, á todo esto, todavía no he preguntado al poeta que me ocupa, en qué ideales se inspira. Es extraño, muy extraño; mucho más extraño tratándose de un sujeto que lleva varios años de sócio del Ateneo.

Iba á remediar mi falta, cuando me interrumpe una salva de bravos y palmadas. Los sábios aplauden desaforadamente *La siesta*. Mas ahora corresponde preguntar: ¿Cuál es el ideal de *La siesta*?

Opino como Zorrilla: dormirla con Rosa.

EPÍLOGO.

—

Alguna vez le he vuelto á encontrar en las calles de Madrid, triste, cabizbajo y acompañado de Lopez Bago.

El génio, vaya ó no vaya acompañado de Lopez Bago, es digno de respeto.

Por eso yo, aunque lleve la derecha, me apresuro á dejarle la acera.

DON RAMON CAMPOAMOR.

El Sr. Campoamor es amigo mio; todo el mundo lo sabe. Por lo mismo, se cae de su peso que le he de apellidar poeta insigne y esclarecido. En cambio á Grilo, Herranz y Sanchez de Castro, que no son amigos mios, ni sueñan con serlo, han de ver ustedes como no les digo nada semejante.

La prensa está prostituida. «Bien claro con su voz me lo decia» un cierto amigo que yo tengo, el cual es además archivero-bibliotecario, noches atrás en el café de la Iberia. Quiero dar á conocer á mis lectores el discurso íntegro de mi distinguido contertulio. Hélo aquí:

«La prensa está prostituida. Es una vergüenza!—Unos cuantos majaderos se meten á hablar de todo sin saber una palabra de nada, ¿estás tú? dándose bombos unos á otros para encumbrarse.—La prensa es un escabel, ¿estás tú? un escabel; nada más que un escabel (*en este momento los ojos del orador mostraban una terrible fijeza.*) Si tienes amigos, serás un gran literato, un gran escritor, un

gran ministro; lo serás todo. Si no tienes amigos, no serás nada. El bombo se halla á la órden del dia, completamente á la órden del dia. Los hombres de verdadero mérito yacen postergados, completamente postergados. Yacen postergados porque nadie les tiende una mano para sacarlos á flote. En cambio los farsantes se elevan, se elevan, ¿estás tú? ¿Y por qué se elevan? Porque hay quien les da la mano, porque hay quien les da bombo. La literatura tiene sus Garridos que se valen de la prensa para hacerse una reputacion y para escalar los primeros puestos. Y despues que están arriba se dan tono y se rien de nosotros los que somos modestos y no queremos darnos tono ¿estás tú? Es una vergüenza, completamente una vergüenza!»

En vano trataria el lector de formarse una idea, siquiera fuese solo aproximada, del mérito de esta página oratoria. Bien sabido es de todos lo que pierden los discursos al ser trasladados al papel. El que no haya visto aquel ademán enérgico sin jactancia, aquellas megillas inflamadas, aquellos ojos que traspasaéan de parte á parte los muros, las mesas, los mozos y cuantos objetos encontraban por delante, jamás comprenderá de lo que es capaz la palabra humana. Al prodigioso embate de esta elocuencia despedíanse los espejuelos de las narices; caia de la mesa al suelo una taza de porcelana con cucharilla y todo;

una botella de agua sintióse tres veces amenazada de muerte violenta, y hasta la felpa del sombrero, que tenia la honra de ceñir la frente del orador, se erizaba atacada de viva admiracion. Al propio tiempo su chaleco (con solapas, como conviene á un hombre que es modesto y no quiere darse tono) mostraba una tendencia incontrastable á subirse, mientras el pantalon la mostraba no ménos decidida y resuelta á bajarse. Sin embargo, tal vez esto último no fuese más que ilusion de mis sentidos. Lo que sí puedo afirmar como verdad innegable es que, ora fuese por efecto del concierto simultáneo de ambas tendencias, ya por virtud exclusiva de una sola, al orador se le vieron los tirantes. Estimaré mucho que ustedes no hagan uso de esta observacion, que en confianza les comunico; primero, porque no entraña gravedad de ningun género, y despues, porque es en cierto modo depresiva para el cuerpo de archiveros-bibliotecarios.

Ahora bien; el discurso del ilustrado archivero no solo es elocuente, sino que encierra tambien un fondo de verdad que nadie debe poner en duda. Yo mismo soy, con mucha vergüenza lo confieso, una confirmacion acabada de la tésis que sustentaba el supradicho ilustre cuanto modesto bibliotecario.

El Sr. Campoamor es amigo mio; pues es un gran poeta. El Sr. Sanchez de Castro no es

amigo mio; pues no es un gran poeta. Tan solo hago una excepcion á favor del Sr. Retes, que aunque no es amigo mio, afirmo ahora y afirmaré mientras me quede una gota de sangre, que es un poeta como una casa.

De todas suertes, mejor que nadie comprendo que este no es modo de escribir semblanzas, y que siguiendo por tan oscuro camino, incurriré muy pronto en el desprecio del público. Mas yo siempre he de ser el mismo. Y al cabo de todo, ¿quién me asegura que el Sr. Campoamor no es un gran poeta? El que me honre con su amistad no me parece dato suficiente para negarlo.

Por otra parte, ¡quién sabe. quizá el mismo Sanchez de Castro no lo sea! Así, pues, si todo puede acaecer en el mundo que habitamos, es claro que alguna vez he de acertar en mi crítica. Plegue al cielo que sea en ésta.

Para comprender bien la fisonomía poética de Campoamor es necesario pertenecer por entero, con alma, vida y corazon, á la época presente. Pertenecer á la época presente significa muchas cosas desemejantes y aun opuestas. Verbi y gracia, haber rezado muchos rosarios y oido una buena cantidad de misas; haber confesado y comulgado durante varios años por Páscua florida; haber hallado un dia al señor cura dando palmaditas místicas en ciertas sonrosadas mejillas; haber dedicado algunos ratos á la lectura de Renan,

Strauss, Voltaire y otros perversos; haberse propasado á lanzar algun epígrama más ó ménos ingenioso sobre el agua de Lourdes, cobrando de este modo fama de incrédulo y apasionado de la filosofía alemana; habérsele negado la entrada en ciertas casas donde el hombre de la época presente entraba con rematado placer, por indicaciones del señor cura, segun yo pienso; haber reñido alguna escaramuza teológica con su novia por asuntos de confesonario, etc., etc. El lector sabe mejor que yo lo que significa pertenecer á la edad presente. Pues bien, el Sr. Campoamor es un poeta de la edad presente. No hay más que considerar un instante sus patillas para convencerse de ello. Hace algunas noches le oia leer uno de sus bellísimos poemas, *El amor y el rio Piedra*. Y al escuchar las aventuras de aquellos enamorados desertores que van dejando en las grutas, en los céspedes y en las zarzas del rio Piedra, sus risueñas ilusiones, el autor se me representaba de improviso bajo una forma semejante. Tambien él es un desertor, un desertor de la fé, que marcha por la vida rio abajo, rio abajo, tambien dejando entre los zarzales girones de sus creencias. Y al dejarlas se detiene un punto para lanzar sobre ellas una mirada triste; suelta una lágrima, escribe una dolora, se echa á reir y sigue su camino. Y con él vamos todos, todos, casi todos (como él diria), y tambien soltamos

lágrimas y carcajadas, pero no soltamos doloras para no descalabrar á nuestros semejantes. Pero rio abajo, rio abajo, se va á parar al excepticismo, dirán Vds.—Tal vez.—¿Y entonces?—Entonces ¿qué?...—Nada.

Campoamor no tiene padre. Ménos afortunado en esto que D. José Zorrilla, el cual es hijo legítimo de un ruiseñor, segun ha tenido la bondad de revelarnos últimamente, nuestro poeta es un pobre huérfano dentro de la literatura pátria. Fuera de ella quizá tenga algun pariente cercano, pero que no merece por ningun concepto el nombre de padre. En el mundo de la poesía lírica no está mal mirado el que no tiene padre conocido. Es un mundo muy democrático, donde cada cual es hijo de sus versos y donde conviene mucho que estos se parezcan lo ménos posible á los de los demás, aun cuando no acaben de hacerse cargo por completo de ello el Marqués de Molins, el Conde de Cheste, el Marqués de Valmar y otros próceres del Reino.

En cambio, vean Vds.; en el mundo de la poesía dramática no acaece ya lo mismo. El poeta dramático puede y debe tener presente para orientarse en sus concepciones la tradicion del teatro nacional, porque el poeta aquí no va á expresar exclusivamente sus sentimientos, sino tambien los del público. Así es el mundo, ó mejor dicho, así son los mundos. Como no tiene padre, nuestro poeta ha goza-

do de una libertad envidiable desde sus primeros años, enderezando sus pasos á donde bien le plugo, unas veces exhalando gemidos y vertiendo lágrimas en compañía de la musa romántica, otras retozando alegremente con la clásica. Mas no es hacedero pasar en esta existencia, que no llamaré mísera porque ya lo han hecho antes algunos ilustres escritores, entre ellos Perez Escrich, de la risa á las lágrimas y de las lágrimas á la risa sin llegar á una conclusion. Justamente á esta conclusion ha llegado nuestro poeta. Y la conclusion es la siguiente.

Las lágrimas y la risa no son otra cosa que manifestaciones concretas del estado particular del pensamiento en cada momento. La risa expresa la alegría, como el llanto la tristeza. Mas hé aquí que el pensamiento consigue sobreponerse á estos medios de expresion congénitos á nuestra naturaleza, y se eleva á una region serena y en cierta medida indiferente, á donde llegan confundidos y revueltos los suspiros y las risas. Entonces el pensamiento, tal vez sin darse cuenta de ello, si se ve triste toma para salir á la calle la risa, máscara de la alegría; si se encuentra alegre, el llanto, vestidura del dolor.

No es esto lo corriente, debo confesarlo; pero alguna vez acontece, y cuando acontece, al que de tal modo quebranta el órden establecido para la emision del pensamiento, se le

llama *humorista*, aunque la palabra no haya recibido todavía carta de naturaleza en nuestro idioma. *Humorista*, sin embargo, no es únicamente el que pone en contradiccion su pensamiento con sus palabras, pues esta contradiccion se observa en cualquier escritor satírico, sino más bien al que pone en contradiccion su pensamiento con el pensamiento universal. El escritor que solo aspire á producir un efecto cómico, no llegará jamás á este punto. Es necesario poseer un alma superior y lúcida, que aprecie las cosas de este mundo en su verdadero tamaño y no en el que se ofrecen á los ojos del vulgo. El *humorismo* es un soplo delicado que se esparce por todos los pensamientos del escritor, suavizando su aspereza, refrenando sus tendencias á lo absoluto y tiñéndolos todos con el color de lo relativo: es algo que nos emancipa y nos liberta de la bajeza de esta vida, colocándonos en un sitio elevado é inexpugnable. El *humorista* rie; pero bien sabemos todos que su risa no durará mucho, y que sus lágrimas se encuentran siempre apercibidas á salir. En este mundo no todo inspira risa. El *humorista* llora; mas si aplicamos el oido, no tardaremos en percibir cómo se une al coro de gemidos una nota risueña y bulliciosa. En este mundo no todo arranca lágrimas. El *humorista* ridiculiza los actos y las personas, pero su sátira no lleva veneno, y por eso no mata, antes

vivifica. Cervantes, el más grande de los *humoristas*, ridiculizando en un personaje la desmedida aficion á las aventuras caballerescas, no ha podido ménos de hacerlo amable á todos los corazones sensibles. El espíritu del verdadero *humorista* se halla dotado, en fin, de una tolerancia inagotable para con los defectos de la humanidad; los considera como una herencia que no es posible repudiar, y dirige sus ataques más al defecto en general que á los defectos.

Pues bien, señores; tengo el honor de presentar á Vds., un poeta *humorístico*. Mírenlo, ustedes bien, porque en España no hay más que este ejemplar. Y aun éste ha llegado un poco tarde á rendir párias á esa musa pálida y nerviosa que acarició á Byron, á Heine y á Musset. Despues de malgastar los brios de su juventud en estériles devaneos con otras musas y más tarde en licenciosas bacanales filosóficas, es natural que al entregarse á ésta, se hallase un tanto debilitado y maltrecho. No le dedica como Musset y Heine las primicias de su fantasía, sino los últimos resplandores. Por eso las poesías de Campoamor no tienen la frescura y espontaneidad que tanto encarecen y abrillantan las de aquellos. Acá para nosotros; yo creo que el Sr. Campoamor tiene demasiada metafísica entre pecho y espalda. Nada más funesto para los órganos bocales que la metafísica. Estoy seguro de que los

constipados del Sr. Campoamor no proceden de otra cosa. Sin embargo, el Sr. Campoamor lo ha advertido, si no á tiempo, con bastante oportunidad al ménos. Yo le he visto apostrofando á la metafísica cual si tuviese la calavera de Yorik en la mano; y como Hamlet arrojarla diciendo: «¡que olor tan fétido, puf!»

Efectivamente, Sr. Campoamor, hay muchas cosas en el cielo y en la tierra que no conocen ni Ortí y Lara ni Aristóteles; y ha obrado Vd. muy cuerdamente poniendo cada dia mayor distancia entre sus poesías y *Lo absoluto*. Pero aquella súcia calavera dejóle algunas telarañas en los dedos y fué necesario que Vd. se bañase en el Jordan cristalino de los *Pequeños poemas* para arrojarlas de sí enteramente.

Vamos á otra cosa. En la poesía del señor Campoamor se observa un desequilibrio notable entre el pensamiento y la forma. Aquel es el tirano que se impone con maneras tan descorteses, tan despóticas en ocasiones, que la mísera forma corre á ocultarse por los rincones de la prosa, reduciéndose de buena voluntad al menor tamaño y apariencia posibles. Pero yo de estas y otras cosas no doy culpa ninguna al Sr. Campoamor. Hemos convenido en que pasaron los tiempos ominosos de las formas. Los escultores achacan la decadencia de su arte á los excesos del pensamiento, que favorecen el desarrollo de la cabeza destru-

yendo al propio tiempo la armonía corporal que el arte reclama, y yo no estoy muy lejos de creerlo así. La facultad del alma que hoy alcanza más éxito entre la buena sociedad, es el entendimiento. Sentiria mucho, no obstante, que se viese en estas palabras una alusion directa ó indirecta al Sr. Grilo ni tampoco al Sr. Blasco.

En el cerebro de los hombres de este siglo, las ideas se codean, chocan, se atropellan, quieren salir todas á un tiempo, cual si estuvieren en el Ateneo en el momento de pedir la palabra el Sr. Perier, y, es claro, no hay manera de que salgan con la debida compostura. Fuerza es confesarlo; el siglo va echando demasiada cabeza, si bien me complazco en reconocer que dentro del siglo hay algunas cosas, que aunque no tienen piés, tampoco tienen cabeza. ¿Necesitaré repetir que no hay en mis palabras ninguna alusion concreta?

La forma huye, pues, del siglo en que vivimos, y es lo peor de todo, que en la poesía no puede sustituirse por el algodon y la goma como en otras esferas de la vida individual. Ya no les queda á los desdichados hijos de esta época más que fondo, y todavía á muchos de ellos les niega la suerte este último consuelo. Pero no se lo ha negado al Sr. Campoamor. El Sr. Campoamor es el poeta más sustancioso que poseemos; tal vez el único que pudiera sufrir una traduccion en prosa á cual-

quier lengua extranjera. Y aun cuando no es opinion mia que deba someterse al poeta á prueba tan terrible, porque hay en la poesía un algo sutil, vagoroso y ténue que se evapora y desvanece así que se quiebra la estrofa en que se guarda, debemos confesar que da señales manifiestas de robustez y brío la que sabe resistir á esta brutal profanacion. Si no aconteciese de esta suerte en otros varios casos, no es del todo seguro que la mayoría de los españoles leyesen los poemas de Byron y de Gœthe.

Porque ha querido hablar de las cosas del cielo con el lenguaje de la tierra, los dioses indignados vertieron sobre los poemas de Campoamor el veneno de la monotonía, de esa monotonía que en los alejandrinos franceses hace tan desastrosa competencia al ópio. El desden soberano con que Campoamor arroja á los piés de los dioses la octava sonora, la quintilla chispeante, la décima coqueta y el romance cadencioso, quedándose tranquilo con su pobre pero honrada *silva,* es un rasgo de audacia y estoicismo que me seduce. Sin embargo, guárdense nuestros vates de imitar un acto de heroismo semejante, pues si los dioses por capricho perdonan á uno de estos temerarios, cuando algun otro intenta repetir el sacrilegio, no dejan de confundirlo con ejemplar castigo. Verbi y gracia: dias atrás he visto los *pequeños poemas* de un jóven vate,

formando un elegante tomo con hermosa cubierta á dos tintas, que hacinados miserable é irrespetuosamente en un cesto, se vendian en la Puerta del Sol á medio real. ¡Qué terrible enseñanza para los jóvenes poetas!

La sencillez de Campoamor es proverbial, y porque es proverbial puedo escusarme de hablar de ella. Tan solo quiero que Vds. me den su opinion sobre el siguiente caso.

Mas de una vez me ha acontecido el pararme en los pasillos de un teatro ó en la puerta de un salon de baile á inspeccionar sériamente la entrada de las bellas. ¡Qué jóven no tiene en su vida alguno de estos rasgos de talento! Otros jóvenes, dando pruebas del mismo ingenio, no tardan en colocarse á mi lado en alineacion derecha, quizá con idéntico objeto, y presto se forma una apretada fila de cuellos bajos y corazones predispuestos á la admiracion. Las bellas van pasando por delante de la noble fila con los ojos bajos y el rubor en las mejillas esperando humildemente el fallo de aquellos cuellos bajos soberanos. Y á cada nueva belleza que entra abrochándose los guantes, se alza del seno de la fila un himno de murmullos y de muecas que va derecho al trono del Altísimo á felicitarle por sus últimas producciones. Mas, no cabe duda, cuando la fila se siente verdaderamente alarmada y herida en lo más íntimo, es cuando pasa Melita. Melita es tan linda...! Tiene unos ojos...! Y

unos lábios...! Va siempre tan sencilla...! Y sobre todo, eso de no pintarse poco ni ¡mucho es un rasgo que la coloca á la altura de Lucrecia y de la madre de los Gracos en opinion de la muy alta y poderosa fila. Por eso aquellos esforzados jóvenes se sienten acometidos de la imperiosa necesidad de producir en su garganta algunos gruñidos muy lisonjeros sin duda alguna, para Melita.

Esto mismo se ha repetido en distintas ocasiones, y cuantas veces se ha repetido otras tantas he visto á Melita tan linda y tan risueña, y otras tantas su acrisolada y nunca desmentida sencillez ha pesado de un modo decisivo en la opinion.

Ahora pregunto yo: ¿Tendrá algo que ver la sencillez de Campoamor con la de Melita?

LAS DOLORAS.

Pregunta. ¿Qué son doloras?

Respuesta. Unas composiciones breves, ingeniosas y muy desengañadas, que revolotean sin cesar desde la poesía á la prosa y desde la prosa á la poesía, donde se expresa un pensamiento que el Sr. Rayon y algunos otros distinguidos críticos, entre los cuales se cuenta el Sr. Rayon, no dudan en calificar de filosófico.

P. ¿Es esta por ventura la definicion aceptada y seguida en las escuelas?

R. No señor. En este punto, como en algu-

nos otros, no todos los sàbios estamos de acuerdo. El Sr. Marqués de Molins «tiene para sí, que tales poesías, sencillas como la anacreóntica, ligeras como el madrigal, picantes como el epígrama, no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreóntica, ni perfumadas de tomillo y mejorana como el madrigal, ni salpimentadas de mostaza como el epígrama; pero que conmueven como la oda, describen como el idilio y corrigen como la sátira.» No me es posible, sin embargo, acostarme á la opinion de este varon eminente.

P. Y el nombre de doloras ¿de dónde lo hubieron?

R. El Sr. Conde de Revillagigedo, con esa perspicacia que caracteriza á los condes, supone que tuvo orígen en algun misterio del corazon. Y efectivamente, nadie puede dudar de que los corazones son muy capaces de encerrar misterios. Pero, ¿tenemos acaso derecho á introducirnos en su vida privada?

P. Mas dejando á un lado al Sr. Conde de Revillagigedo, pues no es bueno en este instante discutir las grandezas de la tierra, ¿cuál es vuestra opinion (entendiendo que os pido la mejor que tengais) sobre las doloras de Campoamor?

R. No solo os daré mi opinion, sino tambien la de mi familia, en el caso de que os fuese de alguna utilidad. Las doloras, aunque un

poco dadas á la metafísica, son unas composiciones muy bellas, muy elegantes y muy discretas. Predomina en ellas la imaginacion sobre el sentimiento, y esto es precisamente lo que las aparta de los *lieder* alemanes, con los cuales guardan más de un parecido. Son picarescas, llenas de gracia y donaire y nos dicen más à veces con una mueca, que el señor Perier con un discurso. Rien mucho y lloran alguna que otra vez. La gente ha dado en decir que tienen poco corazon.

P. ¿Por qué habeis dicho de ellas que son muy desengañadas?

R. Porque no he querido llamarlas escépticas. No se dirá jamás que yo he sido grosero con las damas. Y si paramos mientes en este asunto, aun se verá claramente que existen razones para adoptar un adjetivo y desechar el otro. Cuando leo las doloras, sin poderlo remediar me acuerdo de ciertas preciosas jóvenes que despues de dos ó tres acometidas infructuosas de matrimonio se deciden á tener ojeras y á estar distraidas cuando se las habla, plegando sus labios húmedos y rojos con una sonrisa irónica, y paseando su belleza por teatros y salones con la misma uncion que se mostrasen las tablas de la ley al pueblo israelita. Aquellas jóvenes no son escépticas; sienten la belleza, sienten la religion, sienten el arte y sienten el matrimonio. Pero están desengañadas.

P. ¿Qué teneis que decir sobre su moralidad?

R. Dirigíos, si teneis empeño en saberlo, al cura de la parroquia.

P. ¿Y qué opinais del comentario que el señor Rayon va poniendo á cada una de las doloras?

R. Bien echo de ver por la pregunta, que no habeis visto jamás unas láminas que suelen traer los libros de cirugía, donde aparece primero el rostro hechicero y virginal de una niña, y en la página siguiente este mismo rostro despojado de la piel.

P. ¿Por qué decís que revolotean sin cesar desde la poesía á la prosa y desde la prosa á la poesía?

R. Porque en algunas de ellas el pensamiento es tan poético, que merece una expresion más pura y armoniosa que la que el señor Campoamor le presta, y en otras tan prosáico, que no hay razon para lanzarlo á los espacios de la poesía en alas de la versificacíon, cuando debiera discurrir á pié por la tierra como el vulgo de los mortales. Muy lejos de mí la idea de dividir las palabras en legales é ilegales, cual si fuesen partidos de oposicion. Si hubo un tiempo en que multitud de vocablos no podian tener acceso á la vida del arte, hoy por fortuna el cuarto estado del diccionario ha roto sus cadenas, y en la más encopetada poesía se tropieza sin sorpresa

con palabras de un orígen muy humilde. Mas con ser esto tan cierto como justo, no os dareis por ofendido si opino que, cuando en la mente del escritor se presenta un pensamiento lúcido y como si dijéramos de sangre azul, el escritor se encuentra en la imprescindible obligacion de procurarle el traje que conviene á su rango, al paso que cuando llama á su puerta un pobre diablo lleno de harapos y greñas, la caridad no le ordena más que alargarle un plato de potaje para remediar su hambre.

P. ¿Y creeis que las doloras llegarán á formar un género literario?

R. No, padre.

P. ¿Y en qué os fundais?

R. En que el carácter de las doloras no está determinado por su forma, sino por su fondo. Ahora bien; el fondo de las doloras es el mismo talento poético del Sr. Campoamor. ¿Creeis que un talento tan original tendrá muchos hermanos?

P. ¿Cuáles son las mejores á vuestro juicio?

R. Aunque son muchas las que me gustan, en general considero superiores las comprendidas en la cuarta parte, no sé si por su belleza intrínseca, ó por la aureola que las presta el no llevar comentario de Rayon.

EL DRAMA UNIVERSAL.

No tengo predileccion por el poema simbó-

lico ó fantástico. Algo parecido me pasa con las ostras. Las como cuando se presenta la ocasion, es decir cuando me las ofrecen; pero yo no las pido jamás. Mas no por eso dejo de comprender la aficion á los poemas simbóli cos. Es una aficion tan plausible por lo ménos como la de las ostras. Mi espíritu, abierto á todos los mariscos y á todos los poemas, sabrá, ya que la vez se presenta, tributar los honores debidos al *Drama universal.*

Allá en otro tiempo, sin embargo, sentia yo verdadera pasion por las ostras. Mas hé aquí que un amigo escribe un poema simbólico, y lo que es aún más generoso por su parte, se decide á leérmelo. Bien sabe Dios que jamás he exigido á ningun amigo que me lea un poema simbólico. Comprendo que la amistad tiene sus límites, y por eso si él no se ofreciera espontáneamente á leérmelo, nunca me hubiera aventurado á pedírselo. Me llevó á su casa, me regaló el paladar con unas ostras y me leyó su poema simbólico. Por la noche soñé unas cosas espantosas. Un mar embravecido, negro como la tinta, arrojaba á la orilla donde yo estaba una cantidad de ostras que iba en aumento de un modo prodigioso. La playa se hallaba cubierta enteramente porostras que destilaban friamente su licor viscoso y nauseabundo. Yo trataba de huir á toda prisa, pero en vano, porque á cada paso aquel maldito licor me hacia resbalar. ¡Qué

angustia! El mar seguia rugiendo y arrojando ostras y ostras. Parecia que se habian dado cita en aquella playa las ostras de las cinco partes del mundo. Por último desperté, y noté que me dolia la cabeza. Despues, creo que me hicieron tomar algunas limonadas purgantes y un océano de caldo. Cuando salí de la cama, al cabo de varios dias, habia perdido casi todas mis ilusiones sobre las ostras y los poemas simbólicos.

Mas echo de ver que estoy poniendo una singular introduccion al juicio crítico de *El drama universal.* ¡En vez de disertar ámpliamente sobre los orígenes y vicisitudes del poema simbólico al través de las edades, me entretengo á hablar frívolamente de una indigestion de ostras! Me están hormigueando por el cuerpo unos deseos terribles de mostrar al respetable público que si me empeño soy capaz de ofrecerle una erudita introduccion fraguada con todas las reglas del arte. Todo parece invitarme á ello. La hora; el sitio—que es la biblioteca del Ateneo de Madrid;—el ruido ameno de los pasillos; todo me dice con elocuencia que puedo escribirla impunemente. Enfrente de mí, detrás de los cristales de un armario, percibo los lomos verdes, rojos ó grises de los libros mejores para el caso. Allá veo uno que dice con caractéres de oro: *Schlegel.—Histoire de la litterature ancienne et moderne*; más allá otro que dice: *Hallam.—Intro-*

duction to the literature of Europe in the fifteenth sixteenth and seventeenth centuries; más allá: *Leveque.—La science du beau*; y á este tenor otras muchas obras monumentales y sublimes que llevan en sus entrañas ricos veneros de citas. ¡Cómo me miran las taimadas!—«Anda, ven acá, parecen decirme, ábrenos y verás cuántos medios hay en el mundo de darse tono. Si tienes la digestion rápida, como decia Schiller, verás cuán fácilmente te convertimos en sábio.»

Es una fuerte tentacion, pero sabré resistirla. Para algo me ha dado Dios esta inflexibilidad de criterio que tanto perjudicaba á mi nodriza en los primeros meses de mi vida.

Voy, pues, á expresar sin una sola cita y con las ménos palabras posibles (pues hace demasiado calor en la biblioteca del Ateneo de Madrid) mi humilde, pero lisa y llana opinion sobre *El drama universal.*

No sé, ni me importa saber, lo que se ha propuesto el Sr. Campoamor al escribir *El drama universal.* Probablemente seria (lo saco por el título) una cosa muy enorme y grandiosa. Y antes de pasar más adelante, me conviene indicar que las obras artísticas más trascendentales conocidas hasta el dia, no son precisamente aquellas en que el artista vió al escribirlas su trascendencia; antes me figuro que tales obras son trascendentales sin que el mismo artista lo sospeche. Véanse, por ejem-

plo, el *Quijote* de Cervantes, el *Hamlet* de Shakspeare, el *Edipo en Colona* de Sófocles, y tantas otras en que la poderosa intuicion, y todavía pudiera decir, el instinto del escritor, ha llegado sin quererlo á los parajes más recónditos de la filosofía.

Entrando por el poema del Sr. Campoamor, observo que juegan en él pasiones humanas. El Sr. Campoamor fué muy dueño de encarnar estas pasiones humanas en séres fantás, ticos, pero yo tambien lo soy de preferir que las hubiese encarnado en séres humanos. El amor es el asunto del poema. El Sr. Campoamor fué muy dueño de dividir el amor en tres categorías: el amor terrenal, representado por Honorio; el amor ideal, representado por Soledad, y el amor divino, representado por Jesús el Mago; pero yo tambien lo soy de pensar que no existe más que uno. Y porque no existe más que uno, el personaje que lo encarna, Honorio, es el único que interesa y conmueve en el poema. Porque el amor de Honorio no es amor sensual, sino amor human o esto es, amor que participa á la vez del órden físico y del moral, amor que se mueve dentro de nuestra peculiar esfera. Por eso no hallo bien que el Sr. Campoamor oponga á este amor, que es el verdadero, el amor de Soledad, que es una abstraccion. Las abstracciones, que generalmente vienen del Norte, son frias como las escocesas y las rusas, y cuan-

do ponen el pié en un poema simbólico, casi siempre es para echarlo á perder. Soledad, como sér abstracto, no consigue interesar á nadie. El amor purísimo y castísimo que profesa á Palaciano parece copiado de un libro de misa. En cuanto á Jesús el Mago, á pesar de sus apariciones y desapariciones, á la hora en que escribo estas líneas, no sé todavía á punto fijo qué papel juega en el poema.

El problema de la lucha del espíritu y la materia, que es el fondo metafísico de *El drama universal,* tiene poco de poético planteado en la forma simbólica que lo ha hecho el señor Campoamor. Por regla general, los problemas se aburren mucho dentro de las obras de arte y están siempre como forasteros. Parecen á esos ingleses lácios y fatigados que recorren nuestras ciudades del Mediodía en busca de un rayo de sol para calentar su helado corazon. ¿Y *Fausto?* me dirán ustedes. En primer lugar, *Fausto* es la obra gigantesca de uno de los más grandes poetas que registra la historia del Arte. Despues (dicho sea esto con perdon de mi muy querido é ilustre amigo Urbano Gonzalez Serrano), la metafísica de la segunda parte de *Fausto* me seduce mucho ménos que el drama de la primera. ¡Ay! á este tenor, ¡cuántas veces me gusta más la criada que me abre la puerta de alguna casa, que su señorita!

Mas si dejamos á un lado (al que ustedes

quieran; lo mismo me da uno que otro) la trascendencia del *Drama universal*, y pasamos á considerar lo que ante todo debe considerarse en un poema, esto es, su poesía, ¡con cuánto placer echara mi pluma á caza de frases lisonjeras! Aparte de la monotonía que engendra el cuarteto, aun más monótono que la octava, no conozco otra obra en la moderna literatura española que la aventaje en riqueza de imágenes, en brillantez y en colorido. Hay en el fondo de ella depositado oro bastante para dorar muchos poemas, y todos sus cuartetos por lo elegantes y sustanciosos semejan estuches diminutos donde se guarda siempre una joya. Pero ustedes saben muy bien que yo no puedo seguir á caza de frases lisonjeras, sin inferir una ofensa más ó ménos grave á

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

Rio abajo, rio abajo, no se va á parar al escepticismo. Si alguno dijera lo contrario, aunque fuese el mismo autor de este artículo, mi opinion es que no se le debe hacer caso. Rio abajo, rio abajo, podrá ir á parar al escepticismo el autor de este artículo, que es hombre vulgar, para quien las cosas se gastan pronto y pronto decaen, cuando lo que se gasta y decae en realidad es su imaginacion. El autor de este artículo podrá muy bien dentro de algunos años ver el mundo al traves de mil pro-

sáicos desengaños y de su propia fatiga; podrá renegar de las flores, las mujeres y las lágrimas, declarándose ciego partidario de los calzoncillos ingleses y de los discursos de Perier. Pero ¿quién puede tomar como ejemplo en asuntos tan elevados y espirituales al frívolo cuanto insignificante autor de este artículo?

Tal vez me haya excedido un poco en los cargos que dirijo al autor de este artículo. Si es así, declaro que no ha sido mi ánimo, ni lo será jamás, inferirle el más pequeño agravio.

El Sr. Campoamor, como todos los hombres de espíritu verdaderamente poético, no envejece. El espectáculo que le rodea no le agita, pero le impresiona como en sus mejores años. Yo opino que aun mejor que en sus primeros años. ¡Oh! ¡quién llegara á su edad con una imaginacion viva y fresca para recibir las bellezas infinitas de lo creado! ¡Pues qué! dentro de treinta años, la brisa que venga de bosque en bosque á murmurar á nuestro oido, ¿será por ventura ménos tibia y traerá ménos perfumes? La ola lejana del mar, bañada por la luz del medio dia, ¿será ménos brillante y azul? Las aguas de los rios ¿correrán al través de las sombras vacilantes de la noche con ménos calma y majestad hácia el Océano? ¿Las flores soltarán, fatigadas de vivir, sus pétalos, allá en la tarde, con ménos dulzura y silencio? Y aquellos picos siempre

nevados, que se columbran desde el balcon de mi casa, ¿serán ménos hermosos cuando el sol les dirija su última mirada?

¡Ay! mucho lo temo. Por eso siento ya una envidia anticipada hácia el Sr. Campoamor. *Los pequeños poemas* son la poesía del ocaso; pero ¡qué ocaso tan espléndido! Ese sol, como el de su país y el mio, se pone más hermoso aún que se levanta. ¡Qué luz tan suave, qué ternura y qué melancolía tienen los últimos poemas de Campoamor! Al hundirse en los espacios insondables, ese sol no corre ansioso soñando dichas imposibles allá en otras esferas: baja lentamente, mirando con tristeza hácia la tierra y acariciando dulcemente sus recuerdos. En su carrera ha habido nubes que le empañaron y ofuscaron, pero ya no se acuerda. Ya no se acuerda sino de aquellos pedazos de cielo azul desde donde contemplaba extasiado las flores que crecen por la tierra.

La fantasía del poeta llega á comprender, despues de haber discurrido por el mundo de los sueños y de las verdades, que muchas cosas le calentaron sin razon y otras le enfriaron sin motivo. Los jóvenes se arrojan ansiosos sobre aquellos objetos que más se destacan y más brillan, y abandonan por insignificantes é indignos otros más pobres y modestos. Así podemos observarlo en las obras de la escuela romántica.

Los pequeños poemas han venido á demostrar cuánta sinrazon hay en ello. Con una ironía dulce, con una sensibilidad tierna, con una fantasía sana y equilibrada, Campoamor va recogiendo del suelo aquellas florecitas que no han conseguido fijar nuestra atencion ni detener nuestro paso. Poco á poco forma con ellas un ramo, y al enseñárnoslo nos extremece de placer y remordimiento. Aquí es una pobre jóven que viaja en un tren expreso, herida mortalmente de un desengaño de amor. Allá es una novia que enrojece y tiembla y medita á la vista de un nido. Más allá es una pobre niña que espera á todas horas una carta que no viene. En todas partes lo humilde, lo pequeño; jamás lo brillante y elevado. Pero lo humilde surge al reclamo del poeta con proporciones grandiosas, y llega á fascinarnos como lo más soberbio. Por eso ahora, si veo á una niña que contempla un nido, me detengo, cual si creyera escuchar la turba de inefables pensamientos que cruzan aleteando por aquella cabecita blonda. Cuando miro al cartero penetrar en una casa, me digo siempre: ¡quién sabe si llevará un nuevo desengaño á Dorotea! Cuando viajo en tren expreso, vislumbro por el cristal de la ventana mil negruras y fantasmas que antes no percibia. Y si en el fondo del carruaje veo reclinada una jóven rubia «digna de ser morena y sevillana» siento punzantes deseos de preguntarle su

triste historia, y de envolver sus lindos piés con mi manta zamorana.

Así es el arte. El poeta añade cada dia nuevos mundos al que Dios ha sacado de la nada.

DON ANTONIO F. GRILO.

Cada vez que tomo la pluma para escribir la semblanza de un grande hombre, me asalta el temor, que me turba y desazona, de no ser bastante respetuoso con él. Hoy, como nunca, esta terrible duda se presenta negra y honda en mi espíritu. He arrojado una mirada prévia al fondo de mi conciencia, y no he visto en ella depositado bastante respeto para trazar esta semblanza. En vano acudo á mil oscuros expedientes para estimularlo y acrecerlo. En vano me represento al Sr. Grilo con el laud entre las manos y los ojos puestos en el cielo, lanzando á los aires su melodioso cántico al pié de las columnas de *La Ilustracion española y americana*. En vano recuerdo haber oido de los autorizados labios de mi prima que Grilo «hace unos versos muy bonitos.» En vano quiero figurármelo en pié, detrás de una mesa, lealmente acompañado de un vaso de agua azucarada, dirigiendo sus versos á un senado ilustre, circundado por esa aureola que presta al poeta una hermosa voz de bajo cantante. Nada; por más que hago no

consigo confiarme en mi respeto, y tiemblo pensando que puede faltarme á lo mejor.

Esta duda me incita á mirar hácia atrás en mi vida literaria. Considero que esta vida se ha deslizado dulcemente hasta ahora escribiendo despropósitos, á propósito de oradores novelistas y poetas, ensalzándolos ó despreciándolos al sabor de mi pluma desbocada, y comienzo á sentir desasosiego en la conciencia. Creo ya que es necesario corregirme por medio de la pena; que es fuerza atemperar mis ímpetus procaces con saludable escarmiento. Yo mismo quiero entregar mi cuello al hacha justiciera para borrar los yerros de mi nefanda crítica.

Sabed, señores todos, los que vísteis vuestros sagrados versos ó inmaculada prosa en los torpes renglones de este crítico, que este crítico acaba de cometer un drama. Y no solo lo ha cometido, sino que, sin leérselo préviamente á nadie, pues se dice partidario del antiguo precepto de Manú «no leas dramas al prógimo para que el prógimo no te los lea á tí,» ha tenido la perfidia de presentarlo en el teatro Español sin conocimiento de los señores Retes y Echevarría.

Ha sonado, pues, la hora de la reparacion. El crítico quiere daros la batalla en vuestro propio terreno y debeis acudir á él provistos de vuestras sonrisas más concluyentes y de vuestras toses más demoledoras. Como ad-

versario leal, debo, sin embargo, advertiros de las fuerzas con que cuento para la lucha, puesto que no es mi ánimo armaros asechanzas. En primer lngar no debo ocultaros que el drama es bueno. Despues de esta sincera y espontánea declaracion que acabo de hacer, sin que para ello se haya ejercido sobre mí presion de ningun género, considero que ya no dudareis ni por un instante de mi lealtad.

A más de esto, para contrarestar y resistir el ataque de *los morales*, esto es, de Perez Escrich, Sanchez de Castro, Herranz, Frontaura, etc., cuyas fuerzas no puedo desconocer, os diré que cuento con el apoyo tan ferviente como valioso de los autores de obras en un acto. Es una falanje de jóvenes llenos de talento y de fé en el empresario. Podrán causar á mis enemigos mucho daño.

Paso por alto algun otro detalle de mis fuerzas, porque quiero llegar cuanto más antes á lo principal. Señores, aquello en que despues de Dios tengo puestas todas mis esperanzas para la salvacion y éxito dichoso de mi drama, son unas veinticuatro décimas de esas llamadas calderonianas, que el protagonista debe decir al punto de atravesar con su espada al único tio materno que le resta. No puede darse nada más enmarañado y perfecto que estas décimas. Mucho dudo que podais resistir á su ímpetu salvaje. Si fiais en vuestro esfuerzo y no os duele una derrota,

acudid á la cita que os demando, pues me propongo confundiros y correros, dejándoos con las bocas «abiertas al negro espacio,» como los grifos de Echegaray.

En tanto que la clepsidra tiene en suspenso el instante de mi triunfo, me permitireis, señores, que dedique algunas líneas al señor Grilo.

En el Sr. Grilo existen dos naturalezas: una, la del poeta; otra, la del pensador. La índole y carácter de este artículo no me consienten, como fuera mi gusto, estudiar por igual estos dos aspectos diversos del mismo ingenio, sino que necesito separar por abstraccion la naturaleza del poeta de la del pensador y atenerme únicamente á una de ellas, que será la primera; por lo cual consideraré, en este mi artículo las composiciones del señor Grilo como si se hallasen desprovistas enteramente de pensamiento, aplazando para otra ocasion el estudio minucioso de su contenido.

Y empezando el exámen del poeta, nos corresponde preguntar: ¿qué nuevos elementos aporta el Sr. Grilo á la obra del arte nacional? En la respuesta á esta pregunta debe ir envuelta sin remedio la definicion breve y precisa del carácter del poeta, porque aquello en que los poetas discrepan y se apartan de los que les han precedido, esto es, lo que hay en ellos de nuevo y peregrino, es lo que señala y

determina su carácter artístico. A mi juicio, la ventaja principal de que nuestra poesía es deudora al Sr. Grilo, consiste en el empleo más ámplio y comprensivo que hasta aquí se ha hecho nunca, de las piedras preciosas como elemento poético. Nadie puede desconocer la importancia que las piedras preciosas tienen dentro de la literatura, sobre todo como términos de comparacion. En nuestros clásicos se encuentran alguna vez empleadas con bastante acierto, aunque siempre tímidamente. Las piedras de que se valen suelen ser por regla general las más comunes y conocidas; el brillante, el rubí, la esmeralda, el topacio y pocas más. Estábale reservada al Sr. Grilo la gloria de dar un paso de mucha trascendencia en esta vía. El Sr. Grilo, no solo ha manejado siempre con gran novedad y atrevimiento las de uso más frecuente, sino que puede considerarse como dichoso introductor de una multitud de ellas que nuestros clásicos desconocian por completo, tales como el záfiro, el ágata, el granate, la turquesa, el ópalo y otras muchas que se encuentran á cada paso en las composiciones del ilustre escritor que nos ocupa.

Pero si es la mayor, nadie osaria afirmar que es la única ventaja que ha otorgado al arte pátrio. El Sr. Grilo ha conseguido como ningun otro escritor español poner al servicio de cada idea el mayor número posible de pa-

labras. La palabra es sin disputa el más precioso don que la Providencia concedió á los humanos, y el que á juicio de los naturalistas nos aparta rigorosamente del bruto. Comprendiéndolo así el Sr. Grilo, es quizá de todos los humanos el que mejor ha sabido aprovecharse de este inestimable favor, procurando por medio de todas las voces del diccionario de Dominguez (que es el más completo) alejarse el mayor trecho posible de los animales inferiores. La palabra no fué dada al hombre en un solo instante y gratuitamente, sino tras largo y penoso aprendizaje. El tránsito del sonido inarticulado al sonido articulado costó á nuestros antepasados muchos siglos (1). Más tarde el paso de las lenguas monosilábicas á las aglutinantes y de éstas á las de flexion se realizó en larguísimo período histórico (2). El progreso no solo ha caminado á la par con el lenguaje, sino que es, en el sentir de varios eminentes filólogos, una consecuencia de esta noble facultad humana. Y en efecto, ¡qué distancia tan inmensa no existe entre el hombre primitivo, que expresa con un sonido inarticulado el más intrincado de sus razonamientos,

---

(1) Darwin.—*La descendencia del hombre y la seleccion natural.*

Haeckel.—*Historia de la creacion de los séres organizados segun las leyes naturales.*

(2) Hovelacque.—*La lingüística.*

Whitney.—*La vida del lenguaje.*

y el Sr. Grilo, que emplea un número infinito de sonidos articulados para decir que le encanta la luna y que de ningun modo puede pasar sin ella!

Sin necesidad de acudir á las épocas prehistóricas, ¡cuántos pasos no ha dado el género humano desde lcs primeros escritores que surgieron en la tierra, verbi y gracia desde Moisés, que con dos miserables palabras quiere relatar la aparicion de la luz, hasta nuestro poeta, que hubiera sabido intercalar oportunamente más de dos mil, como lo exige la grandeza del asunto y la propia dignidad del poeta!

Mucho se engañaria, no obstante, el que juzgase que solo por la abundancia y riqueza de voces, brillan las composiciones del señor Grilo. En la acertada y oportuna colocacion de aquellas, hay tambien no poco que admirar. Echemos una mirada á cualquiera de sus más notables poesías, por ejemplo, á la titulada *Al borde del abismo*, y nos convenceremos de ello.

Empieza esta composicion:

A la orilla del mar; casi sin luna,
Sin una luz apenas,
Un ¡adios! nuestras almas se decian
En la noche desierta.
Dos infinitos batallaban solos
En la muda ribera;
El de aquella imposible despedida
Y el de la mar inmensa.

Considere el lector, cuánta fuerza y majestad comunica á la composicion el adverbio *casi* interpolado en el verso primero. No es posible decir de modo más elocuente y peregrino que la luna se hallaba en cuarto menguante.

El adverbio *apenas* del segundo verso presta al *casi* del primero un apoyo eficaz y desinteresado, que este último nunca agradecerá lo bastante. Al mismo tiempo, y penetrando en el asunto de la composicion, declaro que no he visto jamás un cuadro tan desolador. Porque, si para nadie es cosa agradable encontrarse á la orilla del mar, casi sin luna con dos infinitos que batallan solos; para el Sr. Grilo, que nunca se ha excusado de expresar su fervoroso apego á aquel satélite, debe ser una situacion verdaderamente desesperada.

Citaré á más de ésta, como es mi deber, la célebre composicion titulada *Las ermitas de Córdoba.* Solo de pensar que pudo haberse muerto el Sr. Grilo sin escribir *Las ermitas de Córdoba,* me extremezco. Yo no comprendo de qué modo podria pasar la sociedad elegante sin esta maravillosa poesía, sobre todo por las noches. El oir al Sr. Grilo recitar, con las manos quietas, *Las ermitas de Córdoba,* es uno de esos goces sencillos y honestos que no pueden sustituirse con nada. ¡Plegue al cielo que nuestra aristocracia continúe siempre bus-

cando un refugio para su hastío en esta milagrosa composicion!

Mas, como no hay nada en el mundo perfecto, en algunas de las poesías del Sr. Grilo he creido hallar ciertas imperfecciones, que si no dañan poco ni mucho á su pensamiento (del cual he dicho ya que prescindia por entero en este artículo), turban y empañan el claro brillo de la forma. Sea ejemplo este soneto que trascribo fielmente de *La Ilustracion Española y Americana:*

AL RIO PIEDRA.

¡Niágara de Aragon! ¡Del alta cumbre
tus ondas vuelcas de luciente plata,
cuyo raudal sonoro se desata
de saltos en vistosa muchedumbre!
¡Rota el agua en su inmensa pesadumbre,
en torrentes de espuma se dilata,
y ruedas de una en otra catarata,
copiando el iris en cristal y lumbre!
¡No hay peña que á tu paso no sonria
mientras filtras tus gotas una á una
de la gruta en el ámbito indeciso!
¡Ah! ¡la escala eres tú por donde un dia
las hadas, á los rayos de la luna,
bajaron á este nuevo Paraiso!

Monasterio de Piedra 20 de Agosto de 1876.

Observo en el soneto anterior algunas exageraciones é injusticias que me importa rectificar. Deploro en primer término que sin más ni más, y solo por capricho, ponga el Sr. Grilo en el mismo nivel al rio Piedra y al Niágara.

Prescindiendo de que las comparaciones siempre son odiosas, creo que en el caso del Niágara me sentiria profundamente humillado de este parangon; porque al fin y al cabo, si no vale más que el rio Piedra (que esto no puedo decidirlo, pues no tengo el gusto de conocer ni á uno ni á otro), por lo ménos tiene mucha mayor reputacion y un nombre más conocido en las letras. Duéleme en segundo lugar que «el raudal sonoro de las ondas se desate en una muchedumbre vistosa de saltos,» porque hasta aquí, por regla general, los saltos no eran aficionados á reunirse en grandes agrupaciones; y me inquieta bastante que eso suceda ahora, pues siempre estoy temiendo cualquier desman por parte de las muchedumbres.

El segundo cuarteto dice que

«¡Rota el agua en su inmensa pesadumbre,
en torrentes de espuma se dilata,
y ruedas, etc.»

No veo aquí tampoco la paz y la concordia que deben reinar siempre entre el sujeto y el verbo. Ese desfachatado *ruedas* tiene todo el aire de sublevarse contra *el agua.*

En cuanto á las copias del iris que el Piedra ha conseguido sacar en cristal y lumbre, me veo en la precision de confesar que aunque me eran conocidas mucho há las reproducciones en cristal, por lo que se refiere á las de lumbre no puedo decir lo mismo. Esto, des-

pues de todo, no tiene mucho de particular, porque nadie ignora que la fotografía está haciendo en estos últimos tiempos unos progresos increibles.

Transijo con que todas las peñas, sin exceptuar una siquiera, se sonrian al pasar el rio Piedra, aunque no veo motivo para ello, y hasta con que dicho rio filtre sus gotas con tanta sobriedad y parsimonia en las grutas. Por lo que no puedo pasar en modo alguno es porque el Sr. Grilo califique, tan á la ligera, á los ámbitos de indecisos. Ninguno, absolutamente ningun motivo tiene el Sr. Grilo para arrojar sobre los ámbitos ese odioso calificativo. ¡Pues á buena parte va con los ámbitos! No puede darse nada más decidido que ellos así que toman una resolucion, por peligrosa y extremada que sea.

«¡Ah! ¡la escala eres tú por donde un dia
Las hadas, á los rayos de la luna,
Bajaron á este nuevo Paraiso!»

Aun estoy en duda sobre lo que quieren decir estas frases; mas si por ventura se pretende significar con ellas que el rio Piedra es una escala, no puedo ménos de rechazar con todas mis fuerzas tan gratuita suposicion. Tengo razones poderosas para creer que este virtuoso rio ni sirve ni ha servido jamás de escalera á nadie para subir ó bajar á los rayos de la luna, y mucho ménos á las hadas.

Cualquiera comprenderá que eso no está en su carácter.

Despues de observar estas y otras extrañas injusticias del órden físico y del órden gramatical en las composiciones de nuestro poeta, á nadie sorprenderá que me haya quedado meditando sobre él unos instantes. En conciencia, me corresponde declarar que hay pocas cosas en el mundo que se presten á tantas consideraciones como el Sr. Grilo. Yo queria conocer la fuente misteriosa de donde manaban estas injusticias, ó la raiz invisible que las unia al espíritu del poeta, ó el rasgo genial y característico en que se aposentaban; queria darme cuenta, en suma, y penetrar en ese mundo de representaciones y sentimientos que los grandes poetas llevan consigo, dentro del cual todas sus grandezas y extravagancias hallan cumplida explicacion. Varias veces habia arrojado ya la sonda en el espíritu de nuestro poeta sin que jamás hubiese logrado tocar en firme. No fui en esta ocasion más afortunado que anteriormente. Con la frente apoyada sobre la mano, y la mano sobre el codo, y el codo sobre la mesa, dejaba correr la cuerda por los dedos de mi pensamiento. y el plomo que la arrastraba seguia marchando con vertiginosa rapidez por el espíritu del Sr. Grilo, cual si estuviera ansioso de encontrar el fondo. Pero no lo encontraba. A medida que la cuerda se iba deslizando, cre-

cia más y más la admiracion que siempre he profesado á este poeta, hasta el punto de no caber ya en los estrechos limites de mi chaleco, por lo cual tuve la precaucion de soltarle unos botones con el único y exclusivo objeto de dar á aquella algun respiro. El cielo de mi pensamiento se iba poblando de refulgentes consideraciones, y adquiria un parecido notable con la bóveda estrellada, cuyo centro se halla en todas partes, y cuya circunferencia en ninguna, segun Pascal. De repente el plomo cesó de caminar. Habia concluido la cuerda.

No sé lo que entonces me ocurrió, aunque algo debió ocurrirme. Lo cierto es, que se abrió la puerta de mi cuarto para dejar paso á un personaje, que segun lo que entonces pude colegir era mi criada, la cual me entregó una tarjeta. Esta tarjeta decia como sigue: *La Musa del Sr. Grilo.* Y nada más.

Al fin y al cabo se trataba de una mujer, y yo que en estos asuntos soy muy nervioso, no pude evitar un raro extremecimiento en toda mi persona, del cual estoy en este momento sinceramente arrepentido.

—Dígale Vd. que pase adelante.

Fuése la criada, y se puso á discusion con mucha premura en mi cerebro la actitud que yo deberia adoptar en el instante de abrirse la puerta nuevamente. Por último se decidió como lo más sensato que me echase un poco

hácia atrás en la silla, dejando descansar el brazo izquierdo con cierto abandono sobre el respaldo de otra que á mi lado tenia, mientras la mano derecha jugaba graciosamente con el mico de bronce que corona la tapa del tintero; las piernas extendidas con dignidad, y la cabeza inclinada hácia un lado. Lo que costó más trabajo resolver fué el problema de la mirada; mas al fin prevaleció la idea de que fuese abierta, tranquila y un si es no es fria.

Cualquiera comprenderá que esta noble actitud no impidió que me levantase apresuradamente, haciendo mil reverentes cortesías así que penetró en el cuarto la Musa. La Musa era una señora de la cual no habria muchos que dijesen que era bonita y airosa (aunque alguno habria, porque nunca falta un caballo de buena boca). En el traje que vestia, bordado primorosamente con toda clase de piedras preciosas, se hallaban dignamente representados los siete colores primordiales del iris y todos los demás intermedios.

—¿A qué debo el honor, señora?... Señora, tenga Vd. la bondad de tomar asiento.

Sentóse la Musa, haciendo antes con la cabeza ciertos movimientos que no me parecieron bastante compatibles con su elevada posicion, y fijó en mí una mirada que decia todo lo que una mirada puede decir en semejantes casos.

Sonaba en la parte de afuera un fuerte y extraño rumor, y como la Musa notara la inquietud que me causaba, dijo:

—No tenga Vd. cuidado; es mi séquito de palabras, que he dejado en el pasillo.

Tenia la Musa una voz muy dulce, que me reconcilió hasta cierto punto con sus movimientos de cabeza, los cuales continuaban cada vez más extraños é inverosímiles.

—Señora, ¿podria saber?...

—¿Qué?... ¿el significado de mi visita? No, caballero, no puede Vd. saber nada. La explicacion de mis actos y de mis palabras solo corresponde á Dios.

—Dado que así sea, no es por eso ménos grato y honroso para mí ver en esta su casa á la persona que mejores ratos ha hecho pasar á la buena sociedad madrileña... ¿Tendria usted la bondad, señora, de no enredar con esos papeles? Me va á costar despues mucho trabajo arreglarlos.

La Musa fijó otra vez en mí su mirada comprensiva, y quiso decir algo, pero no lo dijo.

—A propósito, señora; en este momento me hallaba sumido en enojosas perplejidades y confusiones que Vd. mejor que nadie, seguramente, podria desvanecer. Meditaba sobre el dueño actual de su albedrío; meditaba sobre el Sr. Grilo tratando de investigar, ó mejor dicho, de medir, el contenido de sus com-

posiciones. Dispénseme Vd., graciosa señora, si faltándome fuerzas para llevar á cabo tal empresa, me atrevo á suplicarla que me diga dónde está el fondo poético del Sr. Grilo.

Aquí la Musa se inmutó visiblemente, acudiendo súbita palidez á sus mejillas. Alzó los brazos al cielo con ademan patético, movió la cabeza fantásticamente, y muy temblorosa y conmovida, dijo:

—¡Oh caballero!... por Dios no quiera Vd. saber eso. No sea Vd. tan cruel como otros críticos... ¡Para qué le hace falta á Vd. saber eso!

Gruesas lágrimas empezaron á rodar por las descoloridas mejillas de la Musa. Llevóse las manos á la cara y comenzó á sollozar fuertemente. Parecia que iba á ahogarse.

Yo permanecí mudo contemplándola con lástima, y bien sabe Dios que no cruzó por mi cabeza la idea de insistir en mi deseo.

Respetemos los grandes dolores.

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

I

He leido en Hegel (cierta vez que tomé la resolucion de leer á Hegel) que la poesía dramática es aquella «que reune á la objetividad de la epopeya el carácter subjetivo de la poesía lírica». No estoy bien seguro de haber comprendido todo el alcance de las reflexiones con que el filósofo germano ilustra este su principio estético. Mas sí lo estoy plenamente de poderlas repetir al pié de la letra, como lo ha hecho ya mi esclarecido amigo el Sr. Revilla, ganando, con justicia, por ésta y otras graves empresas, fama de docto y avisado. Respetando, como debo respetar, esta fatal delantera, permítaseme, no obstante, deplorarla amargamente, pues nadie puede figurarse hasta qué punto me conceptuara feliz de que tales flores metafísicas se irguieran todavía sobre el tallo frescas y olorosas, esperando con resignacion la podadera del sabio. Me cuesta gran trabajo renunciar á ese barniz filosófico que tanto avalora las

producciones de los jóvenes críticos. Yo habia soñado para esta semblanza con un preámbulo sabio y concienzudo que supiera abrirle mañosamente las puertas de la buena sociedad y de las doctas corporaciones; un preámbulo que ganase para su autor inmediatamente una inmensa reputacion de hombre serio. ¡Ah! ¡Quedan ya tan pocos hombres serios! ¡Son tan pocos, por desgracia, los escritores que saben mantener su pluma limpia de toda farsa ó chanzoneta! Quizas dentro de poco no quede en el mundo más hombre serio que el Sr. Revilla. Por mi parte, declaro que hice hasta aquí y seguiré haciendo Dios mediante, los mayores esfuerzos para despojarme de esa levadura jocosa que se desliza como veneno mortal en la mayoría de mis producciones.

Hace ya algunas noches me hallaba presenciando una de las brillantes funciones ecuestres y gimnásticas del circo de Price en la misma sazon que la embajada china asistia tambien al espectáculo desde un palco, Respirábase en aquel recinto una atmósfera frívola, que no podia ménos de disgustar á todo hombre grave. Los *clowns* agotaban el repertorio de sus muecas y carocas más ridículas y extravagantes, las cuales producian en aquel público superficial mucha algazara, escuchándose aquí y allá extemporáneas y fútiles carcajadas, viéndose en to-

das partes desordenados movimientos que turbaban el ánimo y lo dejaban sumido en tristes meditaciones. Halló el mio, sin embargo, motivo para regocijarse al percibir los semblantes serenos y rígidos del embajador chino y su cortejo. ¡Qué majestad y qué calma reinaban en aquellos continentes mongólicos! Todos los chinos se mantenian en una perfecta dignidad, sin manifestarse en poco ni en mucho impresionados por lo risible del espectáculo. Yo los contemplaba extasiado, y lágrimas de admiracion acudian sin poderlo remediar á mis ojos. ¡Ay!—pensaba al mismo tiempo.—Con facultades tan excepcionales de gravedad y circunspeccion, ¡adónde no habrian llegado estos chinos si se hubiesen dedicado en España á la crítica literaria! Tratemos de imitarlos hasta donde alcancen nuestras fuerzas, y si está de Dios que he de renunciar á Hegel (como es mi deber, una vez que otros con más méritos han sabido trasladar á nuestro idioma sus profundos razonamientos), procure al ménos decir algo mesurado y digno sobre el Sr. Ayala.

II

La combinacion de lo objetivo con lo subjetivo ha sido siempre el fuerte de los españoles. Nuestro país, más dado por impulsos naturales á la accion que á la contempla-

cion, fué toda la vida vasto escenario manchado con la sangre de innumerables tragedias. El drama se aloja en los temperamentos exaltados é irreflexivos, como la culebra en su nido de hierbas. No hay más que hacer un poco ruido para que se despierte. ¡Y en nuestra patria se ha hecho siempre tanto ruido! Quizas por eso los españoles hemos convertido en sangrientos dramas los aspectos más nobles de la vida: el amor, la gloria, el honor, la religion. El español no ha devorado jamas sus impresiones en el silencio y la soledad, como el sombrío germano ó el melancólico semita; ha necesitado sacarlas al aire libre y verlas seguir su camino por la tierra. La lucha consigo mismo dura para él sólo un instante: la lucha con lo que le rodea dura toda la vida. Prefirió siempre lo definido y lo enérgico á lo vago y lo sentimental, y con la misma facilidad que ha hecho salir el pensamiento de la boca, ha sacado la espada de la vaina. En la historia no existe ningun pueblo que haya tenido tan cerca el pensamiento de las manos.

Un pueblo tan objetivo, digámoslo con Hegel, esto es, con el Sr. Revilla, necesariamente ha de poseer una gran epopeya ó un gran teatro. Nosotros poseemos un gran teatro. Añadid unos bastidores por los lados, unas bambalinas por arriba, unas candilejas por abajo y unos deliciosos versos por todas

partes, á lo que há doscientos años acaecia, á la luz del sol en nuestros palacios, en nuestros caminos, en nuestros templos, á la de la luna, en nuestros jardines, en nuestras calles y en nuestros mesones, y tendreis un teatro apasionado, vivo é interesante. Así lo han hecho Lope, Calderon, Tirso y Moreto. Y como la literatura responde siempre á cualidades ó aficiones del espíritu, y gusta tambien de adquirir costumbres pisando hoy el camino que siguió ayer con preferencia á otro nuevo, de aquí que, apesar del trascurso de los tiempos, del cambio radical de vida y de las notables modificaciones que el carácter ha experimentodo, nuestra poesía se dirija áun hoy con amor al teatro, que ha sido seimpre el de su gloria. Desde Calderon hasta ahora hemos perdido mucha fe, mucho heroismo, mucha supersticion, mucho entusiasmo, mucha firmeza y muchas costumbres pintorescas, que todavía nos agrada ver retratadas en la escena. Sobre todo, hemos perdido á Calderon. Más áun con eso, no deja nuestra época de ofrecer aspectos interesantes y poéticos que, si no engendraron hasta el presente un gran teatro, han motivado por lo ménos algunas obras maestras del arte dramático. Moratin, Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, García Gutierrez, Tamayo y Ayala son sus autores.

No es Ayala el ménos insigne de cuantos

acabo de mencionar. De todos los autores que han intentado representar á la sociedad española de este siglo en sus obras, si exceptuamos á Breton, ninguno lo ha realizado, á mi entender, de un modo más perfecto y acabado que Ayala. Pero ¿es el destino del artista representar al vivo los sentimientos de la sociedad en que ha nacido, ó debe, por el contrario, expresar los sentimientos generales y permanentes del género humano, para que sus obras tengan consistencia y sepan resistir al esfuerzo de los siglos? No lo sé, ni lo sabe nadie tampoco; que es imposible resolver asuntos en que intervienen gustos, opiniones y hasta escuelas filosóficas contrarias. La inclinacion del sentimiento me arrastra, sin embargo, á preferir lo primero. Yo amo ante todo y sobre todo en el artista lo individual, esto es, lo que le caracteriza y le distingue de los demas hombres y los demas artistas. Me deleito en observar la impresion que sobre su espíritu excepcional causa lo que le rodea, las huellas profundas ó leves que van dejando en él los sucesos de la vida. Dejémosle que pinte á su manera sus propios sentimientos y los sentimientos de los que le acompañan en este viaje terrenal. Humanos sentimientos habrá de expresar, porque hombre es él y hombres los que le rodean. Lo que hace amable la poesía, despues de todo, no son, en mi entender, los sen-

timientos generales ó permanentes que expresa, sino el cómo se han sentido estos sentimientos en cada pueblo, en cada individuo; el cómo la luz interior que á todos nos alumbra se ha descompuesto al atravesar aquellos prismas, originando tantos y tan hermosos matices. La poesía es un mundo aparte, donde los sentimientos se fijan con más fuerza unas veces, se desvanecen y se pierden otras, se iluminan, se oscurecen, agítanse febriles ó reposan blandamente; modifícanse, en fin, de mil extraños modos, para que el poeta extraiga de ellos ese divino jugo que hace la vida dulce. Esto es la poesía, ó esto es lo que me tomo la libertad de juzgar que es, no creyendo con ello herir la dignidad de nadie. Todo hombre lleva, más ó ménos grande, uno de esos mundos dentro de su alma. Yo sé que mis sentimientos son iguales á los de otro hombre cualquiera; mas en los años que llevo de existencia, han surgido dentro de mi espíritu algunos risueños ó lúgubres fantasmas que se desvanecieron tan pronto como los que el humo de mi hogar forma en los aires, algunos fugitivos y adorados sueños que pasaron para no volver, y que exclusivamente me pertenecen. Si yo hallase en el fondo de mi pensamiento la expresion que les conviene, no les quepa á ustedes duda, sería un poeta.

Por eso lo es el Sr. Ayala; porque la en-

cuentra. La mayor parte de los hombres pasamos por el mundo sin percibir apénas más que las apariencias de las cosas. Actores ó espectadores en los sucesos que en torno nuestro acaecen, no comprendemos, ni nos imaginamos siquiera su valor poético hasta que el artista nos lo ofrece en sus producciones.

Todos los dias tropezamos en las tertulias á que asistimos con alguno de esos hombres cuyo egoismo les lleva á concebir y pregonar un sistema moral para la vida, donde se disculpen y hasta se ennoblezcan los vicios y los crímenes de la suya; con uno de esos distinguidos infames que aspiran por medio de modales elegantes y correctos á difundir entre los pueblos un nuevo Evangelio, donde la perfidia y la bajeza sean consideradas de buen tono, y las más nobles virtudes, patrimonio sólo de los cursis. Al lado del apóstol tambien solemos ver al discípulo, que, rebosando de fe y entusiasmo, marcha con botas de charol por el áspero sendero del maestro. Pero no se le ha ocurrido sino al Sr. Ayala que el converso fije sus miradas en la esposa del apóstol, y éste le preste, sin saberlo, todo su valioso apoyo para la consumacion de su propia deshonra, originándose de aquí un enredo tan sencillo é interesante como el de *El tejado de vidrio.*

¿Quién no ha presenciado y áun interve-

nido en alguna de las contiendas que el interes del dinero riñe á cada instante con los sentimientos generosos y los afectos dulces del corazon? El interes—que responde á uno de los aspectos repugnantes de la naturaleza humana— no es un vicio peculiar de nuestra época; mas no hay duda que en nuestra época presenta caractéres muy singulares y dignos de atencion. La codicia ha tomado en el trascurso de los tiempos formas más sutiles y corteses; se ha acicalado un poco, y se la conoce hoy con el nombre inofensivo de *negocios*. Nadie mejor que el Sr. Ayala ha sabido describirla, poniéndola en lucha con la pasion más divina y humana al mismo tiempo, con el amor, en *El Tanto por ciento*, la más trascendental sin duda, y, en concepto de muchos, la más bella de sus obras.

Apénas pasa un dia sin que necesitemos estrechar la mano de una de esas niñas angelicales que van á pié por Recoletos, lanzando miradas furtivas y ardorosas á los carruajes que cruzan. A veces la vemos acompañada de un jóven de modesto porte y mirada franca. Es su novio, nos dicen; un muchacho que sigue la carrera de médico y está empleado en una sociedad de ferrocarriles. Despues de escuchar la noticia, pasamos á otra conversacion. Más tarde nos dicen que aquella niña se ha casado con Fulano de Tal, un conocido nuestro y hombre acaudalado.

Más tarde la vemos en un palco del Teatro Real ó en un carruaje de la Castellana, y le quitamos desde léjos el sombrero. Más tarde vemos á su marido acompañando á otra mujer, hermosa y cubierta de galas. Más tarde la encontramos en una casa, nos saluda con afecto, se muestra un poco expansiva y nos dice que no es dichosa en su matrimono. Y el jóven estudiante, empleado en ferrocarri·es ¡ay! ni por casualidad vuelve á parecer por nuestro pensamiento! ¿Dónde está?—A lo mejor vemos su nombre en un periódico. Le han nombrado presidente de una comision científica. ¡Pluguiera á Dios que le nombraran tambien hombre feliz!

¡Qué historia tan vulgar! Y sin embargo, con ella se ha formado una de las obras más admirables del teatro moderno.

Consuelo era uno de esos ángeles que piensan mucho en su porvenir, «y no se empalagan nunca de sí mismos cuando se miran al espejo». Fernando la amaba con toda su alma, como aman los hombres sensibles y honrados, sin empalagarse jamas de pensar en ella. Fernando llega un dia á casa de su amada despues de larga ausencia. Consuelo se desmaya al verlo. ¡Qué corazon tan puro! Examinad bien ese corazon, no obstante; dadle muchas vueltas en la mano, y percibireis en cierto paraje una ligera picadura. Por allí ha penetrado el gusano de la vani-

dad. Arrojad, arrojad pronto ese corazon. Dentro de él ya no hay más que podredumbre.

¡Pobre Fernando! Acaba de recibir la primer pedrada que el egoismo arroja á la inocencia en este mundo! Consuelo, aquella niña que habia visto por vez primera sentada al piano,

«muy sorprendida y risueña
de que mano tan pequeña
moviese tan grande estruendo»,

aquella niña que se habia filtrado en su alma como un rayo de luz, no era un rayo de luz de los cielos, sino de las hogueras del infierno. El oro que Fernando despreciara por no manchar su conciencia, lo habia recogido Ricardo, y Ricardo habia decidido pedir la mano de Consuelo por conducto de Fulgencio, el mismo dia que llegó Fernando. Consuelo á su vez habia decidido casarse con Ricardo. ¡Qué tiene esto de particular! ¿Acaso es la primera niña que deja un novio y toma otro? Así razona ella con profundidad que encanta y admira á Fulgencio, hombre muy bien afinado con el sentido moral predominante en nuestra sociedad.

Hay una escena violenta entre Consuelo, Antonia, su madre, y Fernando. Antonia, que amaba ya á éste como á un hijo, se desmaya;

pero Consuelo se habia comprometido á salir en carruaje con Fulgencio, la señora de éste y Ricardo, y no tiene más remedio que marcharse apénas vuelve su madre á la vida. ¡Ay! Fernando la ha perdido para siempre... y su madre tambien! Así terminó el acto primero.

Ricardo era un hombre frio, imperioso y egoista. Nada tiene de extraño que Consuelo se enamorara de él perdidamente. Ricardo, pasada la luna de miel, considera á su mujer como el mueble más elegante de su casa. Una vez satisfecha su vanidad por esta parte, era imprescindible satisfacerla por otras, y al efecto dedica su amor y sus brazaletes á una renombrada cantante. Consuelo sorprende una carta y paladea todo el amargor de los celos. Fulgencio, el dulcísimo Fulgencio, tiene la buena ocurrencia de convidar á comer en su casa (donde comian tambien Ricardo y Consuelo) á Fernando. ¡Con qué jovial indiferencia habia escuchado Consuelo esta noticia! Al saber Fernando que va á sentarse á la mesa en compañía de Ricardo y Consuelo, trata de irse.

Ya es tarde. Consuelo penetra en la habitacion y experimenta una ligera sorpresa, de la cual bien pronto se repone. Miéntras Consuelo habla con Fulgencio para informarse del concierto donde canta su rival, Fernando, apoyado en una silla, no despliega los

labios. En este silencio tan natural, tan delicado, tan conmovedor, se revela bien claramente lo poeta que es el Sr. Ayala. Un autor observador no hubiese dejado nunca de hacer prorumpir al desdichado amante en desesperadas exclamaciones, que destruirian enteramente el efecto de esta interesantísima escena.

Fernando no quiere quedarse á comer, y Consuelo lo despide diciéndole:

> «Pues, Fernando, que nos veas
> ántes de irte; no seas
> ingrato...»

Todos nos hemos oido llamar ingratos de esta suerte por alguna hermosa dama; pero todos conocemos tambien la trascendencia de la suave y distraida sonrisa que suele acompañar á este adjetivo. Por eso Fernando cae desolado en una silla, cubriéndose el rostro con las manos. ¡Cómo la ama todavía!

Consuelo, ofuscada por los celos, se arroja á dárselos á su marido con Fernando, suponiendo que éste, amante suyo en otro tiempo, era el mejor para el caso. En presencia de Ricardo le escribe una carta invitándole á que venga á visitarla, y entrega el billete á Ricardo para que lo remita á su destino (esto es, para que lo lea). Pero Ricardo

no lee el billete, porque ha leido ya todo lo que necesitaba en el alma de Consuelo, y lo deja intacto sobre la mesa. Llega Fernando, y Fulgencio, que habia recogido el billete, se lo entrega.

¡Por qué se habrá escrito una carta tan infame! Parece increible que dos renglones de una letra menuda y desigual vuelvan el entendimiento y hasta el corazon del reves. Yo, sin embargo, lo creo á pié juntillas. Fernando se sorprende, se acalora, se llama infame, delira... y resuelve acudir á la cita. Da fin el acto segundo.

Es de noche. Lorenzo, el criado de Ricardo, despues de haber acompañado al Teatro Real á Consuelo, se entretiene en coloquio amoroso con Rita, la doncella. Algunos tildan de larga esta escena. Yo la encuentro tan extraordinariamente bella, que nunca me he fijado en sus dimensiones. El suave donaire, el sosiego y la frescura de esta escena son medios artísticos de gran delicadeza para que la aparicion del drama cause efecto más seguro. El drama aparece con la entrada repentina y violenta en la escena de Consuelo. Se dirige al armario de sus joyas, y pide con voz temblorosa la llave á Rita. En el teatro habia visto á su rival luciendo un aderezo muy semejante á uno suyo, y viene á saber si es el mismo. El aderezo no está en el armario. En el mismo instante aparece

Fulgencio, que de acuerdo con Ricardo, era portador de otro aderezo igual y una mentira. El portador recibe en pago de sus buenos oficios algunas injurias, y Consuelo se queda á solas con su amargura y sus celos abrasadores. ¡Cuán léjos estaba su pensamiento en aquel instante de Fernando! Y, sin embargo, en aquel instante Fernando entraba en la casa, subia la escalera, alzaba la cortina del gabinete. ¿Qué venía á hacer allí? Consuelo, la misma Consuelo, cuya mano habia escrito una carta llamándolo, se lo pregunta con sorpresa.

Fernando venía á apurar las heces de aquél cáliz que el destino le presentó al enamorarse de Consuelo. Venía á saber que no sólo no habia sido amado jamas, sino que su amor habia servido en esta ocasion de señuelo para atraer al precioso é irresistible Ricardo. ¡Y la mujer que se cebara con tanta saña en su pobre corazon estaba allí, la tenía delante de los ojos, siempre con su rostro dulce y angelical! Fernando se pára á meditar el estrago que aquel rostro dulce y angelical ha hecho en su alma, y se sienta con tranquilidad aterradora en una silla. ¿Qué intenta? ¿No repara que Ricardo vendrá muy pronto? ¡Qué importa! «Hoy habrá penas para todos», dice con sonrisa feroz el desdichado amante. Y ni las amenazas ni las súplicas de Consuelo le conmueven. Mas al fin le di-

suaden de su propósito las lágrimas de Antonia, de aquella pobre madre que habia protegido su amor en otro tiempo.

«¡Triunfa el crímen! ¿Quién lo duda,
si hasta le prestan su ayuda
la virtud y la bondad!»

exclama Fernando al partir. Llega Ricardo, y sin sospechar siquiera, ó si los sospecha sin dársele nada delos atroces tormentos que sufre Consuelo, se despide de ella para Paris. Se va á Paris con su querida. La infeliz esposa se arroja á los piés del marido, y con sus lágrimas y ruegos quiere retenerlo. Todo es en vano. Las lágrimas pueden mucho con los hombres que tienen corazon, pero nada con los que no lo tienen. Se va Ricardo y aparece Fernando, que por haber hallado la puerta cerrada, tuvo necesidad de presenciar la escena anterior desde la habitacion contigua. A él se dirige la infeliz Consuelo pidiéndole perdon. Pero Fernando, el humillado y escarnecido Fernando, ¡cómo se ha de compadecer de sus tormentos, cómo se ha de apiadar de ella! Se va Fernando como se habia ido Ricardo. En aquel amargo trance, ¿á quién acudir? ¿Quién podia compartir con la desventurada esposa el dolor de aquel fiero abandono? Tan sólo su madre, su tierna madre, que tanto la amaba. Más al dirigirse á su habitacion, Rita sale de ella dando gritos

y pidiendo socorro... Su madre se habia ido tambien á otro mundo mejor!

«¡Dios mio! (exclama Consuelo desplomándose)
¡Qué espantosa soledad!»

Sí: la soledad espantosa que el egoista va formando en torno suyo en esta vida. El desenlace no es artificioso ni violento; es un desenlace sencillo, natural y lógico. Obsérvase en él sobre todo la austeridad que debe acompañar á una catástrofe interior más que exterior. Pero esa misma austeridad lo ha ceinfinitamente más conmovedor. Aquella figura sola, terriblemente sola enmedio del escenario, que cierra los ojos para mirar á su alma, y se desploma lúgubremente sobre el pavimento, es una figura verdaderamente grande y patética.

He relatado adrede el argumento de *Consuelo,* por ser éste tal vez la más sencilla y corriente de las historias que el Sr. Ayala ha elegido para tema de sus obras. El cómo de esta historia tan vulgar se ha hecho una obra dramática tan primorosa y exquisita, yo no puedo explicarlo. Vayan ustedes al teatro, y allá veran cómo se ha hecho. El señor Ayala nos trasporta á todos á las tablas con los mismos cuerpos y almas que tenemos; y sin dejar de ser los mismos pobres diablos que nos empujamos por las tardes en Recoletos y tomamos el fresco por las no-

ches en los jardines del Buen Retiro, quedamos por arte de birlibirloque trasformados en personajes muy interesantes y poéticos. Casi estoy por asegurar que el Sr. Ayala sería capaz de presentar en la escena una discusion del Ateneo, con discurso de Perier y todo, y hacer que todos estuviésemos embargados y suspensos escuchándola.

Mas yo que sé decir todas estas lindas cosas de un poeta, me pinto solo para decir las feas cuando por desgracia las encuentro. Y si no, van ustedes á ver.

Las obras todas del Sr. Ayala dejan percibir, desde el comienzo hasta el fin, al artista de corazon y al poeta de nacimiento; mas en ninguna de ellas se revela el ingenio poderoso que señala ó determina, impulsado por una fantasía viva y espontánea, nuevos é ignotos derroteros para el arte. Estos ingenios, que aparecen de tarde en tarde, son por regla general fecundos, desordenados, sublimes muchas veces, monstruosos y extravagantes otras, pero siempre grandes y admirables. No concurren estas circunstancias en la inspiracion del Sr. Ayala, por lo cual, á mi entender, no debe ser comprendido entre tales ingenios, sino mejor entre aquellos otros que, arrojándose con criterio más seguro, pero con ménos inventiva y atrevimiento, por las vías trazadas por los primeros, las asientan y perfeccionan.

Caracterízanse las obras del Sr. Ayala por una perfecta regularidad y proporcion entre todas sus partes, por un órden acabado en el desenvolvimiento de la fábula, y principalmente por una discrecion nunca desmentida en todo cuanto dicen y ejecutan sus héroes. Es una discrecion pasmosa. Declaro, no obstante, ingenuamente que tanta discrecion me llega algunas veces á fatigar. Hay ocasiones en las obras de arte en que el lector desea que el artista le sorprenda por un golpe de mano atrevido de la imaginacion, aunque sea por un disparate estupendo. Llegan momentos en que realmente siente uno la nostalgia de Grilo. Todo menos ese compas que el entendimiento—no la fantasía—va marcando friamente al traves de los parajes de una obra. En las de nuestro poeta percíbese con harta claridad la mano que escribe y que borra, que torna á escribir y torna á borrar. El arte es de todo punto necesario, pero conviene siempre ocultar esa mano entrometida, para que las gentes, en vez de arte, no den en llamarle artificio.

Mas si la inspiracion del Sr. Ayala no tiene ni el calor ni la fuerza que la de nuestros grandes dramaturgos del siglo XVII, en cambio hay en ella tanta dulzura y elegancia que no puede ménos de ser amable para todo el mundo, áun para aquellos que, como yo, prefieren lo grandioso á lo correcto. Me gustan

más, lo confieso, los aromas penetrantes de un bosque de naranjos y limoneros, de acacias y magnolias, pero tambien aspiro con delicia el perfume suave y delicado de las flores que crecen en los tiestos. Me gustan más las tierras que naturaleza hizo fértiles, pero me agradan tambien mucho las que lo son por la diligencia y el esmero de su dueño.

Tiene, á más de dulzura y elegancia, la inspiracion de nuestro poeta un no sé qué de buen tono, un cierto dejo aristocrático que al trasmitirse á sus obras se filtra tambien en el alma de los espectadores. Cuando salgo de verlas en el teatro, aunque vista camisa de color y americana, sin saber por qué, me figuro que estoy vestido de frac y corbata blanca, y al poner el pié en la calle me extraña grandemente que no me espere para llevarme á casa un ligero y elegante *landó* con dos caballos.

Hasta las sesiones del Congreso de Diputados notan la presencia de nuestro poeta cuando toma asiento en el sillon presidencial, reduciéndose á ser más amenas y correctas. Hay algunas, no obstante, que saben resistir con buen éxito á la influencia artística del presidente. ¡Cuántas veces le he visto al declinar la tarde, con sus dos maceros detras, bostezando una de estas rebeldes sesiones! Así que llega á persuadirse de que ni

sus efusivos bostezos ni las miradas distraidas que pasea por el ámbito de la sala logran enternecer á la empedernida sesion, el señor Ayala adopta, como es natural, las medidas que la prudencia y su alta representacion aconsejan. Se echa para atras, y apoyado el codo en el brazo del sillon, deja reposar blandamente la mejilla sobre la mano. Sus ojos permanecen abiertos, muy abiertos, pero su abundante cabellera empieza á descender con lentitud por el suave declive de la frente, y en breve tiempo logra invadir la mayor parte de aquel rostro literario más que político. Al poco rato, sobre la silla presidencial ya no se ven más que cabellos. El Congreso está presidido por una melena.

La luz que poco ántes entraba á torrentes por los medios puntos abiertos en las alturas del salon, empieza á retraerse disgustada de la inflexibilidad del reglamento. Lo primero que deja sumido en la sombra es la cabellera del presidente. Pasa con la mayor indiferencia por encima de la «órden del dia», que se halla extendida sobre la mesa, y baja culebreando y con mucho cuidado para no hacerse daño por la charolada madera de la tribuna hasta el redondel, ó como se llame. En el redondel no están más que los taquígrafos, gente de escasa importancia. La luz los mira de reojo y con altivez, y marcha hacia el banco azul, donde se encuentra á la

sazon un ministro. La luz se apercibe un momento, como para poner los papeles en órden, y de repente se encara con él, interpelándole: —¡Eh! señor ministro, ¿qué noticia tiene S. S. de los desórdenes ocurridos en Navalcarnero? El ministro, como acontece siempre en tales casos, frunce las cejas, arruga las narices y cambia inmediatamente de postura. La luz marcha muy poco satisfecha del ministro. Bien se le conoce en la mirada severa y rápida que lanza de una vez á toda la derecha. Esta mirada va á extenderse tambien á la izquierda, mas la luz allí se encu ntra casi sola y se quiebra, y se sume tristemente en el terciopelo de los bancos. Despues se pone á escalar con trabajo las paredes, deteniéndose en cada relieve y en cada adorno para tomar aliento. Despues se asoma á la boca de las tribunas, y al ver su negrura renuncia de buen grado á esclarecerlas. Sin embargo, allá enfrente, en la tribuna de la presidencia, muy cerca de una columna, se ve una cabecita blonda, una cabeza de mujer. La luz, sin respeto alguno á lo sagrado y augusto del recinto, se detiene frívolamente á jugar con aquella cabeza, y ahora se empeña con malicia en herirla en os ojos para hacerla sonreir, ahora se entretiene en retozar con sus cabellos, ahora la baña pérfidamente con viva claridad, logrando ruborizarla. ¡Ay! ¡quién no se ha de-

tenido alguna vez en su vida á jugar con una cabecita blonda, sin pensar en el tiempo que pasa! El tiempo que pasa obliga, no obstante, á la luz á abandonar aquella cabecita, y se despide de ella con un prolongado beso, primero en los labios, despues en los ojos, despues en la frente, despues en el pelo. ¡Adios! ¡adios! Sube un poco más y llega al techo. Allí se pára un buen espacio, y medrosa quizá de los grifos y cariátides, tiembla y se estremece, lanza vivos y vacilantes reflejos que iluminan por momentos todos los ángulos, todos los huecos del vasto recinto, arroja con furia oleadas de sombra á todas partes, y esparce el terror y el misterio por los rostros y las figuras de los cuadros. Despues, sin saber por dónde, se va como si fuera un duende.

El Sr. Ayala, bien guarecido detras de su melena, contempla absorto en esta hora el viaje interesante de la luz. Nadie diria, al verlo con los ojos desmesuradamente abiertos é inmóviles, que preside una sesion de diputados de carne y hueso, sino un congreso de fantasmas y de espíritus.

¡Y quién sabe si lo presidirá! ¡Quién sabe si de allá, de los negros rincones de la estancia, saldrán flotando mil imágenes tristes ó risueñas, de todos colores y apariencias, que irán á formar en el aire y delante de nuestro presidente una mági-

ca asamblea! Siendo así (que me perdone el orador qne use á la sazon de la palabra), yo asistiria con más gusto á esos debates invisibles del espacio que á los que debajo de ellos se efectúan.

DON VENTURA RUIZ AGUILERA

I

La ilustre escritora francesa princesa de Ratazzi afirma, en su último libro sobre España, que el Sr. Ruiz Aguilera es un jóven de muchas esperanzas. Lo mismo se decia de él allá por los años de 1840 ó 1842. De lo cual se deduce muy naturalmente que el señor Aguilera, en punto á juventud, se ha adelantado muchísimo á su siglo, haciendo dar un salto prodigioso á la vida media del hombre; ó bien que la ilustre princesa de Ratazzi no está por completo en lo firme al consignar tal noticia. Despues de conocer personalmente al Sr. Aguilera, me siento inclinado á pensar lo último, á reserva, no obstante, de formare mi juicio en el caso de que la egregia escritora alegase nuevos datos ó probara en cualquier forma su asercion. De todas suertes, quiero hacer constar que es la primera vez en mi vida, y plegue á Dios sea la última, que en público ó en privado me separo á sabiendas de la opinion de una princesa.

Don Ventura Ruiz Aguilera (á quien inte-

rinamente consideraremos como hombre ya entrado en dias) ha tenido la mala ocurrencia de nacer poeta. Mejor le hubiera sido nacer contratista de obras públicas. Como es fácil de comprender, una vez dado este mal paso, no tuvo otro remedio que atenerse á las consecuencias, trabajando mucho, viviendo modestamente, y viéndose al fin de su carrera olvidado del bullicioso mundo, cuyas orejas ha regalado tantas veces con su cántico. Y aún se da por contento el pobre con que le dejen abrir por las mañanas el balcon de su cuarto del barrio de Pozas para recibir el sol, que como un niño inquieto y revoltoso entra sin pedir permiso, y todo cuanto hay dentro quiere registrar y palpar en un instante; con que le dejen por las noches sentarse en su butaca, y mirar atentamente los penachos de humo que forman los carbones encendidos de la chimenea, y tomar alguna que otra vez la pluma para trasladar al papel lo que aquellos penachos, tan mudos al parecer, le cuentan. Durante el dia está en la oficina. ¡Ay! ¡Qué poeta se escapa en este siglo de la oficina! Podrá revolotear locamente en los primeros años de su vida, como el pájaro que incautamente penetra en una sala. Mas no consigue nada con volar de aquí para allá, lanzándose con ansia una y otra vez al espacio en busca de aire y libertad. Los dueños de la casa no tardan en ce-

rrar los balcones, para acosarle despues á su sabor en ruidosa zalagarda con toallas, pañuelos y sombreros por todos los ángulos y rincones, hasta que, rendido y jadeante, cae en poder de una mano brutal que inmediatamente lo encierra en una jaula. Allí lo podeis ver todo el dia informando expedientes del modo más deplorable que le es dado.

Dicen que allá en otro tiempo, hace ya muchos siglos, existió una nacion llamada Grecia, donde los poetas, léjos de ser perseguidos, representaban el papel principal en todas partes, hasta el punto de que no se promovia empresa ó se preparaba fiesta sin contar con ellos, ni se realizaba hecho alguno político sin su consentimiento ó intervencion. Los mismos contratistas de obras públicas, cuando tropezaban con un poeta en la calle, se quitaban el sombrero y le hacian un saludo muy reverente, y á un general famoso que habia vertido su sangre en cien combates, no habia que hablarle de sus hazañas y victorias, porque esto era ponerse mal con él, sino de tales ó cuales coplas que habia presentado en un certámen, y que los jueces con señalada injusticia no habian querido premiar. No satisfechos aquellos hombres con prodigar á los poetas en vida toda clase de mercedes y honores, solian despues de muertos erigirles estatuas que colocaban en los templos, ni más ni ménos que si fue-

sen santos, y no pocas veces aconteció pasear una de estas estatuas en un espléndido carro por todo el país, enmedio del entusiasmo y los vítores fervorosos de la multitud.

Si alguno de los poetas de ahora, por ejemplo, el Sr. Grilo ó el Sr. Blasco, pensasen que saco todas estas cosas de mi cabeza, yo les juro por mi vida que son la pura verdad, ó que por tal la dan al ménos las historias más corrientes. En verdad que fué aquélla una época próspera y dichosa para los poetas. Bien se puede asegurar que no volverán á verse en otra.

Los romanos, que sucedieron á los griegos, continuaron honrando y enalteciendo á los poetas, aunque ya con bastante ménos ardor, porque andaban sumamente atareados y cavilosos con sus guerras y expediciones.

Vinieron despues los bárbaros, incapaces por entero, como su nombre lo indica, de entender á Hegel, esto es, al Sr. Revilla, ni ménos tomar parte en los debates del Ateneo.

Pues áun á los bárbaros les gustaba la poesía. En sus fiestas más ruidosas, en sus orgías más desenfrenadas y brutales, llegaba un momento de desmayo para el cuerpo y excitacion para el espíritu; un momento en que la imprecacion y la blasfemia espiraban en los labios, la copa se desprendía suavemente de las manos, y los ojos buscaban dis-

traidos y arrobados los postreros rayos de la luz. En aquel momento aparecia entre tanto rostro fiero y oscuro un semblante dulce, expresivo y circundado de dorados bucles, donde brillaban unos ojos tristes y misteriosos. Era el poeta. Todas las miradas sentian necesidad de posarse sobre él, y todos los corazones se creian en la obligacion de amar á aquel sér débil y extraño, que de parte de Dios venía á desenterrar los nobles sentimientos que dentro de ellos se hallaban sepultados. Estos corazones era lo único que se movia, lo único que sonaba imperceptiblemente en la estancia al comenzar su canto el trovador. Fuera sonaba el viento y sonaba el mar. La cancion del poeta les hablaba de su Dios, de su patria, de su amor, de todas las cosas en que el cielo y la tierra parecen confundirse, como allá á lo léjos en el rojizo horizonte. Y de aquellos ojos, poco ántes inyectados de sangre por la cólera, saltaba á veces una lágrima que podia contar, si quisiera, muchas cosas de aquel sitio en que el cielo y la tierra se confunden.

Cesaba el canto. Las cuerdas del laud seguian vibrando melancólicamente un momento, y despues tambien cesaban. Alzábase un murmullo en la estancia, y muchas manos grandes y velludas alargaban doradas copas al buen trovador. El vino chispeaba en la copa, y la alegría chispeaba en los ojos

del trovador al beberlo. Pero la luz moria, y aún le quedaba algun camino que andar. Por eso, enmedio de bendiciones y roncos adioses desaparece de la sala. Si alguno de los alegres convidados quisiera asomarse poco despues á una de las ventanas del castillo, tal vez podria verle ocultarse lentamente allá en el rojizo horizonte.

Tambien en nuestras fiestas y banquetes llegan momentos de fatiga y tristeza: que es la alegría como un rio impetuoso, que no puede ménos de reposar alguna que otra vez en un sombrío remanso. Mas cuando llega uno de estos remansos, hé aquí que entra por la puerta de la sala un grupo de botellas arrebujadas en papel de estaño. Los criados se apresuran á desembozarlas, suenan algunas detonaciones y se esparce por las copas un licor muy ruidoso y fanfarron, pero insípido y embustero. Los convidados, no obstante, se regocijan y alborozan de nuevo; rien, cantan, patean, dicen chistes y se tiran los platos á la cabeza. ¡Oh! No cabe duda, el *champagne* ha reemplazado perfectamente al trovador.

Que la poesía no ha muerto, bien lo sé. La poesía es inmortal. Pero que la estimacion concedida al poeta va muriendo, muriendo hasta convertirse en la sombra de una nada, tampoco puede dudarse. El poeta, en nuestra sociedad, va siendo cada dia más

singular y anómalo: es un sér que, como el Hijo de María, no encuentra una piedra donde reclinar la cabeza. Siguen naciendo poetas como ántes, pero ya nadie se dedica á poeta, porque caeria en ridículo quien tal hiciese. Un poeta, en la actualidad, no es un poeta; es un diputado constitucional, un exministro, un presidente del Congreso, un gobernador civil ó un empleado del Banco que escribe versos. Lo cual, hasta en concepto de ellos mismos, no pasa de ser una flaqueza, inofensiva de todo punto. Cuando encontrais á cualquier poeta amigo en la calle ó en un tranvía, y entablais conversacion con él, lo que soleis preguntarle es si hay esperanza de que su partido suba al poder ó de que caiga, si le han ascendido, qué sueldo tiene ahora, cuántas horas de oficina, etc., etc. Si por casualidad os ocurre preguntarle por sus versos, veréisle ruborizarse un poco, mirar al suelo, sonreirse y menear la cabeza á un lado y á otro.— «Phs... Estos dias atras he escrito una cosilla... una tontería... Ya se la leeré á usted cuando vaya á almorzar conmigo.»—A lo mejor esta tontería es *La lira rota*, ó *El Raimundo Lulio*, ó *La leyenda de Noche-buena* ó *El nudo gordiano*.

Este desprecio que de sus mismas obras hacen los poetas, tiene una explicacion: es que en la época actual, sin saber cómo y á su despecho, el alma del contratista de obras públicas ha trasmigrado al poeta. El contra-

tista de obras públicas que entra con un amigo (solo no entra jamas) en la librería de Fe, al contemplar tanto libro apilado en los estantes, se ve necesariamente acometido por una reflexion que está siempre emboscada detras de los libros para caer de improviso sobre todos los contratistas.—«¡Cuánto se escribe hoy!» medita; y sumido hasta el cogote en tan honda consideracion, empieza à tomar libros y á soltarlos, despues de darles algunas vueltas en la mano y leer el título en voz alta, hasta que viene á sacarle de sus cavilaciones y maniobras la amabilidad del Sr. Fe (que es mucha) mostrándole las novedades del dia.

—Vea usted; aquí tiene *La última lamentacion de lord Byron...*

—Por Gaspar Nuñez de Arce (dice el contratista leyendo por encima del hombro del Sr. Fe). ¡Hombre, sí! Este ha sido secretario de la Presidencia. Le conocí mucho cuando estuvo de gobernador en Barcelona. Es hombre despejado...

—Ha llamado mucho la atencion este su último poema.

—¿Sí?... Pues me lo llevo (*arrollándolo como un plano de carretera).*

Si tuviéseis tiempo para ir conmigo aquella misma noche á cierta alcoba lujosamente decorada, veríais un hombre acostado en una cama, con *La última lamentacion de lord By-*

ron en la mano. ¡Qué paz y sosiego reinan en la fisonomía de aquel hombre! ¡Qué gorro de dormir tan admirable ciñe sus sienes! ¡Qué luz tan suave esparce el quinqué sobre el vaso de agua, el azucarillo y las galletas inglesas! ¡Qué aire tan respetuoso y sumiso tiene el almohadon de plumas que está tendido á sus piés!

Mas apénas haceis atropelladamente estas observaciones, cuando se escucha un fuerte resoplido, y la alcoba queda á oscuras.

En la alcoba hay todavía un espíritu que dice muy bajo á las tinieblas:—«Lo más que habrá sacado ese hombre con tanto verso son cuatro ó cinco mil reales...»

Poco despues no queda más que un cuerpo roncando.

II

Decia más arriba, á vueltas de una digresion con la cual no contaba, que el Sr. Aguilera habia nacido poeta. Añado ahora que nació poeta dulce, ameno, delicado y tierno. En la resignacion y el sosiego que se observa en todas sus composiciones trae al recuerdo al maestro Fray Luis de Leon y á San Juan de la Cruz. Los huracanes de la vida no han formado jamas en su alma medrosas tempestades. Las nubes volaron ligeras por ella, dejando siempre descubierto un fondo

azul. Y en ese fondo azul, reverberante de luz, nadan como brillante polvo de oro los más gratos sueños y los más nobles sentimientos del corazon. Y ese fondo azul, esa eterna y pura alegría del alma es la que se descubre bajo todas las composiciones de Aguilera, áun bajo aquellas que están inspiradas por un sentimiento triste.

Mirad á un cielo azul: ¿qué es lo que veis? Lo primero que se ve en un cielo azul es á Dios. El autor de estas líneas cree haberlo visto algunas veces cuando niño, á fuerza de abrir mucho los ojos, hasta qne le dolian, y pasando horas enteras tendido con el rostro vuelto al firmamento. Despues, viniendo los años, perdió la costumbre de pasar horas enteras mirando hacia arriba, porque necesitaba á todo trance estudiar la ley de organizacion del poder judicial. Y sucedió que, en cierta ocasion en que muy festejado y risueño se tendió como ántes para verlo, no lo consiguió. Pero allí estaba; lo sabe porque otras veces miró con semblante mucho ménos risueño, y lo halló fácilmente.

De la misma manera, lo primero que se encuentra en el fondo azul del Sr. Aguilera es á Dios. No busqueis en sus composiciones arrebatos místicos, ni explosiones de entusiasmo por la fe católica, ni encendidas diatribas contra el impío, ni siquiera *gritos del combate* con la duda amarga. Pero late en

ellas el amor sincero á lo divino, porque son tiernas, sencillas y bellas, y Dios no puede estar léjos de lo que es tierno, sencillo y bello. Los cuatro versos de alguno de sus cantares infunden más fe en el alma que cien tomos de controversia teológica; son cuatro versos que abren por un instante las diamantinas puertas del cielo y dejan entrever lo que hay dentro. ¡Qué más se les puede pedir!

Cuando trata directamente un asunto religioso, como en la *Leyenda de Noche-buena,* lo hace con una verdad, con una sencillez, con un sentimiento tan vivo y tan fresco de los inefables misterios de la religion, que necesitamos acudir á los recuerdos de la infancia para hallar algo parecido en nuestra alma. El Sr. Aguilera, en este caso, es un hombre que describe y expresa con fidelidad asombrosa los frescos y puros conceptos de un niño. Léanse, en confirmacion de mi aserto, los siguientes versos que tomo de esta leyenda:

—Golondrinas que, en rápido vuelo,
Os tendeis por la atmósfera azul:
¿Dónde vais, dónde vais, golondrinas?
A quitar las agudas espinas
De la angustia que siente Jesus.

—Si Jesus en Belen ha nacido
Coronada su frente de luz,
¿Qué corona, decid, golondrinas,

Qué corona de agudas espinas
Atormenta al divino Jesus?

—Si los hombres sois ciegos del alma
Y con ella no veis su dolor,
Viendo están, viendo están golondrinas,
Que aunque niño, corona de espinas
Ya en su espíritu lleva el Señor.
Hoy nosotras, con pío amoroso,
Templaremos su interna afliccion;
Vendrá un dia en que irán golondrinas
A quitar en la cruz las espinas
Que la frente herirán del Señor.

¿Qué más se ve en el fondo azul del señor Aguilera?—El amor á su patria; el amor á la tierra española.

¡La patria! ¿Qué es la patria?—La patria es un hombre andrajoso y sucio que se estrecha con efusion en una soledad de América ó de Asia; la patria es una frase de desprecio que se pronuncia allá muy léjos, donde no brilla el sol ni huele el azahar, y hace correr la sangre por el suelo; la patria es un canto que suena de noche en una ciudad de Inglaterra ó Alemania, haciendo saltar una lágrima á los ojos de un hombre que lee en su gabinete; la patria son unos batallones de soldados barbilampiños y morenos que llegan de Africa, y entran en Madrid con música y banderas desplegadas; la patria es el gentío inmenso que se arroja gritando á su paso,

ebrio de entusiasmo y orgullo; la patria, últimamente, es una cosa que no se puede definir, como acontece con otras muchas.

¿Los españoles tenemos patria?—Unas veces se me antoja que sí; otras que no. Lo que no ofrece duda es que trabajamos todo lo posible por no tenerla. Hace ya muchos años que los españoles empleamos lo mejor del tiempo en zaherir á nuestra patria con la lengua y con la pluma, y en desgarrarla con la espada. Sería un milagro que quedase todavía algo de ella.

Por otra parte, la patria ha pasado de moda. Los filósofos han demostrado recientemente que el sentimiento patriótico no se acuerda con las exigencias cada dia más amplias y universales del espíritu humano. Es un sentimiento primitivo y grosero, que se aloja por lo comun y arraiga con extremada fuerza en los hombres de inteligencia inculta y de carácter bravío.

Lleno mi espíritu de estas ideas cosmopolitas y filosóficas, enderecé mis pasos alguna vez al Museo del Prado. Mi objeto ostensible al dar este paseo era ver y recrearme con las pinturas que allí hay; mas en el fondo de mi corazon latia tambien el deseo de inculcar á los chisperos y manólos que figuran en el célebre cuadro del *Dos de Mayo*, de Goya, alguna de las ideas generales y comprensivas de que iba saturado. Es imposible imaginar-

se nada más salvaje que la actitud de aquelos chisperos desharrapados, con los brazos en alto, erizados los cabellos, los ojos amenazando saltar de las órbitas, frente á las bocas de los fusiles franceses, y gritando al parecer con todas sus fuerzas: ¡¡¡Fuego!!!

No conseguí mi objeto. En vano quise persuadirles de que aquella actitud, si bien en otra época tenía razon de ser, mirando al estado del progreso, en los momentos actuale era completamente inexplicable, y se hallaba en abierta oposicion á la doctrina corriente entre los tratadistas. En vano les demostré como pude que el concepto de humanidad era superior al de patria, y que éste, como más limitado y primitivo, debia subordinarse siempre á aquél. No querian escuchar nada; no atendian poco ni mucho á mis razones, y quedaron, como es fácil colegir, tan ignorantes y bárbaros como ántes; de tal modo; que aun podeis verlos cuando querais, firmes en su cuadro y cubiertos de sangre, siempre con los brazos en alto y los cabellos erizados, gritando como energúmenos: ¡¡¡Fuego!!!

Mucho me holgaria de que lo que voy á decir en este instante no lo escuchase ninguno de los varones que siguen con ahinco y amor los pasos de la ciencia.

Cierta tarde en que me hallaba frente al mencionado cuadro, amonestando á aquellos

salvajes, como tengo por costumbre siempre que me pongo al habla con ellos, me distraje al parecer con un rayo de sol, que vino de repente á herir á un manolo en el rostro. Al mismo tiempo una mosca grande y azulada empezó á zumbar confusamente algunas cosas á mi oido, y perdí el hilo del discurso. Sin saber por qué ni cómo, en aquel momento sentí mucho calor en las mejillas, comenzaron á latirme fuertemente las sienes, percibí cierto olor á pólvora, y sin saber tambien por qué ni cómo (¡qué vergüenza!), pienso que exclamé, dirigiéndome á los feroces chisperos: «¡Oh, amigos mios, quiero ser bárbaro como vosotros!» Afortunadamente no habia nadie en la sala.

El Sr. Aguilera, al parecer, tambien quiere ser bárbaro, y escribe sus *Ecos nacionales,* inspirados en el amor vivo y ardiente de la madre patria. Estas composiciones fueron escritas en los años juveniles del autor, y aunque revelan bastante inexperiencia artística, que en ocasiones semeja puerilidad, trasparéntase en ellas un sentimiento tan puro, un candor y una energía que cautivan y embriagan. Quizá si tuviesen más aliño no produjeran el mismo efecto. Están destinadas al pueblo, á ese pueblo español tan noble, tan altivo, tan feliz en otro tiempo, cuando el despotismo austriaco no habia asentado su maldita planta en nuestro suelo. Haga

Dios que algun dia ese pueblo español salga de su letargo y se disipen los malos sueños que oscurecen su frente; no para conquistar tierra, que harta tenemos ya, sino para ser más dichoso dentro y más respetado fuera.

El pueblo ha pagado bien al Sr. Aguilera el amor que le profesa, dándole lo único que podia darle, su poesía. El pueblo expresa siempre su poesía en una forma muy breve y concisa. El pobre necesita trabajar, y no tiene tiempo á componer grandes trozos de versificacion. Por tal motivo, se ha acostumbrado á decir mucho en pocas palabras, y acaso tambien por llevar un poco la contraria al Sr. Grilo. El arte supremo de iluminar vivamente el espíritu con cuatro versos, haciéndole columbrar dilatados y hermosos horizontes, no lo robó el Sr. Aguilera al pueblo, como se ha dicho; el pueblo se lo ha regalado, como desquite de una deuda de amor y de sacrificios. No es tan insignificante el regalo como algunos piensan, incluso quizá el mismo Sr. Aguilera. A mi juicio, son los cantares la obra maestra de nuestro poeta, y aquella en que no ha tenido, ni tiene, ni es probable que tenga rival. Los cantares de Aguilera no morirán jamas, porque salen del fondo del corazon, y como él mismo dice con admirable delicadeza,

Cantar que del alma sale,
Es pájaro que no muere;
Volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

Volando de boca en boca, y acompañados de la guitarra, los he visto cruzar amenudo, unas veces tristes, otras alegres, pero siempre dulces y apasionados.

¿Qué más se ve en el fondo azul del señor Aguilera?—El amor de la naturaleza. No hay que confundir el amor que Aguilera siente hacia la naturaleza con esa aficion frívola y afectada, hoy tan en boga entre viajeros y bañistas, los cuales creen pagar su deuda de admiracion á la naturaleza gritando sin ton ni son en todas partes: «¡Magnífico! ¡Delicioso! ¡Sorprendente!» y poniéndose una rama de madreselva en el sombrero cuando tornan del paseo. No; el Sr. Aguilera ama la naturaleza como ésta pide que se la ame, con sentimiento profundo y verdadero, con extática contemplacion y fervoroso culto, con cierto misterioso terror que contrae el corazon y cierra la boca. Solamente á los que así la aman entrega el tesoro infinito de sus gracias. Así la ha amado Fray Luis de Leon, el inmortal autor de la *Vida del campo*, con quien guarda nuestro poeta, segun creo haber indicado, un estrecho y singular parentesco, y así la amaron todos los ingenios que han sabido cantarla.

Mas el amor de la naturaleza para el señor Aguilera y para todos los que residimos en la corte es un amor platónico, porque no gozamos de sus galas y encantos. En Madrid hay unos árboles en el Retiro y unas montañas hacia Fuencarral que los miran por encima de las torres y las chimeneas. Lo que queda entre estas montañas y estos árboles no merece el nombre de naturaleza. En punto á naturaleza, los madrileños no deben alzar el gallo á nadie, porque el más zafio y miserable labriego de Astúrias ó Galicia es mil veces más rico que ellos.

No obstante, sería poco decoroso despreciar lo que hay en casa. A mí me gusta mucho el cachito de naturaleza que posee Madrid. Aquellos árboles del Retiro son muy hermosos, digan lo que quieran. Son hermosos por la mañana cuando, regocijados y alegres con la salida del sol, bendicen la tierra sacudiendo sobre ella, como enormes hisopos, el rocío que vino por la noche á dormir en sus hojas. Son hermosos al mediodia cuando el sol los baña, los inunda con su luz amarilla, vistiéndolos de verde y oro, como si fuesen primeros espadas. Entónces los últimos vapores del rocío se disipan y se pierden en la atmósfera, la luz consigue penetrar por mil intersticios en su interior y los hace trasparentes como faroles venecianos, los troncos parece que están satinados, el

sol dibuja con sus ramas negra y tremante red en la arena, y las hojas chiquítas de las puntas relucen como monedas de oro acabadas de acuñar. Son hermosos sobre todo á la tarde, cuando se destacan sobre el azul pálido del cielo con tal limpieza, que parecen recortados á tijera por una mano invisible. Si os sentáseis debajo de uno de ellos á contemplar la muerte del dia, veríais al principio regueros de luz que cambian á cada instante de cauce, corriendo primero por la parte baja de la copa, despues por el centro, despues por la cima, despues por ninguna parte. La sombra lo envuelvé en su manto protector, y el árbol, inmóvil y silencioso, se prepara á dormir, respirando con libertad en el ambiente fresco y húmedo. Mas hé aquí que de aquellas montañas del Guadarrama, un poco soñolientas tambien, llega una brisa áspera y fria, con el exclusivo objeto de darle las buenas noches. Una hojita que en el extremo de la rama más alta parece servir de vigía, se estremece primero débilmente, despues empieza á moverse con brio tocando á rebato, y todas las demas, advertidas de la presencia del emisario, comienzan á bailar alegremente, devolviendo su cordial saludo al Guadarrama. Cumplido este deber de cortesía, el árbol se abandona al reposo, y duerme á pierna suelta.

¡Qué hermosos están áun durante el sue-

ño estos árboles, dibujando sus fantásticas siluetas en el oscuro azul de la noche! Acaso no sea todo oscuridad ni duerma todo en el interior de estos árboles. Reparando bien, tal vez percibais el brillo suave é intermitente de una de sus hojas. Alzad los ojos al mismo tiempo, y vereis en el cielo un lucero tan brillante como presuntuoso. Retiraos; no seais indiscretos.

Mas hágome cargo, aunque tarde, de que no estoy escribiendo la semblanza de los árboles del Retiro, sino la del Sr. Aguilera, y paso inmediatamente á otro punto.

¿Qué más se ve en el fondo azul del señor Aguilera?

En ese espacio diáfano flotan como claras estrellas dos ojos negros, grandes, brillantes y serenos que podeis ver retratados en la hoja primera de sus *Elegías y Armonías*. Era una niña, era un pedazo del alma del poeta, la que en otro tiempo los hacía brillar con su sonrisa, los elevaba, los adormia, los ocultaba un instante en la sombra de sus pestañas y los hacía lucir de nuevo como dos rayos de sol que hieren el cristal de una fuente.

¡Cuántas veces os habreis sentado en las sillas del paseo de Recoletos! ¿no es cierto? Pues en verdad que no habrá dejado de revolotear en torno vuestro casi siempre un enjambre de niños que juegan corriendo unos en pos de otros y lanzando chillidos penetran-

tes, como golondrinas que se persiguen por el aire. A fuerza de contemplar con mirada distraida aquella escena bulliciosa, concluis por fijaros en una niña de ojos y cabellos negros y vestido blanco. Os interesa su mirar melancólico y la suavidad y elegancia de sus movimientos. Al pasar á vuestro lado muy descuidada y risueña, la pillais al vuelo por uno de sus bracitos y la atraeis blandamente hacia vosotros, la aprisionais entre las rodillas, tomais entre las vuestras sus diminutas manos, que parecen dos botones de rosa, y la acariciais de mil maneras, interrogándola al mismo tiempo sobre el juego en que se divierte, cuál es su nombre, cuántos años tiene, cuántos hermanos, etc., etc. Al principio os mirará con ojos de asombro y temor, se negará resueltamente á contestar y tratará de arrancarse á vuestras caricias. Mas poco á poco irá perdiendo el miedo, y á los cinco minutos sois los mejores amigos del mundo. A los diez ya sabeis que su hermano menor es un insoportable gloton, capaz de comerse la parte de dulces de todos los hermanos, y algunos otros gravísimos secretos. Al cuarto de hora, cuando su aya viene á llamarla y os presenta la mejilla para que la beseis, vuestra amistad está á prueba de desavenencias y disgustos. ¡Oh, bien se puede asegurar que durante este cuarto de hora no os aburrísteis poco ni mucho! Mas cuando la veis alejarse

dando graciosos brincos, ¿no ha cruzado por vuestra mente la idea de que pudiérais tener una hija igual, y que podia morirse? Sí, con seguridad ha cruzado y habeis sentido todo vuestro cuerpo estremecerse de súbito con un movimiento de terror, y habeis medido con los ojos de la imaginacion los profundos abismos del más fiero dolor, del *dolor de los dolores.*

Pues bien, figuraos que el padre de aquella niña es nuestro poeta y que la ha perdido. Otro hombre no hubiera podido hacer más que llorarla. Él la ha llorado y la ha cantado. Y su canto es el más armonioso, el más sentido, el más tierno que ha salido de su pecho. Las elegías que Aguilera dedica á la memoria de su hija, por el profundo sentimiento que guardan y por la delicadeza con que han brotado de la pluma, serán leidas miéntras haya poesía. Parecen escritas como fueron sentidas, en el mismo instante en que el brillo de un lucero, los ecos lejanos de un organillo ó los lirios que crecen en un balcon traen á la memoria del poeta su dicha pasada y su desgracia presente. Detras de aquellas páginas se escuchan realmente los sollozos. Voy á coger no más que dos perlas del collar, copiándo las siguientes bellísimas composiciones:

Debajo de mis balcones
Parábase el saboyano;

Ella, la música oyendo,
Danzaba al sonido mágico,
Y yo de gozo temblaba
Como la hoja en el árbol.

Debajo de mis balcones
Hoy se paró el saboyano;
Levantar le vi los ojos
Una, dos, tres veces, cuatro...
¡Y una, dos, tres, cuatro veces
Sin esperanza bajarlos!

No mires á mis balcones;
¿Por qué miras, saboyano,
Si ya no ha de salir ella
A este balcon solitario,
Para echarte la limosna
Bendecida por su labio?...
No mires á estos balcones,
Y si vuelves, saboyano,
La voz del órgano apaga,
Y pase por Dios callando,
Pues yo no sé lo que tiene
¡Ay! que no puedo escucharlo.

* * *

—¡Cómo tardan estos lirios,
Cómo tardan en dar flor!—
Me decia muchas veces
Al regar los del balcon.
—Cuando se abran, serán tuyos —
Contestábale mi voz;
Y esperando el ángel mio,
Esperando, se murió.

Vino Mayo ¡ay, no viniera!
Y los lirios del balcon
Su corola azul abrieron
A los céfiros y al sol.
Y las lágrimas brillaban
Que sobre ellos vertí yo,
Al dejarlos en la tumba
Donde tengo el corazon.

III

Y ahora, ¿qué voy á decir de los defectos del Sr. Aguilera? He pasado un rato delicioso escribiendo las anteriores líneas, sin curarme para nada de ellos. Ni yo lo he sentido, ni acaso el lector lo sienta tampoco. Encadenado al vuelo del poeta, vime suspenso un instante sobre la tierra. Pienso (Apolo me perdone la injuria) que fuí poeta el espacio de un relámpago. No es maravilla que me pese el salir de un grato sueño para dar con verdades frias y amargas. ¡Es tan triste acostarse poeta y despertar crítico! Pero Dios lo quiso, y el editor tambien: ¡Seamos críticos!

No satisfecho el Sr. Aguilera con expresar lo que sentia bien, verbigracia, los afectos más arriba indicados, quiso tambien cantar en más de una ocasion lo que sentia mal ó no sentia de modo alguno. De aquí han nacido todos sus defectos. En el crecido número de sus composiciones se encuentran no pocas endebles, fatigosas y descoloridas, so-

bre todo en el *Libro de las sàtiras,* no tanto por falta de primor y elegancia en la forma (que rara vez acontece), como por falta de verdad y de brio en la inspiracion. El señor Aguilera ha incurrido en un vicio, harto frecuente por desgracia en nuestra época: el de acudir á lugares comunes, á frases llevadas y traidas por todos los que comercian con las Musas. Los lugares comunes en filosofía admiten excusa y hasta prestan utilidad; mas en el Parnaso son rechazados y perseguidos como animales dañinos. No es posible encarecer bastante el horror con que las Musas miran la poesía de estereotipia, tan en boga al presente. Dicen ellas, y yo soy de su opinion, que cuando el poeta no tiene nada nuevo que decir ó no encuentra nueva forma en que expresarlo, debe callarse.

Puesto ya á censurar, tambien diré que el Sr. Aguilera introduce alguna vez en sus poesías lecciones de moral que encajarian mejor en una plática de Semana Santa. Una cosa es componer poesías, y otra dirigir pastorales á los católicos de una diócesis. Tambien diré que acostumbra á desleir sobradamente los conceptos, dando esto por resultado el que se pierda, ó debilite al ménos, el efecto que deben producir, comunicando al propio tiempo á sus composiciones cierta languidez, que alguno pudiera calificar de inanicion. Tambien diré que la aficion á poner estribillo en una

gran parte de sus poesías, produce en ciertos casos el efecto apetecido de moverlas y animarlas; mas en otros, quizá por rechazarlo la índole del asunto, ó por no acertar á poner el que conviene, las hace pueriles unas veces, y otras artificiosas.

Pero no diré más; que ya me voy avergonzando de echar en cara estas menudencias á un tan insigne y excelente poeta.

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

Aunque parezca descortés y hasta irreverente dar comienzo á la semblanza de un poeta con una apología de la prosa, tengo razones poderosas para escribirla, y la he de escribir, si en ello hubiera de irme la fama de atento y comedido. No la escribo porque tenga en aborrecimiento el verso; que el hecho mismo de consagrar mi pobre ingenio al estudio de los poetas, dice bien claramente lo contrario. Tampoco porque juzgue, como algunos, que es el verso un lenguaje propio de la infancia de los pueblos y opuesto á la gravedad de nuestra época, y que ha de llegar un dia en que desaparezca totalmente. Para mí el verso es y será eternamente el lenguaje genuino de la poesia. Y cuenta que lo dice un hombre tan pudoroso en esta materia, que para él las columnas de *La Ilustracion Española y Americana* son selvas vírgenes donde nunca ha osado poner el pié: incapaz, por consiguiente, de meterse con nadie

ni de escribir un mal soneto, á no ser que le hurguen mucho y de mala manera: en cuya fe quiere vivir y espera morir. Mas el verso, como todas las grandezas de la tierra, no necesitan apologistas, que ellas mismas, por el hecho de existir, pregonan su excelencia; miéntras la prosa, la prosa vil, al tenor de las causas malas, necesita campeones que salgan á su defensa. No es bizarro el que ahora se presenta, pero sí bastante cazurro, y ha de suplir, ciertamente, con zancadillas y trazas de mala ley lo que le falta de arrojo. Mucho cuidado con él.

La prosa no es muy bonita, debo confesarlo, pero no me nieguen ustedes que es muy expresiva. Tiene las facciones abultadas é incorrectas, le falta majestad y dulzura en los movimientos, es áspera, indómita y arisca, todo lo que ustedes quieran; pero no me nieguen ustedes que es muy expresiva. ¡Oh, sí, es muy expresiva! El alma se ve pronto por sus ojos grandes y oscuros; en sus posturas descuidadas y caprichosas, en sus movimientos desordenados y bruscos, en sus arrebatos y en sus desmayos, hay á veces mucha gracia. Y luégo, ¡tiene unas salidas! Nunca puede estar tranquila ni caminar con paso mesurado y sereno. A cada instante se siente acometida por la necesidad de alargarlo ó acortarlo. Viene un período amplio, terso y sonoro, de esos que piden á

todas horas los pseudo-clásicos, sin saber lo que piden; en pos de él, otro breve y palpitante como el corazon que lo dicta. Aparece uno suave y almibarado, como el requiebro de un adolescente, y á toda prisa surge detras otro seco y áspero que le deja cortado. La prosa, en fin, odia de muerte la monotonía, y procura demostrárselo en cuantas ocasiones se le presentan. Quizas por eso se eleva rara vez al cielo. El cielo es hermoso, pero es monotono.

Mas si no consigue volar por el cielo sereno y límpido, en cambio discurre admirablemente por la tierra. Alguna vez se mancha con sus lodos y se pincha con sus abrojos, pero sabe lavarse inmediatamente en sus claras fuentes, y curarse con el bálsamo de sus flores. No se desdeña de andar á pié por los parajes más escabrosos, ni penetrar en los lugares más humildes. Amenudo se la ve pararse ante un objeto ínfimo y despreciable, iluminándolo y describiéndolo con amor. A veces tambien, á semejanza del mar, sabe reflejar el azul del cielo.

No se me oculta, sin embargo, que se la mira generalmente con desprecio. No se me oculta que al ver á la prosa entrarse por un hospital, por una fábrica ó por una taberna con la mayor frescura, y ponerse á referir cuanto allí ocurre, por insignificante y hasta despreciable que sea, hay muchos que dicen

pestes de ella, y se creen humillados al leer lo que juzgan indigno de toda atencion. Sé de sobra que hay mucha gente para quien no existe ni puede existir arte alguno en la descripcion del catre en que duerme un niño desamparado y pobre, ó en la de la faena de un rudo labrador, ó en la del tocado breve y sencillo de una costurera. ¡Ah! Tal vez se figura esa gente que no se encuentra á Dios más que en la sublimidad de la bóveda celeste poblada de astros luminosos, á cuyo lado el que habitamos no es más que un leve grano de arena. Si tal se figura, es que no ha mirado jamas en una gota de agua por el lente de un microscopio. Habiendo mirado, no dejaria de comprender al instante que es tan fácil llegar á Dios por lo infinitamente pequeño, como por lo infinitamente grande.

Tampoco la prosa carece de ritmo en absoluto. Su ritmo es mucho más hondo y arcano que el del lenguaje métrico, mas no por eso deja de existir. Un oido delicado lo percibe como blanda y recóndita música dentro de una selva oscura. ¿Quién osará negar el ritmo, el número y la armonía á la prosa de Cervantes, Fenelon ó Manzoni? No seré yo quien cargue con semejante responsabilidad. Lo que hay es que el ritmo de la prosa no es uniforme y continuo como el de la versificacion. Los vientos del pensamiento lo agitan á su capricho y le hacen variar á cada ins-

tante de rumbo, sin darle jamas punto de reposo. La prosa, mejor que el verso, obedece á las insinuaciones del espíritu, dejándose llevar cual dócil pluma, unas veces por regiones serenas y tranquilas, otras por parajes revueltos y oscuros...

Pero basta ya de panegírico; que tal suma de perfecciones voy acumulando sobre la prosa, y tan devoto de ella me presento, que temo murmuren las malas lenguas.

Llegó el instante, por mí bastante temido, de dar explicaciones sobre las causas que engendraron este inoportuno panegírico. Y á la verdad, si ustedes pudieran pasarse sin ellas, me alegraria en el alma, porque no tengo deseo alguno de manifestarlas. Mas ustedes no pueden pasar sin explicaciones, por más que la galantería les mueva á decir otra cosa, y aunque me pese, creo hallarme en la obligacion de remediar su justa curiosidad.

¿Y por qué siento dar explicaciones? Diré-lo de una vez; porque temo que estas explicaciones no agraden al Sr. Nuñez de Arce. Cuyo temor, si bien se nota, es más lisonjero que ofensivo para el Sr. Nuñez de Arce, puesto que si yo no le respetase y admirase muy de veras, á buen seguro que no me turbaria más ni ménos. Mas por desgracia, sé lo peligroso que es decir á una mujer hermosa que no es la más hermosa del mundo, ó á un

poeta inspirado que no es el más inspirado de todos los poetas. Desde Homero hasta Revilla, no ha habido jamas poeta alguno que escuchase con calma una afirmacion parecida. Compadézcanse ustedes de mi situacion, y por Dios me den algunos alientos, que harto los necesito. Comienzo.

Reconozco, como tendré ocasion de mostrar en el presente artículo, muchas y notables dotes de poeta en el Sr. Nuñez de Arce, mas he dado en imaginar que las tiene aún más notables y sobresalientes de prosista. En las cortas páginas que lleva escritas en prosa, he pensado reconocer casi todas las cualidades que distinguen á los grandes prosadores; flexibilidad, número, concision, elegancia, naturalidad, energía. Si se me apurase, tal vez llegara á decir que en el género histórico es donde pudiera alcanzar mayores lauros. Tengo la creencia de que si el señor Nuñez de Arce hubiese dedicado su pluma á la historia, dejaria oscurecidas, por lo que toca al aspecto literario, las glorias de todos nuestros historiadores, excepto Mariana. Y aquí me salta al encuentro cierta semejanza que hace tiempo he observado entre nuestro poeta y otro de la nacion portuguesa; Alejandro Herculano. A entrambos los caracteriza la austeridad del pensamiento, la virilidad y firmeza del tono y la sobriedad de la diccion. Pero Alejandro Herculano, que no

pasa de notable poeta, fué un eminentísimo prosista, el más eminente quizá de cuantos ha producido la Península Ibérica en este siglo, dejando, como es sabido, en la historia y en la novela monumentos perdurables del arte literario. ¿Sentirá ahora el Sr. Nuñez de Arce que le compare á Herculano?—Lo sentirá, estoy seguro de ello; y lo sentirá, porque la comparacion, como dicen los filósofos, sólo es exacta *en potencia*, dado que el Sr. Nuñez de Arce no ha querido hasta el presente mantener relaciones duraderas con la prosa. Respetando, como me cumple, su acuerdo en este punto, permítaseme deplorarlo, en gracia siquiera de la desgraciada defensa que de aquélla acabo de hacer. Y ya no necesito decir más para explicar el raro modo de dar comienzo á este artículo.

Mas ya que me veo forzado á juzgar en el Sr. Nuñez de Arce al poeta y no al prosista (como fuera mi gusto), debo empezar declarando que ciertas cualidades que el Sr. Arce posee en alto grado, esenciales para el prosador, no lo son tanto en mi concepto para el poeta, á saber: la concision y la energía. Nada más frecuente, cuando se quiere ensalzar la musa del Sr. Nuñez de Arce, que apellidarla viril, como si con este adjetivo quedase hecha su apología por completo y no hubiese más que decir. Es más: hasta he leido juicios críticos en que se considera esta cua-

lidad como la más alta y suprema que el poeta puede recibir del cielo. No lo entiendo yo así. ¡Medrados estaríamos si no hubiese más que virilidad y fuerza en la poesía, si el poeta hubiese de cantar por necesidad á todas horas asuntos ó temas viriles! Tanto valdria afirmar que, en el terreno metafísico, la belleza y la fuerza se confunden. Por fortuna no es esto cierto en ningun terreno. El elemento femenino ha jugado, juega y jugará un papel principalísimo dentro del arte. En la humanidad, la belleza no está representada por el hombre, sino por la mujer. Y la naturaleza, si es sublime en sus aspectos ó momentos terribles, bella no lo es más que en los de calma y sosiego, y en los lugares apacibles y amenos.

Tampoco hay que confundir la energía de la expresion, que es ingénita á todo el que se halla bien penetrado de un sentimiento, sea éste tierno ó viril, con la índole de los afectos que animan al poeta. Espronceda es más enérgico para mí en su *Canto á Teresa* que Quintana cantando el combate de Trafalgar. Y es porque, á mi entender, le tenian con más cuidado á Espronceda las liviandades de su querida, que á Quintana la derrota de la escuadra hispano-francesa.

Por lo dicho, y por algo más que me callo, no soy tan gran admirador como otros de los poetas viriles (cuando la virilidad re-

side en la naturaleza del asunto ó en el tono, y no en la mayor ó menor energía del sentimiento). Así que no doy la estimacion que aquéllos á la virilidad del Sr. Nuñez de Arce Pudiera muy bien ser más viril que Adan, padre del género humano, y no tener pizca de poeta. Si lo es, y excelente, no lo debe á los temas viriles que elige para sus composiciones, ni al tono elevado que adopta para cantarlos, sino á su ingenio y fantasía.

En cuanto á la concision, cierto que es una dote que puede cuadrar bien á un poeta; pero no le es tan indispensable como al prosista. Conviene distinguir ademas la concision ó sobriedad de la frase de la precision y fijeza de los conceptos. La primera puede enaltecer las producciones de un poeta; la segunda no hace más que confundirle con el prosador. El verso es semejante á la música, y como ésta, sirve para expresar lo más vago, lo más delicado, lo más inefable de los sentimientos humanos. Cuando se le obliga á decir cosas que la prosa puede expresar tan bien ó mejor que él, á mi juicio, se le desnaturaliza. Esto hace en ocasiones el señor Nuñez de Arce. Algunas de las composiciones insertas en los *Gritos del combate* parecen escritas en prosa sonora y rimada, y semejan manifiestos políticos en verso, más que verdadera y limpia poesía.

¿Llevará, por ventura, la musa política el

feo vicio del prosaismo? No lo sé; más cuando echo la vista á los frutos que ha dado en este siglo dentro y fuera de España, me siento inclinado á pensarlo. Aunque fijemos nuestra atencion en lo más selecto, por ejemplo, en Quintana y Beranger, yo encuentro el prosaismo (el prosaismo del concepto y del sentimiento, que es mil veces peor que el de la frase) cebándose sañudamente en un gran número de sus composiciones, por más que el primero aspire á disfrazarlo con la pompa y altisonancia del estilo, y el segundo con su sencillez y donaire. Me parece que en esto no hago más que seguir la opinion general, porque la fama de ambos poetas ha desmedrado notablemente con el tiempo. No quiero decir, sin embargo, que la política no pueda inspirar en ocasiones á los poetas grandes, bellos y atrevidos pensamientos, aunque sí imagino que la política antigua, entregada al acaso ó á los golpes de la fortuna y á la espontaneidad de las fuerzas individuales, servia mejor para el caso que la moderna, sometida casi por completo á una serie de reglas complicadísimas que la convierten en una maquinaria inflexible y monotona. Padilla luchando á campo abierto en Villalar con el emperador Cárlos V, es una figura poética; pero un general que se pronunciara hoy con unos cuantos batallones en favor de la *descentralizacion*, no lo sería gran cosa. Y es porque en el

instante en que las ideas dejan de formar parte de nuestra vida, de nuestra alma, de nuestra carne, si pudiera hablar así, como en el caso de Padilla, para convertirse en abstracciones, se deshace su encanto. El poeta no quiere abstracciones, sino figuras vivas, imágenes, algo visible ó palpable que infunda calor en su corazon y en su fantasía. El señor Nuñez de Arce ha caido en el mismo vicio que su maestro Quintana, y como él ha procurado velar lo descarnado y prosaico del pensamiento con la elevacion y magnificencia del estilo. Esto no obstante, debo hacer una declaracion que va á estremecer profundamente muchas orejas clásicas. Para mí, el discípulo posee más cualidades de poeta que el maestro. Está muy léjos de superarle, ciertamente, en la profundidad y grandeza del pensamiento, ni en el vigor y armonía de la elocucion poética, pero le lleva ventaja en el calor y riqueza de la fantasía, que, por más que á ello se opongan los pseudo-clásicos, es lo que eternamente carecterizará al poeta. No manejará la lengua con tanto imperio y maestría, ni escribirá unos versos tan brillantes y audaces como los de Quintana, pero éste tampoco escribiria ni el *Idilio* ni el *Raimundo Lulio* de nuestro poeta.

No es sólo la política la que inspira al señor Nuñez de Arce, aunque sí le preocupa con exceso. Hay otro órden de pensamientos

que le atraen, le alteran y le mortifican, como puede verse leyendo sus *Gritos del combate;* y son los del órden religioso. No me asombra. Las cosas de ultratumba nos traen alterados y revueltos á muchos que no tenemos nada de poetas. Hasta aquí, por consiguiente, el Sr. Nuñez de Arce no es más que uno de tantos. Conviene ahora saber si esta preocupacion constante de la mayor parte de los hombres en el dia inflama su espíritu y le presenta nuevas y originales bellezas, pues es de lo que se trata.

Nuestro poeta se empeña en hacernos creer que su espíritu vive presa de la duda más cruel, que no puede deshacerse de ella, que en todos los parajes y ocasiones le acompaña y le persigue, etc., etc. Y á la verdad, lo que se vislumbra en las poesías del señor Nuñez de Arce no es un alma atormentada por la duda, sino un hombre descreido que echa ménos sus perdidas creencias. Esto, que hasta cierto punto es una falta de sinceridad, de la cual tal vez el mismo poeta no se dé cuenta perfecta, contribuye poderosamente á que tales poesías no hieran la fantasía ni conmuevan el corazon de quien las lee. Otra razon hay para que estas composiciones, bien entonadas, correctas y armoniosas, no nos hieran muy vivamente; y es que los pensamientos en ellas esparcidos tienen más de científicos que de poéticos; son los

pensamientos que se ocurren á un hombre de talento, y no á un poeta. El Sr. Nuñez de Arce no ha sacado partido del estado de incertidumbre ó de incredulidad en que necesariamente han de vivir los poetas de esta época. Byron, Schiller, Heine, Musset, Leopardi y otros varios, han creido, han dudado, han descreido. Todo esto se trasluce con bastante claridad en sus obras, aunque ellos muy rara vez nos lo digan concretamente. Y la enfermedad que les devora presta á su poesía diversas tintas ó colores, segun los estados por que atraviesa; unas veces oscuros y lúgubres, otras vagos y desvaidos, otras dulces y melancólicos. Pero siempre, siempre buscando la belleza con admirable instinto. Así que, para mí, sus figuras son mucho más interesantes y amables que la del Sr. Nuñez de Arce, el cual se revuelve airadamente contra su siglo y contra Voltaire, Darwin y todo el cortejo de filósofos modernos, á quienes achaca la culpa de que él no viva feliz y satisfecho. Es muy lamentable; mas para el arte es aún más lamentable que la duda ó el escepticismo no hayan logrado descubrir tesoros de más valía dentro de su espíritu.

Los defectos que dejo apuntados proceden, si no en todo, en gran parte al ménos, de que el Sr. Nuñez de Arce no está completamente en su cuerda en la poesía lírica. La índole de

su ingenio y de su inspiracion es mucho más épica que lírica. Y si fuera permitido á un hombre humilde y desautorizado, como yo, invocar el auxilio de dos palabras tan augustas, diria que es más objetiva que subjetiva. Léjos de mí la idea de entrarme de rondon, por esto, en el dominio de las divisiones literarias. Entre todos los españoles que saben leer y escribir, no habrá otro ménos amigo de clasificaciones. Creo que las divisiones en el arte son como las que se hacen en el mar: tan pronto hechas como borradas. Pueden los retóricos á su antojo dividir el arte en géneros, á semejanza de los astrónomos que dividen el firmamento en zonas para mejor estudiar sus estrellas. Dios en el cielo y el poeta en el arte nunca tendrán en cuenta para nada tales divisiones. Mas una cosa es trazar clasificaciones, y otra determinar el carácter y naturaleza de la inspiracion de un poeta. A esto únicamente me dirijo cuando digo que el Sr. Nuñez de Arce es más épico que lírico.

Como poeta lírico, carece de aquella delicadeza y escrupulosidad con que los grandes modelos exploran todos los pliegues de su alma y sondean sus más profundos misterios; carece de aquella exquisita sensibilidad que les mueve de un modo irresistible á exhalar sus afectos. Pero en cambio su imaginacion viva y osada, su briosa entonacion y

su maestría para describir y narrar, le están pregonando como un gran poeta épico. Así lo ha comprendido él mismo al cabo, decidiéndose á escribir algunos poemas que son los cimientos más seguros de su gloria. Entre ellos, dos, el titulado *Raimundo Lulio* y el que por un extraño capricho titula *Idilio*, compiten con lo más hermoso y selecto que este siglo puede ofrecer en poesía á los futuros.

El *Idilio* es una prueba más de que en la vida lo pequeño es muchas veces lo grande. Casi tantas como lo grande es lo pequeño.

¡Lo pequeño y lo grande! ¿Quién se atreverá á decidir sobre uno y otro? Cuando niños nos hacen llorar cosas que hacen reir á los hombres. ¿Me negareis que aquellas lágrimas son tan sinceras y tan vivas como todas las demas que se vierten en el mundo? Cuando jóvenes nos desesperan ó nos arrebatan de alegría ciertas cosas que los viejos desprecian. En cambio los jóvenes suelen mirar con soberano desden otras que preocupan á los viejos. Y si esto acontece en un mismo hombre, ¿qué no sucederá entre hombres diferentes? Preguntadle al comerciante de enfrente qué es lo que opina del ruido que hacen las hojas al caer ahora por Otoño. Preguntadle á un poeta qué juzga de la subida de los algodones. Preguntadle á una madre que ve á su hijo partir á la guerra, qué es lo que opina de la autonomía de los Estados. Pre-

guntadle á un diplomático cuánto le preocupa el dolor de aquella madre. ¡Lo pequeño y lo grande! ¿Quién se atreverá á decidir sobre uno y otro?

El asunto ó tema del *Idilio* del Sr. Nuñez de Arce quizas será para otros muy pequeño; para mí es muy grande. La amistad cándida y pura de un niño y una niña que crecen bajo un mismo techo, trasformada por virtud de la edad y de cierta separacion en amor tierno y apasionado; el término fatal que la muerte viene á dar á este naciente amor: así es el tema en resúmen. He dicho que para algunos tal vez será pequeño, porque los hombres suelen amenudo burlarse de estos afectos ó pasiones de la adolescencia y llamarlos niñerías. Quizá tengan razon; mas ántes que yo se la dé, precisa que me demuestren que los afectos ó apetitos que despues cautivan su alma valen más que estas niñerías. Que estos hombres pongan la mano en su pecho y me digan ingenuamente si á los cincuenta años de edad se sienten más nobles, más desinteresados, más valerosos, más compasivos y más prontos al sacrificio que á los diez y ocho. Que me digan tambien si los sustanciosos devaneos de la edad viril les han proporcionado más goces y ménos remordimientos que los amores tontos y platónicos de la adolescencia. Así que me lo digan (y yo los crea), renunciaré de buen grado á parar

mientes en tales menudencias. Miéntras tanto, no extrañen ustedes que adore estas niñerías, considerándolas como flores que exhalan su fragancia, no sólo por los años en que viven, sino áun por toda la existencia cuando se guardan como preciosas reliquias dentro del corazon. Sigamos ahora con la niñería del Sr. Nuñez de Arce.

Aunque no tenga á la vista su precioso *Idilio*, y lo haya leido hace ya bastante tiempo, recuerdo muy bien todos sus detalles; prueba incontestable de que me ha impresionado fuertemente. Recuerdo aquella partida del estudiante novel á la ciudad, aquel caballo overo que aguarda á la puerta, aquella tierna despedida de la madre, la reprimida aunque no ménos tierna del padre, y la triste y candorosa de la huérfana que ha sido su compañera; recuerdo su gozosa vuelta, sus inocentes recreos, aquel carro del vecino en que tornaba á su casa por la tarde; recuerdo aquella esquivez incomprensible para él de su compañera de la infancia; recuerdo aquella tarde en que á solas con sus pensamientos trepa al castillo derruido, y la magnífica descripcion que el autor hace entónces de los campos de Castilla, la tempestad que le sorprende en aquel sitio y su fatal caida; recuerdo aquel rostro angelical que el estudiante ve siempre cerca de su lecho, y que apénas se pone bueno desaparece; recuerdo aquella de-

licada y naturalísima declaracion de amor, las nobles promesas de la madre, la nueva partida, la nueva vuelta..... en fin, lo recuerdo todo, y todo me encanta hasta un grado indecible. Yo sé dónde está el secreto del hechizo que para todo el mundo tiene este poema. Sí, yo lo sé. No hay en él otro secreto que la verdad del sentimiento. Créanme ustedes cuando un autor siente una cosa, tiene mucho adelantado para hacer sentir con ella á los demas.

De muy distinto modo, pero no con ménos fuerza, me ha impresionado la lectura de *Raimundo Lulio*. Trátase de un personaje tan insigne, y al mismo tiempo tan misterioso, que cuanto á él se refiera no puede ménos de tener mucho interes y excitar la imaginacion. Raimundo Lulio es el faro que desde una isla del Mediterráneo esclarece las tinieblas de la Edad Media; tanto más admirable, cuanto que saca la luz de sí mismo como las luciérnagas. El siglo bárbaro en que tuvo la desgracia de nacer, no podia darle más que fe, pero una fe bárbara como él. Raimundo Lulio no cabia dentro de este siglo ni de esta fe, como lo prueban las quinientas proposiciones sacadas de sus libros, que el papa Gregorio XI condenó en Aviñon. Era un titan que soportaba con fatiga el Atlas del dogmatismo católico.

Lo que sirve de argumento al poema es un

episodio de su vida, terrible hasta lo sumo, y tan dramático..... Pero ántes de pasar más adelante, necesito escribir una carta al señor Nuñez de Arce. Suplico á ustedes el favor de entregársela en propia mano y no leerla por el camino.

Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce.

Muy señor mio y de mi mayor aprecio: Si algo puede con usted la sincera admiracion, y áun el cariño que le profeso, acoja con indulgencia la respetuosa súplica, con honores de consejo, que voy á hacerle.

Por su propio interes y por el de la poesía española, que tiene en usted un tan ilustre representante, le ruego que cuando llegue el dia de dar á la estampa una nueva edicion de su Raimundo Lulio, vea de modificar, enmendar, ó para mejor hacer, suprimir la introduccion que le pone, dedicada «á un amigo de la infancia». Las razones que para desear tal supresion tengo, son las siguientes:

1.ª La introduccion me parece, á más de inoportuna, prosaica, y que no corresponde al tono inspirado y majestuoso del poema.

2.ª Las pestes que usted dice en ella de la ciencia me parecen indignas de quien se llama á renglon seguido «hijo de su siglo».

3.ª El supuesto de que Raimundo Lulio, desengañado de la ciencia, cuyo símbolo es Blanca de Castelo, dijo adios al mundo me parece falso. Lo que se saca de la vida de este varon, siendo tambien lo más lógico, es que, desengañado del mundo, buscó abrigo en la ciencia.

4.ª Áun concediendo que todo fuese cierto, nunca debió usted declarar que Blanca de Castelo es un símbolo. Estas declaraciones se dejan para los críticos, retóricos y demas gente menuda. El poeta debe amar los hijos de su fantasía como si fuesen de carne y hueso; por lo que son, y no por lo que pueden representar.

Perdóneme el atrevimiento, en gracia del afan que siento por no ver deslucida una joya de tanto precio. Y considere que convertir una figura hermosa y divina, como la de Blanca de Castelo, en una abstraccion, es un sacrilegio casi tan grande como el de su amante al penetrar en el templo á caballo.

Suyo, devoto y afectísimo,

A. Palacio Valdés.

Calificaba más arriba el episodio que se narra en el *Raimundo Lulio* de terrible y dramático. Así es, en efecto. El amor impuro y fogoso del protagonista recibe una leccion tremenda, como venida de aquel cielo triste y severo de la Edad Media. El sacrílego jinete que penetra en el templo haciendo chasquear las herraduras de su caballo contra los mármoles sagrados; la airada muchedumbre que le recibe primero con sordo rumor y despues le acosa por las calles; el lúbrico insomnio que le acomete más tarde; la misteriosa cita; la escena viva y exaltada en que la pasion del fogoso mancebo se desborda:

«Y estalló con sus cláusulas de fuego,
con su expresion incoherente y rota
por el halago, y la pasion y el ruego:

con ese dulce cántico que brota
al fecundo calor de una mirada,
y lleva una ilusion en cada nota;

con esa breve frase entrecortada
que, al morir en los labios, adivina
el corazon de la mujer amada,

música de las almas, peregrina,
que con suspiros trémulos empieza
y con vibrantes ósculos termina»;

el horror de que se siente poseido al contemplar el seno de su amada *carcomido por repugnante llaga cancerosa*... todo es sombrío y patético; todo está pintado con tal brio, con toques tan seguros y enérgicos, que nos hiere y nos conmueve profundamente. Causa verdadera maravilla la sobriedad de diccion con que está escrito este poema. Apénas huelga una sola palabra. Y, sin embargo, por un poderoso y casi inconcebible esfuerzo, todo está dicho, y todo está bien dicho. La fantasía del poeta es en esta ocasion como una lente, que ata y hace pasar los mil rayos del sol por un punto. El tono es grave y solemne, como conviene al narrador. Sólo un gran poeta puede hacer hablar á un personaje como Raimundo Lulio, grande de por sí, y engrandecido ademas por el tiempo y el misterio, sin empañar el brillo que adquirió en nuestra imaginacion.

Despues de leer este poema, ¿quién no se

convencerá de que el Sr. Nuñez de Arce no debe pulsar más cuerda que la épica? El rápido y majestuoso desenvolvimiento de la accion, la firmeza y dignidad de los caractéres, la verdad de las descripciones, aquel concebir osado y aquel decir grave y conciso, no dejan lugar á duda sobre este punto. Por esta vía debe marchar, y por ella confieso que ha marchado de algun tiempo á esta parte. Los últimos poemas que dió á luz son muy brillantes y hermosos. No obstante, el Sr. Nuñez de Arce, estoy seguro de ello, tiene fuerzas para hacer mucho más todavía. Quisiera verle acometer una empresa grande y digna de su inspiracion; una empresa que le inmortalizara, como al autor de *Fausto* ó al de *Manfredo*. Los tiempos no se prestan á ello, bien lo conozco. Si tuviese la fortuna de escribir algo semejante, la crítica igualitaria que al presente se usa nunca le perdonaria el haber rebasado la línea de los Grilo, Blasco, Retes, Herranz, etc., etc. Las flores más bellas de su imaginacion quizá serian roidas como avena ó paja; y si, por ventura, resultaba que el poema era un sí es no es más subjetivo ú objetivo de lo que le correspondiese de derecho, ¡ya le caia obra al Sr. Nuñez de Arce!

Con todo eso, no dejaré de aconsejarle que emprenda su poema. Demos que tenga muchos defectos, y que éstos no sean imagi-

narios, sino verdaderos y efectivos: si las bellezas que haya en él son dignas de la inmortalidad, inmortal será el poema con todos sus defectos. ¡Los defectos! Moratin encontraba el *Hamlet* atestado de ellos. Y sin embargo, ¡cuánto más vale dormir alguna vez como Shakspeare, que andar siempre tan vigilante y avispado como Moratin!

DON MANUEL DE LA REVILLA

¡Revilla!—Hé aquí un nombre que hace soñar, como esas nubes rojas que se amontonan en el horizonte al declinar la tarde, para servir de lecho al sol en su caida. Hay en este nombre algo de vago y misterioso que fascina el espíritu y lo inclina á meditar. Cuando lo escuchamos, sin saber por qué, viene á nuestra mente el recuerdo punzante de una flor que hemos deshojado, ó el de una voz que nos cantaba al oido cuando niños para dormirnos, ó el de unos labios ardorosos que rozaron nuestra mejilla en otro tiempo, ó las notas suaves, tiernas, purísimas de la metafísica neo-kantiana. Si se me preguntara dónde está el secreto de tal fascinacion, no podria contestar satisfactoriamente. Para mí no está en que el Sr. Revilla sea filósofo, y sea poeta, y sea orador, y crítico, y catedrático, y revistero de teatros. Cada una de estas cualidades de por sí, estoy seguro de que no le haria el blanco de la admiracion

de sus contemporáneos. Mas ha de existir entre ellas una singular y extrañísima relacion, inextricable para el espíritu, mediante la que el fenómeno indicado se realiza. De tal suerte, que si el Sr. Revilla fuese orador y poeta, y no fuese filósofo al mismo tiempo, perderia por eso sólo la inmortalidad; y si fuese orador, poeta, filósofo y catedrático, y no tuviese ademas la cualidad precisa de revistero de teatros, es como si no fuese nada para el efecto de la fascinacion. El Sr. Revilla es, pues, el resultado feliz de una agregacion de elementos diversos, cuyo modo de enlazarse ó combinarse sólo Dios conoce. La naturaleza nos está ofreciendo á cada paso ejemplos admirables de estas dichosas combinaciones. Suprimid á cierto paisaje el mar que se divisa á lo léjos ó la montaña que se levanta imponente sobre él, y perderá su carácter y no atraerá vuestra atencion. El señor Revilla es como un paisaje (en este respecto nada más): no es posible quitar ni poner en él cosa alguna, sin privarle de su efecto.

Desde muy temprano ha reconocido en sí mismo una vocacion decidida á influir sobre su siglo, y siguiendo los nobles impulsos de su alma, no ha querido privarle de ninguno de aquellos medios por los que un hombre puede influir sobre un siglo. Bien sabido es de todos que el primero y más poderoso es la

gravedad. Nada hay tan pernicioso, y por consiguiente, nada tan aborrecible, en mi pobre opinion, como las expansiones jocosas ó burlescas en todos los puntos de vista que se las considere. Porque no sólo han sido y son una rémora para el progreso moral y material de las naciones, sino, lo que es aún peor, han servido ya en algunas ocasiones para poner en duda el ingenio y la sabiduría del Sr. Revilla. ¡Qué tiempos los nuestros! Ya no existe para este siglo menguado nada respetable ni digno de ser mirado seriamente. Escribe, pongo por caso, el Sr. Revilla uno de sus artículos guarnecidos y bordados de primorosas metafísicas, y sin más ni más, salta un cualquiera diciendo, con cierta vaya impertinente, que aquel artículo es una coleccion de lugares comunes, un tejido de frases huecas arrancadas al tecnicismo filosófico para imponer respeto á la gente ignorante, al modo que se fija en las huertas un muñeco de paja para espantar á las aves inocentes. Por eso la gravedad del Sr. Revilla es un dulce y apetecible oásis en este vasto arenal de liviandades.

Aunque ya he hablado de ella en otra ocasion, sólo fué por incidencia: así que no me considero relevado de la obligacion de consagrarle algunas palabras. Y la primera cuestion que se presenta, es la siguiente: ¿La gravedad del Sr. Revilla es de nacimiento,

esto es, puede considerarse como una dote otorgada graciosamente por el cielo, ó es una cualidad adquirida en virtud de un largo y penoso aprendizaje, de prolijos afanes y desvelos? No es tan fácil como á primera vista parece la resolucion de este problema. Mirando el asunto por encima, y teniendo presente nada más que lo rara que es hoy esta cualidad, áun entre los hombres más favorecidos por la Providencia, es fácil deducir que el señor Revilla ha llegado á ella por el trabajo y el estudio. Esta facilidad arrastró á muchos al error. Cualquiera que se fije un poco, comprenderá que la gravedad del Sr. Revilla tiene un no sé qué de agreste indómito y bravío que la distingue perfectamente de las demas gravedades imitadas ó contrahechas. Es una de esas gravedades que aparecen muy de tarde en tarde en la historia humana, y por lo tanto, considero un absurdo el suponer que esté en manos del hombre el adquirirla. Para encontrar algo parecido, es preciso remontarse á los primeros tiempos de Roma. Aseveran los historiadores más fidedignos que Numa Pompilio no conoció la risa, aunque sí añaden que, en sus conferencias con la ninfa Egeria, acostumbraba sonreir una que otra vez, pero sólo por complacencia. Mi profesor de psicología, lógica y ética, tambien poseia en cierto grado esta cualidad; por lo cual, hoy que la edad me ha enseñado á juz-

gar mejor á los hombres, no puedo ménos de reconocer que, aunque oscuro, era un hombre muy notable. No vaya á creerse, sin embargo, que intento comparar la gravedad del catedrático de psicología, lógica y ética con la de Numa Pompilio y Revilla. ¡Oh, no! Cuando el Sr. Revilla, despues de tomar convenientemente las medidas á una obra literaria, la califica de *predominantemente subjetiva*, y por ello la condena, como es justo, á una eterna execracion, es tan serena y tan augusta su frase, palpita tanto heroismo dentro de ella, que el espíritu se engrandece y se inflama, y es preciso acudir á los recuerdos de la Ilíada, á Héctor, á Diómedes, á Menelao, para observar algo semejante.

Y aunque muy fuera de sazon, no quiero pasar más adelante sin formular una pregunta que constantemente se está presentando en mi espíritu. Es la siguiente: ¿Cómo el Sr. Revilla, sin imaginacion alguna, sin gusto, sin ingenio, y con una ilustracion tan superficial, juzga con tal grandeza las obras de arte que le ponen delante? Repito que muchas veces me hice esta pregunta, y siempre concluí pensando que en el Sr. Revilla existe algo extraordinario que, áun sin darse acaso él mismo razon de ello, le mueve á dictar sus fallos; algo que, despues de encenderle, como á la pitonisa griega, le inspira y le sostiene sobre el trípode, circundando su frente con la

aureola del misterio. Este algo, digámoslo de una vez, no puede ser otra cosa que el genio (1). El genio, sólo el genio puede volar tan alto sin necesidad de los medios que los humanos juzgamos indispensables.

Decia que la pregunta estaba fuera de sazon, y como ustedes han podido ver, era muy cierto. Sin embargo, ya se sabe que estas informalidades é impertinencias son en mí frecuentes, y no hay que asombrarse. Por algo gozo fama entre mis enemigos (porque aquí donde ustedes me ven tan jovencito y tierno, ya me permito el lujo de tener enemigos) de crítico subjetivo entre los subjetivos. Soy como si dijéramos un crítico lírico, pues la subjetividad es lo que caracteriza al género lírico, miéntras el Sr. Revilla, á juzgar por su inflexible talante y por la opaca sublimidad de sus formas, es un crítico épico. De la combinacion de lo lírico con lo épico, como han demostrado hasta la saciedad Hegel y el señor Revilla, ya saben ustedes que nace lo dramático. Por consiguiente, vean ustedes lo que son las cosas: el dia que al Sr. Revilla y á mí nos dé la gana de reunirnos en la mesa de un café, pongo por caso, ya está formado un

(1) «Genio», en la acepcion que aquí le damos, es un neologismo que debe admitirse, pues en ocasiones como la presente, no hay vocablo castellano con que pueda ser sustituido.

crítico dramático, sin necesidad de más músicas. Concluimos de tomar café, nos damos la mano y nos separamos: cada cual torna á ser lo que ántes era, yo el crítico lírico y él el épico. ¡Es admirable!

Pero estos temas incidentales me están apartando, á despecho mio, del propósito único del presente artículo. Toquemos de una vez en las entrañas del asunto, y hablemos del Sr. Revilla como poeta, sin meternos en otras honduras.

Yo no he leido los versos del Sr. Revilla; lo declaro con la franqueza que me caracteriza. Mas al mismo tiempo quiero hacer constar que no fué por mi culpa. Hé aquí lo que sucedió. Habiendo pensado, como es natural, cuando empecé á escribir estas semblanzas, en incluir entre ellas la del Sr. Revilla, pedí su tomo de poesías á un amigo (si ustedes quieren que diga quién es, lo diré), el cual, como lo tuviese ya leido, me lo prometió para el momento oportuno. En esta seguridad descansé confiadamente, sin preocuparme más del asunto; cualquiera creo que haria lo mismo. Pues bien, hace cuatro dias, tropiezo con mi amigo, y le digo al pasar: «Necesito ese tomo de poesías; mañana mandaré por él». Mi amigo, entónces, arqueó un poco las cejas, levantó un sí es no es los hombros, y por tres veces consecutivas sacudió la cabeza en distintas direcciones. No habia

para qué decir más: era cosa corriente. Mando, pues, por él, y en vez de las poesías, veo llegar al emisario con una esquela muy fina en que mi amigo me pide mil perdones, porque, sin recordar su promesa, habia prestado el libro á un canónigo de Granada, el cual se habia marchado á su destino sin devolvérselo. Este golpe me hizo bastante impresion. ¿Qué significaban entónces aquellas maniobras de cabeza, hombros y cejas del dia anterior? Es lo que no pude averiguar hasta la hora en que escribo estas líneas. De resultas de todo ello, me quedé sin leer las poesías del Sr. Revilla. No obstante, mi amigo dice en la esquela que escribe con la misma fecha al canónigo de Granada, á fin de que remita el libro tan pronto como le sea posible. Lo espero con ansiedad, y excuso encarecer á ustedes los nuevos y puros atractivos que tendrá para mí despues de haber pasado por las manos de un digno y respetable capitular.

Entretanto, para no defraudar completamente la atencion del público, que pensaria hallar en estas líneas un exámen más ó ménos sucinto de los talentos poéticos del señor Revilla, voy á echar mano de alguno de los materiales que hace tiempo estoy acumulando para una obra más importante que la presente. La obra se titulará *Vida y opiniones de D. Manuel de la Revilla,* y pienso dedicar

á ella todos los dias que de aquí adelante me conceda Dios sobre la tierra, pues ya estoy realmente cansado y arrepentido de ocupar mi espíritu tan sólo en asuntos frívolos é indecorosos. Me ayudará en esta empresa, superior á mis fuerzas (no me forjo ilusiones), un distinguido artista conocido y estimado ya del público, á cuyo cargo queda la formacion de unos magníficos planos en que podrán verse, en todo su espesor, las opiniones del señor Revilla desde su nacimiento hasta su disolucion, con exactitud y claridad. Será una obra primorosa y exquisita , que ha de facilitar extraordinariamente la inteligencia del texto.

Entre estos revueltos materiales, voy á elegir una opinion grandiosa y peregrina, como todas las de nuestro poeta, que ha de dar al traste, si no me equivoco, con las ideas más propagadas en asuntos de arte. Todo el mundo sabe que algunos poetas antiguos más de una vez trataron de enseñar distintas ciencias ó artes, valiéndose para ello de las formas artísticas, y que los retóricos, apresurándose á dar un nombre á este capricho, lo llamaron *género didáctico* ó *didascàlico*. Debemos confesar que el género didascálico, apesar de sus esfuerzos, no logró pelechar gran cosa. Pero no es eso lo peor, sino que en los últimos tiempos llegó á tal punto su laceria, que algunos autores

diéronlo por muerto, y, so pretexto de que el fin único y esencial del arte debe ser la manifestacion de la belleza, pretendieron hasta borrar su claro nombre. A tanta vergüenza hubiéramos llegado sin la dichosa aparicion en nuestro planeta de un hombre extraordinario que, fijando en la vasta esfera del arte su mirada de águila, halló medio de cortar á tiempo la perniciosa corriente. Este hombre dijo: «El fin del arte no es, como se ha creido hasta ahora, la belleza, sino la ciencia; no hay arte donde no se enseñe algo útil y provechoso; el artista y el maestro de escuela se confunden en una unidad superior; no hay más arte que el didascálico». El nombre no convenia, sin embargo, por ser esdrújulo, y lo llamó arte *docente* ó *trascendental.*

Fué una verdadera revelacion para los que yacíamos sumidos en los groseros errores de la antigüedad. Crear una belleza sólo por crearla me pareció entónces cosa indigna de un hombre serio. La naturaleza empezó á hablarme con un lenguaje distinto del que ántes usara. Antes, por ejemplo, al cruzar por un bosque, veia unos árboles cuyos troncos blancos y satinados parecian de plata; me gustaban muchísimo, los miraba, los remiraba, pero no pasaba de ahí. Ahora sé que esos árboles se llaman abedules, que su madera es excelente para hacer canastos, y que tambien se emplea para construir las cajas

de las diligencias. Cuando los veo, echo inmediatamente la cuenta del número de chaplones que de sus troncos podrán sacarse, ¡y encuentro en ello un placer tan vivo y tan puro! Antes, al ver amontonarse por el azul del cielo ejércitos de nubes oscuras y medrosas anunciando tempestad, me quedaba mirando para ellas como un tonto, sin pensar en nada. A fuerza de mirar, llegaba à ver las más raras y monstruosas escenas que nadie puede imaginarse; unas veces era una araña inmensa que iba tejiendo su tela por el espacio; otras veces era un navío que marchaba con rapidez vertiginosa sacudido por la borrasca; otras, era un brazo colosal que sostenia una espada no ménos disforme, cuya punta enrojecida se estaba templando en el sol, quizá para atravesar despues á la tierra; otras, era la lucha tremenda de un demonio de grandes cuernos con un ángel; el ángel caia al fin vencido, y presa del dolor, sacudia sus monstruosas alas contra la frente de unas montañas lejanas. Todo esto era sencillamente un absurdo, porque en aquellas nubes no habia arañas, ni navíos, ni ángeles, ni mucho ménos demonios. Allí no habia más que una serie de *cumulus* que á fuerza de hincharse concluian por reunirse y cubrir la tierra, formando despues verdaderos y genuinos *cumulo-stratus*. Cualquiera comprende que era una insensatez confundir un

cumulo-stratus con un navío ó una araña. Hoy, gracias al Sr. Revilla, no se me ocurren tales disparates, porque veo las cosas en un punto de vista docente. Antes un rio claro y límpido era para mí un objeto que siempre miraba con deleite; pues hoy, créanme ustedes, por sereno y cristalino que sea un rio, como no tenga truchas, lo encuentro aborrecible.

Tuve noticia de la teoría del arte docente ó trascendental en un verano, residiendo en el campo. La buena nueva llegó á mí por medio de un periódico que traia inserto uno de esos artículos que el Sr. Revilla viene escribiendo constantemente desde que empezó á arder en su pecho el fuego sagrado de la crítica. Aquí debo advertir que con las críticas del Sr. Revilla me sucede lo mismo que con ciertas óperas de mi gusto; esto es, que á fin de que me impresionen más fuertemente, sólo las oigo ó las leo de raro en raro. Quiso la fortuna que leyera este artículo, donde, con motivo de no sé qué novela, desenvolvia nuestro poeta su grandiosa y atrevida concepcion de la naturaleza y del arte. La luz se hizo súbito en mi espíritu, y pude medir con la vista todo el horror de una obra artística sin trascendencia.

Ya he dicho que era en un verano, y que estaba pasando una temporada en el campo. Por aquel entónces solia yo levantarme tem

prano (¡qué tiempos aquéllos! ¡ya no volverán!), y despues de levantarme, acostumbraba á salir á respirar el aire puro de la mañana sentado debajo de un magnífico y corpulento roble. Era un roble que se moria de risa cuando le hablaban de los árboles del Retiro. Sin poder decir fijamente si era simpatía personal ú otra razon de más peso la que enderezaba su vuelo, lo cierto es que todos lo dias, y á la hora en que yo me sentaba, venía un pájaro á posarse sobre el roble. Yo no tenía el honor de conocerle, pero no importaba nada, porque él guardaba muy poca ceremonia en eso de no cantar delante de gente. Se conocia á la legua que era un pájaro despreocupado y un poco aturdido, gozoso de vivir y viviendo mucho más en el mundo exterior que en sí mismo. Era un pájaro predominantemente objetivo, como diria el Sr. Revilla, con el estilo mágico que él sólo posee. Tenía parda la color, el pico amarillo, el mirar firme y osado, los modales francos y desenvueltos, ofreciendo el conjunto de su persona un cierto aire de petulancia que no dejaba de sentarle bien. Apénas se posaba en una rama, empezaba á columpiarse, y con la cabeza un poco entornada y los ojos puestos en el espacio, entregábase á la voluptuosidad del movimiento, sin que aparentase pensar absolutamente en nada. No tardaba, sin embargo, en proferir varias notas graves y llenas como

las de las flautas metálicas. Era su preludio.

Sin otra preparacion, subíase repentinamente al tono agudo y lanzaba al aire una serie interminable de trinos penetrantes y acalorados, como quien quiere echar el alma por la boca. Ora atronaba el espacio con una cascada de notas fuertes y vibrantes que llegaban á producir mareo, ora desfallecia y se dejaba arrastrar al tono más suave y apagado. Tan pronto cambiaba á cada instante de inflexion y de ritmo, de modo que los trinos salian atropelladamente de su boca persiguiéndose los unos á los otros, como insistia una y otra vez, por un largo espacio, sobre una misma frase; parecia que trataba de que la aprendiésemos de memoria. De todas suertes, siempre terminaba con un arrullo muy ténue y moribundo, como si quisiera indicar que aún le quedaban muchas cosas por decir, aunque no esperásemos que salieran jamas de su boca.

En honor de la verdad, debo confesar que el canto de aquel pájaro me gustaba. No sé por qué extraña asociacion de ideas, cuando cantaba, me acudian á la memoria los instantes felices de mi existencia. Veíalos pasar leves, dulces, luminosos como ellos fueron, sonriendo tristemente y diciéndome adios para siempre. Aquí podria aprovechar la ocasion para contar á ustedes mis primeros amores, sin que ninguno tuviera dere-

cho á quejarse; pero soy incapaz por naturaleza de jugar á nadie estas pasadas. Tan sólo diré que el canto de aquel pájaro resucitaba en mi espíritu sentimientos muy dulces que hacía mucho tiempo habia dado por muertos. Todo era una pura ilusion, sin embargo, y una flaqueza de mi alma, disculpable únicamente por el estado de ignorancia en que me hallaba respecto á los eternos principios del arte. Porque, es preciso decirlo claro, no podia darse nada más deplorable que el canto de aquel pájaro en el punto de vista docente; nada más desprovisto de trascendencia. Despues de escucharlo me quedaba tan sabio como ántes, no puedo negarlo, pero ni la más leve partícula de ciencia venía á acrecer el caudal de mi sabiduría. Así lo comprendí con dolor al cabo, por lo que me propuse no sufrir más tiempo las impertinencias de un descarado partidario del arte por el arte. Si entre tanto trino y gorjeo se hubiese deslizado, siquiera fuese de un modo secundario, cualquier problemita insignificante de historia ó de metafísica, crean ustedes que nunca me resolveria á hacer lo que hice. ¡Pero decidirme á perder de un modo necio el tiempo! Francamente, que ya no se espere jamas eso de mí. Lo que hice, pues, fué aparejarme con una piedra bastante crecida al sentarme un dia, como de costumbre, debajo del roble, y así que columbré á mi pá-

jaro, encajársela sin otras retóricas con toda mi fuerza. No le toqué; mas al sentir tan cerca de sí la primer pedrada de la crítica (crítica aunque severa muy justa), desplegó sus alas y no volvió á parecer por aquel sitio. ¡Pobre diablo! ¿Adónde habrá ido á parar?

En verdad que la grandiosa teoría del señor Revilla está á punto de hacer cambiar radicalmente la faz de todas las artes, arquitectura, escultura, pintura, música, poesía y baile. Tengo algunos motivos para creerlo. Por lo pronto, me han informado de que el señor Marqués, único maestro que en España cultiva con buen éxito la expresion más pura y genuina de la música, esto es, la sinfonía, está escribiendo una en que probará, ó tratará de probar al ménos, que el problema amenazador de las subsistencias sólo puede resolverse rebajando las tarifas del arancel. Este precioso tema, que el oboe se encargará de apuntar, nada más, en el *andante*, se irá repitiendo por el *allegro*, el *allegro con motto* y el *scherzzo* entre mil combinaciones armónicas, hasta quedar totalmente dilucidado. Por otra parte, un jóven escultor amigo mio está á punto de terminar una preciosa Vénus en cuclillas, que llevará grabada á cincel en la espalda la «teoría del valor» de Bastiat, que comienza como todos saben: «Disertacion, fastidio; disertacion sobre el valor, fastidio sobre fastidio». De esta suer-

te, el espectador podrá gozar con la belleza de la estatua, y al mismo tiempo meditar sobre el asunto más escabroso de la economía política. Creo que el público ha de acoger con entusiasmo esta Vénus trascendental, si no por su mérito, al ménos por ser la primera que del género docente le presentan.

La teoría va, pues, abriéndose paso al traves de la frialdad de los unos y de la abierta oposicion de los otros. Su glorioso fundador puede estar seguro de que no tardará mucho en triunfar por completo. Y como nada es despreciable tratándose de contribuir á una obra tan fecunda y generosa, yo tambien quiero llevar un grano de arena al edificio, dedicando mi pluma (que no puedo llamar mal cortada, porque es de acero) al cultivo del arte trascendental. Al efecto, tengo intencion de escribir una novela en la que, por medio de una accion no muy complicada, pero bastante dramática, trataré de presentar y áun resolver el siguiente

PROBLEMA.

«Un cosechero recoge de sus fincas en los años ordinarios doscientas cincuenta fanegas de trigo candeal, noventa de centeno y treinta y siete de mijo. Ahora bien, suponiendo que durante un año llueve una tercera parte ménos que en los ordinarios, ¿cuánto trigo, centeno y mijo recogerá?»

Dicho se está que trataré de desenvolver este problema de tal modo que se deduzca del contenido mismo de la fábula, y no sea un miembro agregado artificiosamente á la novela. Para ello he de procurar que la accion sea rápida, haciendo que dure solamente los tres meses de Otoño; la descripcion de la sequía, que como es natural formará una parte muy principal de la obra, será bastante sobria, sin perder de su verdad y energía; las escenas, sobre todo desde que el nudo se forma por entero, serán vivas y dramáticas; por último, veré de concentrar en cuanto sea posible un gran interes sobre el cosechero, héroe de la accion, haciéndole morir trágicamente en el cadalso. Lo difícil en esta obra, como en todas las demas del arte docente, es presentar el problema aparentando encubrirlo, como hacen los arroyos con las guijas que tienen en el fondo.

. . . .

. . . .

En este momento llega á mi noticia que el Sr. Revilla no es el inventor del arte docente. Aún más, que el Sr. Revilla lo ha combatido personalmente con gran encarnizamiento hace muy pocos años. Cuando esto fuese cierto, no es posible negar que el arte docente era muy digno de ser inventado por el Sr. Revilla. La conversion, segun me aseguran, se realizó al doblar nuestro poeta la

esquina de la calle de la *Montera* á la del *Caballero de Gracia,* donde creyó escuchar una voz misteriosa saliendo del fondo de la tierra, que decia: «¡Emanuel! ¡Emanuel! ¿Cur persequeris me?» Instantáneamente el poeta sintió iluminarse su alma con una luz viva y purísima, y derramando abundantes lágrimas, dió gracias al Todopoderoso por no haberle dejado eternamente en el abismo del arte por el arte. En el mismo punto levantó en su pecho un altar al culto del arte docente, y el sol de la verdad comenzó á teñir de grana y oro los bordes de sus revistas de teatros. Sin dar paz á la mano, el Sr. Revilla viene trabajando desde entónces tanto y tanto en favor de esta nobilísima teoría, que bien puede perdonársele el no haberla inventado.

Mas el Sr. Revilla empieza ya á recorrer ese doloroso Calvario que el mundo ofrece siempre al genio. El público (¡á reserva de glorificarlo despues de muerto!), cuando no se rie de ellas, aparenta no comprender sus intrincadas opiniones; en tanto que el Gobierno, cuya obligacion de alentar al genio debiera ser una verdad, me aseguran que está pensando seriamente en prohibir el uso de los vocablos *objetivo* y *subjetivo.* Si por desgracia este rumor tuviese fundamento, ¡triste es decirlo! al Sr. Revilla no le queda otro recurso que retirarse á la vida privada.

OBRAS DEL AUTOR

	PESETAS
Los Oradores del Ateneo, 1 tomo.. ..	2
Los Novelistas españoles, id............	2
Tres cuentos *(en colaboracion)*, id......	2
Nuevo viaje al Parnaso, id............	2

